

Bianca

La artista y el millonario

Julia James

LA ARTISTA Y EL MILLONARIO, N.º 2050 - enero 2011
Título original: Forbidden or for Bedding?

Argumento:
Alexa Harcourt sólo ve a su amante, Guy de Rochemont, de vez en cuando. Él la manda llamar y hace que la lleven en limusina y jet privado a alguna villa italiana o a una mansión en Mónaco para reunirse con ella. Pero Alexa sabe que nunca llegará a ocupar un puesto estable en la vida de él.
El nombre de Guy es sinónimo de riqueza y poder… y ha llegado el momento de que se case. Una mujer de su familia lejana ocupará su cama a partir de entonces. Pero Alexa es la única mujer a la que Guy quiere. Y el respeto que le debe no le permite prestarse a seguir siendo su amante…

Prólogo

El sol de mediados de otoño se filtraba por la ventana de la cocina en el piso de Alexa, en Notting Hill, iluminando la mesa de pino puesta con desayuno para dos. El juego de té, simple pero elegante, y la cubertería de plata habían sido adquiridos en diferentes tiendas de antigüedades. Un jarrón con flores de vivos colores adornaba la mesa y el aroma a café recién hecho impregnaba el aire.

Igual que la tensión que latía entre los dos. Alexa habría tenido que ser de piedra para no sentirla.

Hasta ese momento, sin embargo, Alexa se había sentido envuelta en un humor lánguido, sensual y satisfecho, como siempre se sentía después de haberse pasado la noche haciendo el amor. Aunque supiera que la noche siguiente tendría que irse a la cama sola.

Pero se había acostumbrado a ello. Se había habituado a pasarse varios días de abstinencia después de una noche tan sensual y maravillosa. Allí en la cocina, con una taza en la mano, el pelo revuelto y nada más que un salto de cama de seda verde, Alexa se estremeció al recordar cómo se había dejado mecer en los brazos de la pasión y el torbellino de emociones de la noche anterior.

Pero ella no era de las que revelaban sus sentimientos. Ni le gustaba reconocerlos ante sí misma.

Durante un instante fugaz, la desolación hizo presa en ella. Pero fue sólo un momento. Había tenido que aceptar lo que tenía y conformarse. Debía darse por satisfecha con el tiempo que pasaban juntos, preciadas noches de ardiente pasión separadas por largos días y noches de celibato, hasta que sonaba el teléfono y todo lo demás pasaba a un segundo plano en su vida. Sus amigos, su trabajo, todo perdía importancia entonces.

La llamada de teléfono la invitaba a un aeropuerto privado para volar a alguna ciudad europea o, a veces, a alguna maravillosa casita de campo en Italia, en Mónaco y en los Alpes. Entonces, Alexa se entregaba al momento. Por muy breve que fuera.

¿Acaso no era una locura? Claro que lo era, se dijo ella. Lo sabía muy bien. Por eso, centraba todo su esfuerzo en mantener a raya sus sentimientos.

Ante los demás, Alexa daba la impresión de ser una mujer fría, contenida, calmada. Pocos amigos, sobre todo los que pertenecían como ella al mundo del arte, se daban cuenta de que su aspecto externo contenía una marejada de sentimientos que sólo dejaba salir en sus cuadros. El resto de la gente veía en ella una belleza serena,

una rosa inglesa de cabello rubio y piel pálida, sin reconocer la llama que ardía en su interior.

Los padres de Alexa habían sido muy intelectuales y ordenados y se habían sentido sorprendidos al descubrir que su hijita tenía talento artístico. No se habían opuesto a que se dedicara a pintar, pero ella sabía que no aprobaban una profesión tan relacionada con las bajas pasiones, los sentimientos extremos y, sobre todo, la tendencia a llevar una vida desordenada y caótica.

Por esa razón, quizá, Alexa se había esforzado en llevar una existencia todo lo ordenada posible, limitando su temperamento a su profesión.

En cuanto a los hombres... Había atraído a muchos, pero ninguno había sido especial para ella. Había sido recatada en ese sentido también y sólo había tenido un puñado de parejas, con quienes le había gustado ir al teatro, a conciertos y a exposiciones. Sin embargo, ninguno le había llegado al corazón y ninguno, tampoco, había conseguido hacer arder su cuerpo de pasión.

Ninguno excepto el hombre que tenía delante en ese momento, parado en la puerta de la cocina. Cada vez que lo miraba, se le aceleraba el pulso y se quedaba sin respiración.

Como en ese momento.

Él estaba allí de pie, con su porte regio y elegante, vestido con un traje de chaqueta color gris perla y un aire muy masculino que delataba su origen. Guy de Rochemont nunca pasaría por inglés. Nacido en Francia, procedía de los Rochemont-Lorenz, una familia de banqueros europeos conocida por su riqueza, su prestigio y su poder.

Y él la estaba mirando. Alexa, como siempre, se derritió ante aquellos ojos. Pero, en esa ocasión, notó algo más. Una tensión que parecía romper el equilibrio.

Alexa se quedó quieta con la taza de café aún en la mano. El silencio pesó entre ellos.

Entonces, él habló.

–Tengo algo que decirte –dijo Guy con su acento francés.

Alexa sintió que algo temblaba dentro de ella, pero no se permitió reconocerlo. No debía abrir la caja de Pandora de sus sentimientos. Nunca.

Y, cuando él siguió hablando, ella lo escuchó como si sus palabras llegaran de muy lejos, aunque cada sílaba fue como una puñalada en su corazón.

–Voy a casarme –terminó Guy.

Alexa se quedó muy quieta. Como una estatua. Guy también se quedó paralizado. Él había entrado en la cocina sabiendo lo que tenía que decir. Y sabiendo, también, lo que implicaba.

Guy frunció el ceño un momento.

¿Se daría ella cuenta de lo que implicaba?, se preguntó, mirándola.

Los ojos de Alexa no revelaban ninguna emoción, esos ojos tan hermosos que lo habían cautivado desde el primer momento. Todo en ella era bello, su rostro y su cuerpo rozaban la perfección.

Algunas mujeres habían intentando engatusarlo con jueguecitos sin sentido, hacerse las difíciles o manipularlo. Pero Alexa, no, recordó Guy. Ella no había tenido ninguna intención de manipularlo. Desde el principio, no había mostrado ni reticencia, ni timidez ni coquetería. Incluso, cuando su relación había comenzado, ella había aceptado de forma implícita los términos en que podían estar juntos, sometiéndose a ello sin discutir.

Alexa siempre se había sometido a él sin discutir. Desde su primera noche juntos... esa noche inolvidable...

Guy reprimió su memoria para no dejarse llevar por la pasión de los recuerdos. No era momento para recordar. Era momento de dejar las cosas claras.

Incluso, de ser brutal.

Debía decirlo. No sólo por ella, sino por sí mismo. Debía dejarlo claro como el agua.

Alexa seguía inmóvil.

La tensión que cargaba el aire impulsó a Guy a hablar de nuevo.

–No nos veremos más, Alexa.

Durante un segundo, el tiempo se detuvo. Luego, Alexa dejó su taza de café sobre la mesa con la elegancia que la caracterizaba.

De pronto, le pareció que el hombre que tenía delante estaba a miles de kilómetros de ella.

–Claro –repuso Alexa con voz serena–. Entendido. ¿Vas a tomar café antes de irte?

El rostro de Alexa no mostró ni un ápice de emoción. No podía permitírselo. No le tembló el pulso. Ni sus ojos delataron ningún sentimiento. Como si él hubiera dicho algo superficial, sin consecuencias.

Guy no tomó la taza que Alexa le tendía. Su expresión era indescifrable. De todos modos, ella no pretendía descifrarla. Le bastaba con esforzarse en sujetar la taza con firmeza, en mantenerle la mirada con firmeza.

Entonces, muy despacio, Alexa bajó la taza y la dejó sobre la mesa de nuevo. Volvió a mirar a Guy.

–Te deseo un matrimonio muy feliz –dijo ella con voz tranquila.

Con suavidad, Alexa caminó hacia la puerta principal, asumiendo que la conversación había terminado. Escuchó que él la seguía. Ella abrió la puerta y se apartó.

Guy se detuvo un momento antes de salir y la miró con gesto pétreo.

–Gracias, entonces.

Alexa supo que le estaba dando las gracias por aceptarlo.

–Ha estado bien, ¿verdad? –dijo él, sosteniéndole la mirada.

–Sí, así es –repuso ella, imitando su laconismo.

Con la mayor suavidad, Alexa se inclinó para besarle en la mejilla.

–Te deseo suerte –dijo ella y se apartó–. Adiós, Guy.

Por un último instante, Guy la miró a los ojos. Luego, asintió y se fue.

Alexa cerró la puerta. Muy despacio, como si pesara más de lo que podía soportar. Se apoyó contra ella y se quedó mirando el vacío.

Guy se había ido. Su aventura había terminado.

El coche de Guy lo esperaba frente a la casa. Él había llamado a su chófer mientras se había vestido, sabiendo que querría irse en cuanto le hubiera dicho a Alexa lo que había tenido que decirle. Al verlo, el chófer salió del coche para abrirle la puerta.

Guy entró y se sentó en el asiento de cuero, con gesto inexpresivo. En su corazón, no había lugar para las emociones.

Ya estaba hecho. Alexa había dejado de formar parte de su vida. Y no volvería a verla.

Para no pensar más en ello, Guy tomó el *Financial Times* y comenzó a leer.

Alexa estaba limpiando el baño. Debería trabajar, pero no podía. Lo había intentado. Había mezclado los colores, había colocado un lienzo nuevo, había mojado los pinceles… Pero no había conseguido pintar nada.

Entonces, había tapado los tubos de pintura y había salido del taller.

En la cocina, había puesto agua a hervir. Sin embargo, se había sentido incapaz, también, de preparar té. O café. Ni había podido abrir el grifo para servirse un vaso de agua. Después de un rato, se había ido al baño.

Había visto que la bañera necesitaba un repaso y se había puesto

manos a la obra. Luego, había pasado al lavabo y a todo lo demás. Había frotado con fuerza, utilizando gran cantidad de limpiador.

Frotó y frotó mientras su cabeza saltaba de un recuerdo a otro. Recuerdos afilados como cuchillos. Recuerdos que la transportaban al pasado, a tiempos muy, muy lejanos.

Capítulo 1

Seis meses antes...

–¡Cariño! ¡No te vas a creer a quién te he buscado!

Con el teléfono apoyado en la oreja, Alexa estaba intentando plasmar en el lienzo el brillo de un pétalo de rosa.

–¿Alexa? ¿Estás ahí? ¿Has oído lo que te he dicho? No vas a creer a quién...

–¿A quién? –preguntó Alexa, siguiéndole la corriente a su amiga. Sabía que Imogen se moría porque se lo preguntara y por contárselo.

–¡Es excepcional! –aseguró Imogen con entusiasmo–. Está a miles, a millones de años luz de los hombres a los que estás acostumbrada.

Alexa se preguntó qué estaría tramando Imogen y siguió intentando conseguir el brillo que deseaba en el pétalo que estaba pintando. Dejó hablar a su amiga, pero no le prestó atención.

Al fin, Imogen se quedó en silencio.

–¿Y? –preguntó Imogen un momento después–. ¿Estás en la luna o qué?

–¿Qué? –replicó Alexa, frunciendo el ceño con gesto ausente.

–Cariño, ¡presta atención! –le ordenó Imogen y suspiró–. Deja el pincel y escúchame dos minutos. Hasta tú te vas a quedar impresionada, te lo prometo. Me ha llamado Guy de Rochemont. Bueno, él en persona, no. Su secretaria. Dime que estás impresionada... Dime que estás temblando de emoción.

Alexa apartó el pincel del lienzo y frunció el ceño un poco más.

–¿Temblando? ¿Por qué?

Imogen suspiró con desesperación.

–De verdad, Alexa, ¡no te hagas la mujer de hielo conmigo! Ni siquiera tú puedes permanecer impasible ante Guy de Rochemont. Te derretirás ante él como todas las mujeres del mundo.

–¿Es que conozco yo a ese tipo? –preguntó Alexa.

–¡Que no conoces a Guy de Rochemont!

–Imogen, ¿quién es? ¿Por qué le estás dando tantas vueltas? ¿Y qué tengo yo que ver? –preguntó Alexa. No tenía ni idea de qué estaba hablando su amiga y no quería perder más tiempo.

–¿Lo dices en serio? ¡No me puedo creer que no lo conozcas! –exclamó Imogen, sin dar crédito–. ¡Sale en todas las revistas del corazón!

–Yo no leo esas revistas. Son basura.

–Oh, usted perdone, señorita –repuso Imogen con tono burlón–. Bueno, deja aparcada un momento tu alma de artista y escúchame

bien. Supongo que habrás oído hablar del imperio Rochemont-Lorenz, ¿no?
–Una familia de banqueros, creo –aventuró Alexa.
–¡Eso es! –exclamó Imogen con entusiasmo–. Una de las dinastías más viejas y ricas de Europa. Llevan más de doscientos años acumulando millones. Ellos financiaron la revolución industrial y los barcos mercantes a las colonias. Su fortuna sobrevivió las dos guerras mundiales y la guerra fría y ahora les va mejor que nunca, a pesar de la crisis. En gran parte, es gracias a Guy de Rochemont. Es un genio de las finanzas, responsable de haber impulsado su banco hacia el siglo XXI. Todo el mundo en su familia está loco por él –explicó e hizo una pausa, adoptando un tono más meloso–. He de decirte que son sobre todo las mujeres quienes están locas por él. ¡Todas las mujeres del mundo! Cuando me llamó su secretaria, se me hizo la boca agua sólo de pensar en Guy.
Era obvio que Imogen estaba emocionada por ese tal Guy, fuera quien fuera, pensó Alexa, que nunca había oído hablar de él.
–¿Y qué te dijo, Immie?
–Lo que me dijo, querida, es que quiere que tú le hagas un retrato –respondió Imogen con énfasis–. De verdad, vas a quedarte impresionada. Ya está bien de tíos mediocres. Éste es uno en un millón, un hombre fabuloso de verdad.
Alexa hizo una mueca. La idea de pintar retratos se le había ocurrido a Imogen. Cuando las dos habían terminado Bellas Artes, Imogen había decidido dedicarse a la parte comercial en vez de a la creación artística.
–¡Te dije que te haría famosa y, si pintas a Guy de Rochemont, todo el mundo querrá un retrato tuyo! –señaló Imogen–. Te haré ganar toneladas de dinero, ya lo verás.
–No me interesa mucho sacar dinero con mi arte.
–Sí, ya, bueno. No todos podemos permitirnos ser tan altruistas –replicó Imogen con tono reprobatorio. De inmediato, sin embargo, se dio cuenta de que podía haber herido los sentimientos de su amiga–. Lo siento. A veces hablo sin pensar... ¿Me perdonas?
Alexa aceptó sus disculpas, pues sabía que su amiga era sincera.
La familia de Imogen había acogido a Alexa en sus años de colegio, cuando los padres de Alexa habían muerto en un accidente de avión. Imogen y su familia la habían ayudado a superar aquellos momentos de pesadilla y le había ofrecido refugio, además de asesoramiento sobre qué hacer con la fortuna que había heredado. No había sido una gran fortuna pero, tras invertirla bien, le había permitido comprarse un piso, pagar los gastos de la universidad y contar con un dinero al

mes, por lo que no dependía de sus ingresos como artista para sobrevivir.

Aun así, Imogen estaba decidida a convertir a su amiga en una artista famosa.

–¡Con lo guapa que eres, seguro que le gustas! –exclamó Imogen, sacando a su amiga de su ensimismamiento.

–Pensé que se trataba de pintar bien, nada más –repuso Alexa secamente.

–Sí, bueno. Eso también. Pero las dos sabemos lo que hace girar el mundo, si eres guapa tienes mucho ganado. ¡Y tú eres un bombón!

Sin embargo, eso no le importaba a Alexa. El mundo de lo superficial no era lo suyo. A ella le interesaba explorar sus capacidades artísticas, en todos los estilos.

Por eso, cuando Imogen le había dicho que tenía talento para los retratos y que no debía malgastarlo, se había dejado convencer. Todo había empezado cuando Alexa había pintado un retrato de la familia de su amiga. Habían pasado cuatro años desde entonces y, gracias a los contactos de Imogen, el arte de los retratos estaba resultando ser muy productivo, al menos en términos de dinero.

Lo cierto era que Alexa sí tenía un don para el retrato, porque sabía ver a sus modelos con generosidad de espíritu, captando lo mejor que había en ellos. Lo que no era poco, teniendo en cuenta que, desde que Imogen había subido las tarifas de los cuadros, sus clientes eran cada vez más viejos. Sin embargo, aunque el aspecto externo de sus modelos no fuera atractivo, ella sabía reflejar su inteligencia, su astucia, su fuerza de voluntad... cualidades que les habían permitido llegar a la esfera más alta de la escala empresarial.

Guy de Rochemont, por otra parte, no parecía ser como ellos. Según lo que Imogen le había contado, Alexa intuyó que sería una especie de playboy, un rico heredero malcriado y engreído.

Su opinión de él no hizo más que afirmarse cuando, después de que Imogen hubiera puesto toda su energía en establecer una cita, Guy de Rochemont la había cancelado en el último momento. La secretaria había empleado un tono frío y despreciativo, como si su jefe tuviera millones de cosas mejores que hacer que posar para un cuadro.

Imogen llamó a Alexa dos horas después, llena de excitación, para preguntarle cómo le había ido y si era tan guapo como en las fotos.

–No tengo ni idea –repuso Alexa con tono helador–. Canceló la cita.

–Oh, tesoro, está muy, muy ocupado –señaló Imogen, intentando mostrarse comprensiva–. Siempre está tomando aviones de un sitio a otro. Y su secretaria es una antipática, ya lo sé. Bueno, ¿para cuándo ha cambiado la cita?

–Ni lo sé ni me importa –afirmó Alexa, tensa.

–De verdad, si supieras lo mucho que me he esforzado para conseguirte ese cliente… Bueno, no pasa nada, llamaré otra vez a su secretaria para establecer otra cita.

Imogen llamó diez minutos después.

–¡Bingo! Va a ir a cenar a Le Mirelle mañana y ha aceptado quedar contigo en el bar un poco antes, a las ocho menos cuarto –informó Imogen, entusiasmada–. ¡Oh, es como una cita romántica! Me preguntó si caerá rendido a tus pies y te invitará a cenar también. ¡Tienes que ponerte guapísima!

Al día siguiente, Alexa tuvo cuidado de que Imogen no la viera antes de salir, con mucha reticencia, hacia el restaurante de lujo donde había quedado. Cuando entró, se sintió aliviada de haberse puesto la ropa que llevaba. Todas las mujeres que había allí llevaban ropas llamativas, pidiendo a gritos que se fijaran en ellas. Sin embargo, ella llevaba una blusa y una falda gris, con zapatos de tacón bajo y bolso gris a juego, sin maquillaje y con un moño apretado.

Alexa dio su nombre en la entrada y la recepcionista del restaurante arqueó las cejas al escuchar que había quedado con Guy de Rochemont. La mujer la miró con escepticismo, sin poder creer que alguien con un aspecto tan anodino como ella pudiera ser de interés para el gran Guy de Rochemont.

–Es una cita de negocios –explicó Alexa y, al instante, se arrepintió. ¿Qué más le daba lo que pensara la recepcionista?

La condujeron a la zona del bar y Alexa apretó los labios. Aquel sitio no era su estilo, en absoluto. No iría a cenar allí ni aunque le sobrara el dinero. Sus clientes parecían demasiado frívolos y superficiales.

¿Sería así también su futuro modelo? Miró a su alrededor, buscando a alguien que se ajustara a la descripción que Imogen le había dado de él. Había muchos con un aspecto así por allí y todos parecían tener un ego monumental. Sin duda, el ego del tal Guy sería excesivo también. ¿Cuál de ellos sería? Todos los hombres que veía tenían aspecto de ricos y muy complacidos consigo mismos.

–¿Señor de Rochemont?

El camarero se detuvo delante de una mesa baja y habló en francés, demasiado deprisa para que Alexa pudiera entenderlo. Ella sólo podía verle la espalda. El hombre que había allí sentado asintió y el camarero se dirigió a ella para indicarle que lo siguiera.

Alexa se acercó a la mesa y se sentó en la silla que había desocupada, sin esperar invitación.

–Buenas noches –saludó ella, con tono neutro. A continuación,

levantó la mirada hacia el hombre que tenía delante.

Y, sin poder evitarlo, Alexa se quedó con la boca abierta.

Imogen había tenido razón. Porque, le gustara o no, una cosa era indiscutible acerca de Guy de Rochemont. Era realmente... No pudo encontrar las palabras... Sin duda, Guy de Rochemont era un hombre capaz de causar gran efecto en una mujer.

Alexa le recorrió el rostro con la mirada, fijándose en cada detalle. Su cara parecía esculpida, sus cejas tenían la forma perfecta, la nariz recta, la forma de la boca, la fuerte mandíbula, el pelo negro. Se deleitó mirándolo, incapaz de no sucumbir a su encanto.

Guy se había levantado un poco cuando ella había llegado, pero se había vuelto a sentar cuando ella se había sentado sin más. Y allí estaba, observándola con gesto relajado, cómodo y seguro, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos apoyados en el reposabrazos.

Alexa afiló la mirada, sintiendo la convicción que solía apoderarse de ella cuando algo del mundo físico le parecía listo para ser pintado.

Sin embargo, aquello era diferente.

Alexa se dio cuenta de que nunca había reaccionado así antes en su vida. Pensaría en ello después, se dijo. En ese momento... lo único que podía hacer era mirar ese rostro extraordinario, como hipnotizada.

Entonces, poco a poco, Alexa cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba mirando fijamente y en silencio al hombre que tenía delante.

Y él se lo estaba permitiendo.

Alexa se sintió avergonzada. Apretó la mandíbula y se puso tensa, esforzándose en recordar el juicio previo que se había formado de él y recuperar la distancia. Pero fue difícil. Lo único que quería hacer era seguir mirándolo, seguir estudiando sus bellos rasgos.

¿De qué color eran sus ojos? Alexa no estaba segura. Y, dejándose llevar de nuevo, volvió a fijar la mirada en su rostro, para averiguarlo. ¡No! Aquello era ridículo, absurdo. Embarazoso. ¡No podía seguir mirándolo así, como si fuera una adolescente embelesada! Ni escrutarlo como si ya estuviera posando para ella.

Alexa enderezó la espalda y se obligó a esbozar una sonrisa de compromiso.

–Así que está usted considerando el que le haga un retrato –consiguió decir ella, con voz seria.

Durante un instante, Guy de Rochemont no la respondió, como si no la hubiera escuchado. Siguió en la misma postura, sin moverse, como si estuviera posando para ella.

Entonces, con una levísima sonrisa, Guy respondió.

–Sí. Me he dejado convencer en un acto de vanidad. El retrato será un regalo para mi madre. Dice que lo quiere –dijo él.

Alexa observó que, para su desesperación, la voz de ese hombre era demasiado seductora y le provocaba un efecto del que prefirió hacer caso omiso por el momento.

–Una cosa de la que debo advertirle, señor de Rochemont, es que debe apartar cierta cantidad de tiempo para posar para mí, si es que decide contratarme para el trabajo, por supuesto. Siempre se lo advierto a mis clientes. Sin embargo...

Guy levantó una mano. Era una mano larga, con uñas muy cuidadas.

–¿Qué le gustaría beber, señorita Harcourt?

–Oh, nada, gracias –repuso ella, azorada–. La verdad es que no tengo tiempo para tomar nada.

Entonces, Guy de Rochemont levantó una ceja y Alexa no pudo evitar posar los ojos en esa parte de su rostro. Sus ojos eran verdes. Verdes como el agua profunda de un lago. Un lago color esmeralda en el que sumergirse...

Ya estaba dejándose llevar por sus ensoñaciones de nuevo, se reprendió Alexa. Y mirándolo fijamente. Volvió a enderezar la espalda, apartando la mirada.

–El tiempo que tarde en hacer el retrato dependerá del número de veces que tenga que posar para mí y de los intervalos entre cada una. Entiendo que puede ser cansado para usted, pero...

Otra vez, Guy de Rochemont la interrumpió.

–Dígame, señorita Harcourt, en su opinión, ¿por qué debería elegirla para hacerme el retrato?

Alexa percibió en él una mirada inquisitiva y algo más. Algo que a ella no le gustó. Hasta ese momento, él había sido el objeto de observación y ella la observadora. Pero, de pronto, se habían cambiado las tornas.

Guy de Rochemont la estaba mirando directamente con sus ojos color esmeralda.

Era una mirada... capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera.

«Oh, cielos, es tan...», se dijo ella, sin respiración.

Y Alexa se quedó petrificada, sin poder ni moverse mientras él la observaba con atención.

De pronto, Alexa se sintió tensa. Una cosa era que ella lo observara con detenimiento, pues se suponía que su tarea iba a ser plasmar su imagen en el lienzo. Pero era muy distinto que él la escrutara de esa manera. Él la miraba con ojos de hombre, no de pintor. Y no los de un hombre cualquiera, sino los de Guy de Rochemont, el heredero del

gran imperio financiero que, además, parecía una estrella de cine por lo guapo que era.

Ella apretó los labios, intentando disimular su inquietud. No debía dejarse afectar por él. Al fin y al cabo, no era más que un cliente al que pintar, bastante excepcional, eso sí, pero nada más. Eso era todo, se dijo.

Así que Alexa recobró la compostura y se forzó a no dejarse influenciar por aquellos ojos.

–No es eso algo que yo deba responder, señor de Rochemont –respondió ella–. Depende de usted elegir el retratista que le complazca. Si desea contratarme, tendré que comprobar si mi agenda es compatible con la suya.

Alexa lo miró a los ojos. Había conseguido hablar con firmeza, sin delatar su inquietud interior. Aunque no tenía nada por lo que preocuparse, pensó. Él la estaba observando y lo único que vería en ella era una mujer vestida con sencillez, sin ningún adorno y sin ningún interés en complacer al otro sexo. Guy de Rochemont debía de estar acostumbrado a elegir entre las mujeres más hermosas del mundo.

Se preguntó si él se habría ofendido por cómo le había respondido. Pero lo cierto era que ella no necesitaba su dinero, después de todo. Por eso, no se molestaría lo más mínimo en convencerlo de nada, ni en suplicar, ni nada parecido. ¡Claro que no! Ella ofrecía sus servicios, su talento artístico y su experiencia. Si un cliente deseaba comprarlo, eso era todo. Si no, también.

Alexa lo miró a los ojos con frialdad. Durante un instante, él se quedó callado con gesto inescrutable. Ella no supo discernir si se sentía molesto o indiferente. Pero ocultaba algo, pensó.

La máscara invisible de Guy de Rochemont era mucho más evidente para Alexa de lo que solía ser la habitual reserva de los hombres de negocios que solía pintar. Ella se había acostumbrado a retratarlos con ese algo inescrutable, oculto.

Sin embargo, la expresión inalcanzable de Guy de Rochemont era más pronunciada. Como si estuviera acostumbrado a ocultar sus sentimientos desde hacía mucho tiempo.

Alexa se dejó atravesar por una oleada de fascinación, la fascinación natural que despertaba un hombre enigmático, unida a otra clase de sentimientos, mucho más peligrosa.

Guy de Rochemont sabía reservarse para sí mismo. Sólo mostraba lo que quería que los demás vieran, lo que era apropiado para el momento, adivinó ella.

Entonces, de forma abrupta, él habló de nuevo, dejando que una

expresión de sorpresa se le dibujara en el rostro.

No era un gesto muy pronunciado, observó Alexa, pero allí estaba. Algo había sorprendido a su interlocutor.

Alexa sabía qué. Él no debía de estar acostumbrado a que le respondieran así, pensó, con satisfacción. ¿Pero qué diablos? ¿Qué más le daba a ella lo que sintiera ese hombre o lo que pensara acerca de su forma de responder?

–No le gusta vender su trabajo, ¿verdad, señorita Harcourt?

–¿Para qué? –replicó ella, encogiéndose de hombros–. O le gusta lo que hago y me contrata, o no. Es muy sencillo.

–Así es –murmuró él con tono seco. Tomó un trago de su martini y volvió a dejar el vaso en la mesa, sin dejar de mirarla con gesto impasible. Luego, se puso en pie.

Alexa hizo lo mismo. De acuerdo, pensó. No hay trato. ¿Y qué? Imogen se enfadaría con ella, pero era mejor así, se dijo, con alivio.

¿Pero por qué? ¿Por qué sentía alivio por no tener que pintar a Guy de Rochemont?, se preguntó, temiendo la respuesta. Mientras, en el fondo, otro sentimiento subyacía al de alivio. Un sentimiento contradictorio.

En el fondo, lamentaba no poder pintarlo...

¡No! Qué absurdo, se reprendió a sí misma. «Es sólo un trabajo, eso es todo», pensó. Y ella tenía docenas de encargos. Lo único diferente era que ese cliente era joven y guapo, pero ¿eso qué más daba? Nada.

–Bueno, señorita Harcourt, creo que hemos hablado todo lo necesario, ¿no le parece? –dijo él, sacándola de sus pensamientos.

Guy de Rochemont le tendió la mano. Alexa se la estrechó y la soltó con toda la rapidez posible.

–Creo que sí –afirmó ella y agarró su bolso, lista para irse.

–Bueno –continuó Guy de Rochemont–, mi secretaria le telefoneará para nuestra primera cita para posar, teniendo en cuenta las limitaciones de nuestras respectivas agendas –señaló e hizo una pausa brevísima–. ¿Está de acuerdo, señorita Harcourt?

¿Era un ligero tono burlón lo que teñía su voz?, se preguntó Alexa, apretando los labios e intentando poner en orden sus pensamientos.

–Sí... gracias –respondió ella, sin delatar su nerviosismo.

–Bien –dijo él, dando el trato por zanjado. Entonces, como si Alexa hubiera dejado de existir, miró más allá y su expresión cambió.

–¡Guy! ¡Querido!

Una mujer se acercó a él, ignorando a Alexa como si fuera invisible. Una nube de perfume envolvía a la mujer, que le había puesto los brazos al cuello, llenos de pulseras, a Guy de Rochemont. Llevaba un vestido ajustado de seda negra y tenía el pelo largo y negro y la piel

morena. A Alexa le resultó familiar. ¿Quién era? Ah, sí, era Carla Crespi, una actriz de cine que se especializaba en papeles cargados de sensualidad. Ella no había visto ninguna de sus películas, no eran de su gusto, pero había oído hablar de Carla.

Alexa se giró para irse. Era natural que un hombre como Guy de Rochemont saliera con una mujer como Carla Crespi. Una exuberante mujer-florero para un hombre acostumbrado a destacar.

Entonces, la otra mujer empezó a hablar en italiano, muy rápido y demasiado alto como para que fuera una conversación privada, llamando la atención de las personas que estaban alrededor. Con el bolso debajo del brazo, Alexa se fue.

Se sentía extrañamente desconcertada.

Y molesta.

Se habría sentido más desconcertada y más molesta si hubiera sabido que, detrás de ella, Guy de Rochemont se había liberado de Carla Crespi y estaba mirándola marchar.

Guy la observó con gesto especulativo. Con un toque de diversión y sorpresa en sus enormes ojos verdes.

Imogen se puso como loca al conocer el resultado de la entrevista. Alexa no estaba tan entusiasmada, ni siquiera cuando Imogen le dijo cuánto cobraría, una cifra mucho mayor de la que había cobrado nunca por un cuadro.

–¿No te había dicho que triunfarías? –dijo Imogen, excitada–. Después de esto, podrás poner el precio que quieras a tus obras. ¡Todo es cuestión de moda, ya lo sabes!

–Gracias –repuso Alexa secamente–. Yo pensaba que era cuestión de talento.

–Sí, sí, sí –afirmó Imogen–. Pero buenos artistas hay a puñados y se mueren de hambre. Mira, Alexa, el arte depende del mercado. Y tienes que conocer el mercado, eso es todo. Hazme caso y un día tus cuadros valdrán millones, ¡ya lo verás!

–Mira, ese hombre era como tú me habías dicho. Un hombre impresionante, guapo y rico. ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver conmigo? Voy a hacer su retrato, nada más. Llegará tarde a las citas, muchas veces las cancelará, pero antes o después terminaré el cuadro, cobraré y ya está. Quiere el retrato para su madre y me parece muy bien. Yo nunca volveré a verlo y se acabó.

–Mmm –dijo Imogen, ignorando la mitad de lo que Alexa había dicho y mirando al techo–. Todas esas citas a solas con él para pintarlo...

–Mantendré la distancia, fría y profesional –le interrumpió Alexa.

–Oh, vamos, Alexa. No me digas que no te derretirías si él se fijara en ti. ¡Claro que sí! ¡Hasta tú te derretirías! –exclamó Imogen y le lanzó una mirada crítica–. Aunque... Con esa ropa no vas a conseguir nada.

Eso era lo que ella quería, pensó Alexa. De todos modos, un hombre que tenía a sus pies a Carla Crespi nunca iba a mirar a otra mujer.

Además, lo único que le interesaba a Alexa de Guy de Rochemont era si iba a poder pintarlo con éxito.

Estaba empezando a sentirse agobiada por la duda. Hasta ese momento, su mayor preocupación había sido disimular las imperfecciones físicas de sus modelos. Con Guy de Rochemont sería diferente. Desde que lo había conocido, no había dejado de visualizar su rostro y pensar cómo podía pintarlo.

¿Podría hacerle justicia?

Como había predicho Alexa, Guy canceló su primera sesión y llegó noventa minutos tarde a la siguiente. Cuando llegó, su actitud era la de un hombre de negocios. Respondió tres llamadas en su móvil, una detrás de otra y en diferentes idiomas. A continuación, al fin, dejó que ella hiciera los primeros esbozos sin interrupción.

–¿Puedo verlo? –dijo él al fin de la primera sesión.

Alexa se dio cuenta de que no era una petición, sino una orden. En silencio, ella le tendió el cuaderno y observó cómo él miraba su trabajo de aquella tarde.

El lápiz y el carboncillo se ajustaban bien a sus rasgos, pensó Alexa. De alguna forma, con ellos podía reducirlo a su esencia. Si lo pintaba con óleo, parecería irreal. Nadie creería que un hombre pudiera ser tan impresionante. La gente pensaría que la pintora había exagerado su belleza.

Pero era imposible exagerar la belleza de Guy de Rochemont, reflexionó Alexa. El impacto que le había causado el primer día no había disminuido ni un ápice.

En su estudio de pintura, tampoco había podido apartar los ojos de él, embelesada.

Cuando había sonado el móvil y Guy se había excusado para lanzarse a hablar en francés a toda velocidad por teléfono, Alexa había aprovechado para escrutarlo mejor. Casi de forma inconsciente, había tomado el cuaderno y el lápiz.

En ese momento, mientras Guy de Rochemont contemplaba el fruto del trabajo de Alexa, ella lo observó de nuevo. Sin duda, ese hombre tenía el don de poder ocultar sus sentimientos, pensó, sin tener ni idea de si a él le gustaba lo que veía o no.

Si no le gustaba, a ella le daba igual, se dijo Alexa.

Lo cierto era que nunca había tenido un modelo como Guy de Rochemont.

Las sesiones de trabajo fueron intermitentes e interrumpidas, pues la agenda de él requería constantes cambios de última hora. Y Alexa empezó a darse cuenta de que lo que había empezado siendo una leve irritación se estaba convirtiendo en toda una molestia. Y le molestaba que le molestara.

Sin embargo, de ninguna manera iba a dejar que Guy de Rochemont se percatara de ello. Durante las sesiones, Alexa conseguía mantener una actitud distante, igual que la de él. De manera habitual, él llegaba con un secretario que tomaba notas al dictado mientras él hablaba en un idioma desconocido para ella. A veces, respondía el teléfono o hacía llamadas. Incluso una vez había llegado un segundo secretario con un portátil para que su jefe leyera algo en la pantalla.

Alexa aguantaba todo, sin decir nada. Prefería no hablar con él. Prefería mantener al mínimo su intercambio de palabras.

Pero no servía de nada.

Guy de Rochemont la molestaba más de lo que ella podía comprender.

Por desgracia, Imogen sí lo comprendía.

–¡Claro que te afecta! –exclamó Imogen con gesto triunfante–. Se te cambia la cara cuando oyes su nombre. Eso te delata –afirmó y suspiró de manera exagerada–. Pero a él le gusta Carla Crespi. O eso dice ella. No hacen más que sacarles fotos juntos. No puedes competir con ella, a pesar de tu belleza.

Alexa apretó la mandíbula, negándose a entrar al trapo. Además, tenía otros problemas de los que ocuparse.

El retrato no estaba saliendo bien.

Alexa había tardado un poco en darse cuenta. Al principio, había creído que iba bien, por los esbozos iniciales, pero al empezar a pintar al óleo no estaba quedando satisfecha. Había pensado que era el material lo que no funcionaba, que el óleo no era lo idóneo para pintar una cara así. Sin embargo, al fin había comprendido el problema. No era el óleo. Era ella.

No podía captar la esencia de su modelo.

Cuanto más miraba los resultados de las sesiones de trabajo, más frustrada se sentía.

¿Qué iba mal? ¿Por qué no podía hacerlo?

Alexa no sabía la respuesta. Intentó empezar de nuevo, en un lienzo blanco, trabajando con los bocetos iniciales. Pero no tuvo éxito. Después de mirar y mirar lo que había dibujado se dio cuenta de que,

por mucho que lo intentara, no iba a funcionar. No podía pintar a Guy de Rochemont.

Ni cuando él posaba, ni a partir de los bocetos, ni de memoria.

Ni en sueños.

Y eso era lo que más le molestaba de todo. Había empezado a soñar con él. Soñaba que lo pintaba y los sueños la llenaban de inquietud y frustración. Al principio, se había dicho que su subconsciente estaba tratando de dar con una solución al problema del retrato.

Pero, luego, tras la tercera vez que había soñado con él y se había despertado sobresaltada, había sabido que tendría que tirar la toalla y admitir la derrota.

No le gustaba hacerlo, sin embargo. Iba contra sus principios dejar un encargo a medias. No lo había hecho nunca antes y no era nada profesional. Pero tampoco era profesional hacer un trabajo de mala calidad. Iba contra sus reglas. Por eso, le gustara o no, no tenía elección. Iba a tener que admitir que no podía hacer el retrato.

Alexa tardó un tiempo, agónico, en decidirse a decírselo a Guy de Rochemont. ¿Cuándo podía hacerlo? ¿Y cómo? Podía esperar a que él apareciera para la próxima sesión y disculparse delante del secretario que lo acompañara ese día. O, peor aún, podía pedirle hablar en privado. También pensó que podía dejar que Imogen se lo dijera, después de todo ella era su agente. Pero sabía muy bien que su amiga no le permitiría tirar la toalla. No, tendría que armarse de valor y comunicárselo a Guy ella misma, cara a cara. Pero no era justo para él hacerle ir a su casa para una sesión, cuando era un hombre tan ocupado y lo que le iba a decir era que no podía cumplir con su encargo.

Así que lo llamó a su despacho.

La secretaria, cuyos modales no habían mejorado, le dijo que el señor de Rochemont estaba fuera del país y que era muy poco probable que pudiera verlo antes de la fecha de la próxima sesión de pintura. Por eso, a Alexa le sorprendió que la secretaria volviera a llamar después para decirle que Guy podía verla dentro de una semana, a las seis de la tarde. No era buena hora para ella, pero no dijo nada, pues tenía que hablar con él y era mejor hacerlo cuanto antes.

Cuando Alexa se presentó en la central de Rochemont-Lorenz en Londres, la hicieron esperar en recepción media hora, por lo menos. Luego, la condujeron en un ascensor al piso veinte, a la planta de los ejecutivos. Caminó por una mullida alfombra hasta unas puertas enormes de caoba, donde estaba el despacho del presidente.

El sol se estaba poniendo tras las grandes ventanas de la habitación.

Guy de Rochemont se puso en pie detrás de su escritorio en la espaciosa sala.

–Señorita Harcourt...

Su voz era suave y su traje estaba impecable y le quedaba como un guante. Y, de nuevo, Alexa se quedó mirándolo. Observándolo con deleite. Quedándose sin respiración.

Guy de Rochemont estaba en su entorno natural, se dijo ella. En el ático con vistas a la ciudad. Con dinero y poder y toda clase de privilegios. Una torre de marfil alejada del mundo. Allí él era el rey supremo, solo.

Guy se acercó a ella con la mano extendida. Alexa se la estrechó de forma automática y sintió su fría fuerza un instante, antes de soltarle la mano.

Él la miró un momento, con un brillo en los ojos.

Sus ojos... eran tan verdes como las esmeraldas. Y esas pestañas tan largas... Sin embargo, Alexa no podía adivinar lo que había detrás, lo que él pensaba.

–¿Algo va mal?

Alexa se quedó callada. ¿Cómo lo sabía él? Ella no había dicho nada. Apenas hablaba durante las sesiones de trabajo y, por suerte, él no había vuelto a pedirle ver sus progresos. Ella se había sentido aliviada por eso y porque, tampoco, él había parecido interesado en hablar mientras posaba.

Durante un momento, Alexa se sintió amedrentada por una pregunta tan directa. Al instante, enderezó la espalda y dio un pequeño paso atrás, para aumentar la distancia entre ellos. Se sentía más cómoda así.

–Me temo que sí –dijo ella con voz tensa. Estaba a punto de decirle a un cliente influyente y rico que no era capaz de terminar su encargo.

Guy levantó una ceja un poco, pero no dijo nada, manteniendo, como siempre, su expresión velada.

¿Cómo se lo tomaría?, se preguntó Alexa. Cuando se enterara de que había estado perdiendo el tiempo en las sesiones de pintura, iba a quedarse lívido, pensó.

Por primera vez, ella se sintió aprensiva, no por tener que admitir su fracaso, sino porque se dio cuenta de que Guy de Rochemont era capaz de hundir su carrera. Lo único que tenía que hacer era correr la voz de que ella no era una profesional de confianza...

Alexa respiró hondo. Debía decirle la verdad y no podía dilatarlo más. Él estaba esperando una explicación. Así que se la dio.

–No puedo hacer el retrato.

La expresión de él no cambió.
–¿Por qué?
–Porque no puedo –dijo ella. Sonaba estúpido, pero así era. No podía explicarlo. Tomó aliento–. No puedo hacerlo. Lo he intentado una y otra vez y no lo consigo. Lo siento en extremo, pero tengo que cancelar el encargo. No quiero hacerle perder más tiempo.
Alexa esperó su reacción. No sería agradable... era lógico. Su tiempo era muy valioso y ella le había hecho perder mucho. Se preparó para lo que él iba a decirle.
Sin embargo, la reacción de Guy no fue lo que ella había esperado. Él regresó a su mesa, señaló una silla de cuero delante del escritorio y se sentó en su propia silla.
–El bloqueo del artista –comentó él, sin darle importancia–. No se preocupe.
–No –insistió ella–. No puedo pintarlo. Lo siento mucho.
Guy esbozó una leve sonrisa.
–No pasa nada. Por favor, ¿no quiere sentarse? ¿Quiere café o algo de beber?
Ella no se movió.
–Señor de Rochemont, tengo que repetirle que no puedo hacer otra cosa más que cancelar el encargo. No puedo pintarlo. ¡Es imposible! ¡Imposible!
Alexa tuvo deseos de salir corriendo, pero no podía hacer algo así. Guy de Rochemont la estaba invitando a sentarse y eso hizo ella. Se sentó, tensa, apretando el bolso en la mano.
–No puedo pintar su retrato –dijo ella de nuevo.
–Muy bien. Si ésa es su decisión, la respeto. Ahora, dígame, señora Harcourt, ¿tiene algún compromiso para esta noche?
Alexa se quedó mirándolo. ¿Qué tenía eso que ver con lo que estaban hablando?
Guy interpretó su silencio como un no.
–Entonces, me pregunto si querría ser mi invitada –continuó él, sin dejar de mirarla–. Estoy seguro de que le interesará asistir a la inauguración privada de la exposición *Revolución y romanticismo: arte en el periodo napoleónico*. Rochemont-Lorenz es uno de sus principales patrocinadores.
Alexa tardó un momento en reaccionar. Y consiguió decir la primera cosa coherente que se le pasó por la cabeza.
–No estoy vestida para la ocasión.
–No hay problema –repuso él con una breve sonrisa.
Momentos después, Alexa fue llevada a un apartamento adyacente en el ático y transformada. Las mismas blusa y falda grises que había

llevado en la primera cita con él quedaron arrinconadas cuando apareció un estilista de la nada, con dos ayudantes, maquilladora y peluquero, y un guardarropa portátil de vestidos de noche.

Cuando Alexa salió del vestidor, una hora después, y entró de nuevo en el despacho de Guy, él levantó la mirada de su trabajo y sólo dijo una cosa.

Sus ojos verdes e inescrutables se posaron en ella un instante nada más. Reparó en su vestido de seda color beis con brazos al descubierto, el cabello recogido con una diadema y el rostro maquillado.

Entonces, él se acercó y se detuvo delante de ella.

–Al fin.

Eso fue lo único que él dijo.

Y no se refería al tiempo que ella había tardado en vestirse.

Guy se sintió satisfecho al observar a la mujer que tenía delante. Había tenido tiempo más que suficiente para apreciar sus atributos durante las sesiones de pintura y el vestido de noche acentuaba, sin duda, su belleza.

Alexa Harcourt estaba perfecta.

Sí, no podía describirla de otra manera. Desde el primer momento que había posado los ojos en ella había sabido que, debajo de ese aspecto inicial de maestra de escuela, había una belleza digna de su atención. Y no se había equivocado.

Guy la miró con aprobación. Sí, perfecta. Alta, elegante, esbelta, con ese toque inglés... Era exactamente lo que él había esperado. Entonces, recordó con una sonrisa la primera vez que la había visto. Al principio, había creído que la indiferencia de ella no era más que una treta para captar su atención, pues las mujeres solían usar todo tipo de trucos con él con tal propósito. Sin embargo, durante las sesiones de retrato, había llegado a la sorprendente y excitante conclusión de que Alexa Harcourt no estaba intentando captar su interés.

Por otra parte, Guy sabía muy bien que había causado un gran efecto en ella. Se había dado cuenta desde el principio y le había resultado divertido. Había empezado a disfrutar mucho en aquellas sesiones, en las que la observaba y se daba cuenta de que, cada vez, ella se sentía más desasosegada en su presencia.

Ese desasosiego era, sin duda, la razón por la que ella había acudido a su despacho para anunciarle que no podía continuar su retrato. De nuevo, al principio, él había asumido que había sido una treta para

poner a prueba su interés en ella. Pero, luego, se había dado cuenta con alivio y satisfacción de que Alexa no fingía y que realmente estaba decidida a abandonar el retrato.

¡Era una buena señal!, se dijo Guy. Era excelente que ella no intentara manipularlo y mejor aún era que estuviera teniendo dificultades en reproducir su imagen. Porque la razón era obvia: él había dejado de ser nada más que un cliente para ella. No podía pintarlo... porque lo deseaba demasiado.

Y deseo era lo que Guy sentía por ella. Había comenzado a sentirse atraído por Alexa cuando había comprendido que su austeridad no era más que una fachada. Y, en ese momento, mientras ella estaba allí parada con su resplandeciente belleza, su deseo no hizo más que aumentar. Se sintió excitado al pensar en los placeres que la noche le prometía.

Aunque Alexa no parecía adivinar lo que iba a pasar. Parecía ignorar lo que de manera inevitable la esperaba. ¿Cómo era posible?, se preguntó él, sorprendido. Cualquier otra mujer habría adivinado su interés en ella. Pero eso era parte del atractivo de Alexa Harcourt, se dijo.

Y haría que el juego de la seducción fuera aún más excitante.

–¿Vamos? –invitó él.

Alexa caminó a su lado con elegancia, aunque sus hombros estaban algo tensos, observó él. Como si no se sintiera cómoda del todo.

Claro que no. Era obvio que ella estaba todavía conmocionada por lo inesperado de los hechos, reflexionó Guy. Sin embargo, Alexa se esforzaba por aparentar lo contrario. Era su educación inglesa, se dijo él, lo que le ayudaba a fingir normalidad.

Mientras bajaban en el ascensor al aparcamiento privado, Guy charló sobre el evento al que iban a asistir. Alexa respondió con educación. Al llegar a su limusina, él la guió al interior, se sentó a su lado e indicó al chófer que emprendiera el camino.

Fue un viaje de apenas quince minutos, en los que Guy siguió manteniendo una charla superficial. Le complació comprobar que ella no era una de esas mujeres que charlaban sin parar todo el tiempo. La reserva de Alexa le gustaba. Ella se limitaba, nada más, a hacer algún comentario educado como respuesta a lo que él decía.

Guy aprovechó la oportunidad de observarla mientras ella miraba por la ventanilla hacia las calles de Londres.

Sí, Alexa se merecía su tiempo y su atención. Complacido con su elección, Guy se relajó en el asiento y prosiguió mirándola. La noche estaba llena de promesas.

Sería una noche excepcional...

La luz del día despertó a Alexa. Despacio, abrió los ojos y miró a su alrededor.

Estaba en una habitación de hotel. Un hotel cuyo nombre era sinónimo de lujo y estilo. Era el mismo hotel donde habían cenado la noche anterior, en una habitación que era más grande que su piso. Alrededor de una mesa con cubertería de plata, se habían sentado unas doce parejas, todos invitados de la prestigiosa galería de arte que albergaba la exposición. Según parecía, todos ellos habían sido invitados para cenar con Guy de Rochemont. Y con ella.

Poco después de la exposición, Guy la había tomado del brazo y la había guiado a su limusina. La había llevado al hotel y al comedor privado en el ático, donde habían estado los demás invitados.

Alexa no había encontrado un buen momento para irse. Se había encontrado sentada en la mesa con los demás. En ese momento, había aceptado la situación y había comprendido que su presencia junto a Guy de Rochemont en la mesa debía deberse a la misma razón por la que lo había acompañado a la exposición.

La única razón podía ser, había pensado Alexa, intentando buscarle sentido a aquella situación extraordinaria, que la pareja de él no había estado disponible. Y que Guy había asumido que la exposición iba a ser de su interés como retratista. Y lo cierto era que la exposición le había interesado mucho, a pesar del desasosiego que le había producido tener a Guy de Rochemont a su lado.

Alexa se había esforzado en ignorar su presencia, pero Guy de Rochemont era difícil de ignorar, más aún con ese frac negro. Había intentando no fijarse en él. No debía mostrar su inquietud, se había dicho. Debía mostrarse fría, mantener la compostura, ser una invitada educada y nada más.

Alexa había conseguido mantener una cierta actitud distante durante la cena, incluso en los sofás cuando, después de cenar, los invitados se habían sentado a tomar café y licores. Sin embargo, le había resultado difícil irse cuando los demás habían empezado a despedirse.

Para su consternación, había terminado quedándose a solas con Guy de Rochemont.

Al instante, sin la conversación de los demás invitados para llenar el silencio, la situación había cambiado del todo. Sin duda, había sido el momento de irse. Su antiguo cliente había sido muy amable por no enfadarse con ella y por invitarle a la exposición, había sido muy cortés al invitarla a quedarse a la cena, a pesar de que ella no tenía

nada que ver con los demás invitados. Pero la cena había terminado y había llegado el momento de que ella regresara al santuario de su hogar.

Con ese propósito en mente, Alexa había tomado aliento y había esbozado una sonrisa educada antes de hablar.

–Tengo que irme –había dicho ella con gesto contenido. Aunque no había bebido mucho, se había sentido un poco mareada por el champán y el vino de la cena.

Alexa se había puesto en pie, sintiendo cómo la seda del vestido le rozaba la piel.

–Claro –había dicho Guy de Rochemont, poniéndose en pie también.

Sin querer, Alexa lo había mirado.

Su frac negro y austero había ensalzado el extraordinario color de sus ojos, bajo sus largas pestañas morenas.

Durante una fracción de segundo, ella no había podido moverse. Ni había podido apartar la mirada. Entonces, echando mano de toda su fuerza de voluntad, se había girado y había comenzado a caminar hacia la puerta. Debía salir de allí cuanto antes, se había dicho.

Al llegar a la puerta con Guy de Rochemont a su lado, se había vuelto y le había tendido la mano como despedida.

–Gracias, señor de Rochemont. Lo he pasado muy bien. Ha sido muy amable por invitarme.

Alexa había conseguido mantener una actitud formal, fría, contenida. Se había esforzado en comportarse, nada más, como una invitada dando las gracias a su anfitrión.

Durante un momento, ella había creído ver brillar los ojos de él. Guy de Rochemont había parecido complacido. Y algo más. Sus ojos se habían oscurecido.

–El placer ha sido mío –había murmurado él–. Y esto es un placer aún mayor...

Guy de Rochemont había dado un paso hacia ella y le había recorrido la nuca con un dedo, mientras que había entrelazado la otra mano con la de ella. La había besado. Durante una fracción de segundo, Alexa se había sentido sorprendida. Enseguida, otra sensación muy diferente se había apoderado de ella...

¡Nunca había experimentado nada así! La habían besado antes, por supuesto, pero nunca de ese modo...

Al sentir el contacto de sus labios y la forma en que él la había acariciado la nuca, Alexa se había derretido.

Se le había acelerado el pulso y su pensamiento consciente se había desvanecido.

Muy, muy despacio, él la había besado más profundamente.

Y ella había dejado de pensar por completo.

Entonces, un tiempo después que había sido incapaz de determinar, como en un sueño, Alexa se había encontrado en una habitación con una gran cama. Sobre esa cama, la había depositado Guy de Rochemont, con sumo cuidado, y le había hecho el amor.

Y ella no había podido hacer nada, absolutamente nada, para evitarlo. Porque aquello había sido lo más exquisito y delicioso que le había pasado nunca…

Volviendo al presente, Alexa miró a su alrededor en la habitación del hotel, recuperando su pensamiento consciente con la luz del día. No podía dar crédito a lo que había pasado.

¿Cómo podía haber sucedido algo así?, se preguntó, atónita. ¿Cómo podía estar en la cama con Guy de Rochemont? ¡Era imposible!

Pero no era imposible. La evidencia estaba delante de sus ojos. Y en el cosquilleo que sentía en todo el cuerpo. Las sensaciones que la habían envuelto durante la noche habían sido demasiado exquisitas… no podían ser reales… Pero sí lo eran. Sus recuerdos eran demasiado nítidos…

Unas manos acariciándole los brazos desnudos, recorriéndole toda la piel con la punta de los dedos. Labios tan suaves como terciopelo rozando su cuerpo, que se convertía en una sinfonía de sensaciones… sensaciones desconocidas hasta entonces para ella. Dedos explorando cada lugar secreto, labios saboreando, excitando. Pezones endurecidos en la boca de él. Y, luego, el resto del cuerpo… Él le había separado los muslos y le había tocado como la seda con sus labios, preparándola para su posesión.

Alexa sintió que el cuerpo se le llenaba de calor al evocar aquellos momentos.

¿Cómo era posible sentir tales cosas? ¡Escapan a sus fantasías más atrevidas!

Ella nunca había imaginado que podía ser… así.

Maravillada por lo que había sucedido, Alexa se dijo que lo que había hecho no era sólo inexplicable, sino una completa locura. ¡Se había ido a la cama con Guy de Rochemont! Sin embargo, en ese momento, acurrucada a su lado, no fue capaz de hacer nada. Se dijo que, si le quedara un ápice de cordura, debía salir de la cama, vestirse y salir del hotel todo lo rápido que pudiera. Pero no pudo. Su cuerpo estaba demasiado a gusto… inerte, lánguido.

Aquella sensación de maravilloso y extraño bienestar confundía su cuerpo y su mente, haciéndola sentir voluptuosa, sensual. Entonces, se le ocurrió algo nuevo. Tuvo la urgencia de girar la cabeza y mirar

al hombre que había conseguido llevarla a su cama.

Despacio, Alexa ladeó la cabeza y, al posar los ojos sobre su rostro, algo muy extraño se estremeció dentro de ella, como si una ligera brisa hubiera soplado sobre al agua serena de un estanque, dando vida a algo que ella desconocía. Ella no sabía qué era aquella inefable corriente, ni adónde la llevaría. Al posar los ojos en el hombre tumbado a su lado, se sintió de nuevo maravillada, atónita.

Contuvo el aliento. ¡Cielos! Aquel hombre era perfecto. Ese rostro que tantas veces había intentado pintar, con frustración, era perfecto.

Nunca había estado tan cerca de él. La sensación de intimidad le resultó abrumadora, a sólo centímetros de él, con sus miembros aún entrelazados. Como movida por voluntad propia, su mano se levantó para rozarle la frente con suavidad mientras se deleitaba observando sus largas pestañas y el corte escultural de sus facciones.

Guy estaba muy dormido, su respiración era rítmica y profunda. No se movió cuando ella lo tocó y ella se alegró, pues quería disfrutar ese momento sin testigos. Quería poder observar la perfección de su rostro extraordinario.

Esa noche había sido un regalo del destino para ella. Y Alexa lo sabía. No entendía por qué Guy de Rochemont había elegido quedarse con ella, pero sabía que no sería nada más que algo pasajero y fugaz. A pesar de ello, le parecía un regalo.

Había sido una locura, pero había sucedido y, en ese momento, no podía arrepentirse, se dijo Alexa. Podría arrepentirse más tarde, al día siguiente y al siguiente y pensar en lo débil que había sido. Pero no entonces.

Alexa sonrió. Sí, había sido más tonta y más débil de lo creíble, pero no podía lamentar lo que había pasado. Su cuerpo estaba demasiado satisfecho, reconoció para sus adentros, posando la mirada con ternura en aquella cara tan hermosa.

Podía ser un cliché, pero las mujeres que pasaran por la cama de Guy de Rochemont no se llevarían más que el agradable recuerdo, pensó ella.

–*Ma belle*.

Guy se había despertado y la miraba. Ella se sumergió en sus ojos verdes y se quedó sin respiración.

Él la besó y su cuerpo se llenó otra vez de un dulce calor.

–No puedo hacer lo que sabes que me gustaría hacer –dijo él, apartándose un poco–. *Je suis désolé*.

De un salto, él se levantó de la cama, sin prestar atención a su desnudez, ni a su erección. Alexa se sonrojó al verlo.

–Sí –reconoció él–. No necesito mentirte. Daría mucho por

quedarme, *ma belle*. Pero no puede ser. Así que te pido que me disculpes.

Guy se giró, entró en el baño y, un momento después, Alexa oyó la ducha. Durante un momento interminable, ella se quedó tumbada en la cama, sintiendo que la desolación la invadía. Durante una fracción de segundo, sintió un latigazo en el corazón.

¡No! No podía permitirse ese sentimiento.

Era esencial mantener la compostura, se dijo Alexa. Y era esencial aprovechar ese momento de soledad. Se levantó de la cama y miró a su alrededor, buscando la ropa. Sintió que su cuerpo era, de alguna manera, diferente, que había cambiado, pero dejó de lado ese pensamiento. Se vistió con el traje de noche de nuevo y, después de abrocharse la cremallera, cerró los ojos. De pronto, la sordidez de la situación hizo mella en ella.

Una aventura de una noche, eso había sido. Una mujer fácil, a mano. Sólo le quedaba cubrir su desnudez y desaparecer.

¡No! No había sido así. Para ella, no, al menos. No lo convertiría en algo sórdido y lamentable. Sí, era cierto que ella había sido para él sólo algo pasajero. ¿Qué otra cosa podía ser para un hombre como Guy de Rochemont? Sin embargo, eso no significaba que hubiera sido algo sucio o despreciable. Su cuerpo lo afirmaba.

Alexa respiró hondo y enderezó la espalda. Se recogió el pelo. Así estaba bien, se dijo, mirándose en uno de los espejos de la habitación. Seguía teniendo los ojos manchados de maquillaje, pero se los limpió con un pañuelo de papel. Eso bastaría hasta que llegara a su casa.

Se puso los zapatos y tomó su bolso de la cómoda. Estaba lista para irse.

La puerta del baño se abrió y Guy de Rochemont salió envuelto en una toalla de hotel. Tenía el pelo mojado y gotas de agua en las pestañas. Alexa contuvo la respiración, maravillada porque aquel hombre había sido suyo durante una noche.

Pero el día había llegado y era hora de volver a la vida real.

–*Chérie*, no tenías por qué apresurarte –dijo él y caminó hasta el armario, que tenía ropas masculinas dentro–. Debías haberte quedado en la cama y desayunar. Soy sólo yo quien debe cumplir este horario infernal.

–No, está bien así –repuso ella con voz calmada, como si fuera lo más normal del mundo estar allí, en su habitación, mientras él se vestía–. Tengo que irme. Devolveré el vestido y sus accesorios limpios. ¿Lo envío a tus oficinas de Londres o…?

–¿No te gusta el vestido? –preguntó él con curiosidad–. Te aseguro que te queda muy bien. Estás perfecta. Justo como yo esperaba.

–El vestido no es mío.
–No seas absurda –señaló él con un ápice de irritación.
–Señor de Rochemont…
–¿Señor? –repitió él con incredulidad mientras se abotonaba la camisa–. Alexa, sé que eres inglesa y que los ingleses son muy formales, pero te aseguro que podemos llamarnos por nuestro nombre de pila.
Ella levantó la mano un poco.
–Bueno, no importa de todos modos, pues no vamos a volver a vernos. Así que…
–¿Cómo?
–Me temo que no puedo seguir con tu retrato… –dijo ella, sin saber cómo continuar. No podía retratarlo porque había dormido con él.
Guy frunció el ceño.
–El retrato no importa, podemos hablar de eso después. Sin embargo, no entiendo por qué dices que no vamos a vernos más. ¿Es que lo de anoche no te gustó?
Por el tono de voz de él y su mirada, Alexa adivinó que él sabía que una respuesta negativa era imposible. Ella se forzó a respirar.
–No se trata de eso… –empezó a decir ella, titubeante.
Guy de Rochemont ignoró su titubeo. Había terminado de abotonarse la camisa y Alexa sintió que el pulso se le aceleraba al fijarse en su masculino cuello, en sus fuertes muñecas.
–Bien. Entonces, estamos de acuerdo. Lo de anoche fue excepcional y debemos actuar de forma coherente con eso. Como te he dicho, siento tener que irme en un viaje de negocios dentro de una hora, pero volveré cuanto antes, tal vez esta noche. Si no, mañana. Si llamas a mi despacho, mi secretaria te dará mi número de contacto.
Guy empezó a ponerse la corbata con manos firmes y seguras.
–Tienes que comprender que tengo compromisos que no puedo ignorar, por mucho que lo desee. Por eso, habrá ocasiones en que no pueda disfrutar de mi tiempo contigo. Debo pedirte que me disculpes por eso –continuó él y se puso la chaqueta–. De todos modos, confío en que podamos pasar el suficiente tiempo juntos y que tu agenda te lo permita. No te preocupes por el momento. Todo puede arreglarse. Ahora, sin embargo… –dijo y tomó su reloj de oro de la mesilla y se lo puso–. Debo volar a Ginebra. El tiempo corre, así que te ruego que seas indulgente conmigo.
Guy se acercó a ella, abotonándose la chaqueta, y le tomó la mano.
–No te quedes tan perpleja, *ma belle* –añadió él con tono grave y profundo–. Todo irá bien. Ya lo verás.
Guy la besó con suavidad en la boca y empezó a irse hacia la

puerta.

–¡No entiendo! –exclamó ella, sin ocultar su confusión.

Él se detuvo ante la puerta y miró hacia atrás. Sus ojos parecían encontrar la escena divertida. Pero mostraban algo más también, algo que hizo que a ella le temblaran las piernas.

–Es muy sencillo, *ma belle*. Ahora somos amantes, ¿no?

Dicho aquello, Guy se fue.

Alexa se quedó petrificada detrás de la puerta, sin saber qué pensar.

Capítulo 2

Alexa se quedó con la mente en blanco durante todo el camino en taxi hasta su casa. Había salido con la cabeza rígida del hotel, mirando al frente, pensando que todos la mirarían, sabiendo lo que había hecho. ¿Por qué si no iba a salir una mujer del hotel vestida con traje de noche por la mañana? Al llegar a su piso, había subido las escaleras antes de que ningún vecino pudiera verla. ¡Nunca antes había hecho algo así! ¡Nunca!

Nada más entrar en su habitación, comenzó a quitarse el vestido delator.

Claro que no había hecho nunca nada así. Pero nunca había sido seducida por ningún hombre con el aspecto de Guy de Rochemont.

Entonces, se sintió débil. Se sentó en la cama, sobrecogida por las emociones de lo sucedido.

Recordó las palabras de él, diciendo que eran amantes.

Se sintió confusa. ¿Qué había querido decir él?

Alexa lo averiguó una hora después. Apenas había acabado de ducharse y cambiarse cuando sonó el telefonillo. Al abrir la puerta, se encontró con un ramo de flores enorme. Buscó la nota con ansiedad.

À bientôt.

Era todo lo que decía. Todo lo que hacía falta decir.

Cinco minutos más tarde, llamó la secretaria de Guy de Rochemont. Con el mismo tono antipático de siempre, le dio a Alexa el número de teléfono móvil de Guy de Rochemont. Podía usarlo sólo para llamarlo cuando él lo requiriera y no debía darle el número a nadie más, le informó la secretaria.

–Por favor, asegúrese de no llamarme a mí para preguntarme dónde se encuentra el señor de Rochemont –advirtió la secretaria–. No tengo autorización para darle esa información.

Alexa escuchó la llamada en silencio, en parte porque no podía creer lo que estaba oyendo y, en parte, porque había decidido ignorar el tono desagradable de la secretaria. Acto seguido, continuó poniendo las flores en floreros, pues no cabían todas juntas en uno solo.

Su aroma llenó toda la casa, pero Alexa seguía con la mente en blanco, como si hubiera vivido demasiadas emociones, demasiado rápido.

No sabía qué hacer.

Entonces, no haría nada, se dijo con cierto alivio.

Después de todo, no se esperaba que hiciera nada más que colocar las flores en floreros. No se encontraba en el estado de ánimo apropiado para ir a pintar, así que se sentó ante su escritorio para ordenar facturas y papeleo doméstico.

Luego, pasó la aspiradora, limpió la cocina, puso la lavadora y comió algo. A continuación, salió a hacer la compra y envió por mensajería el vestido a Rochemont-Lorenz con una nota disculpándose por no haberlo llevado antes a la tintorería.

Con la nevera llena, Alexa pensó que sería buen momento para ir al gimnasio y hacer algo de ejercicio. Eso le servía para mantener ocupada la mente y dejar de revivir los recuerdos de la noche anterior.

Al regresar a casa, se quedó allí toda la tarde, leyendo y viendo la tele, y se fue a la cama.

Al meterse entre las sábanas, la invadieron los recuerdos de la noche anterior. Durante un momento, se quedó petrificada, mientras le subía la temperatura. Para pensar en otra cosa, tomó de la mesilla un libro sobre arte medieval italiano. Los cuadros de mártires serían efectivos para vencer tan sensuales recuerdos.

Pero seguía sin saber que haría con Guy de Rochemont.

«No lo entiendo», fue su último pensamiento antes de quedarse dormida.

Alexa seguía pensando lo mismo días después. Había intentando continuar con su vida, a pesar del estado de perplejidad mental que la invadía. Había llegado a la conclusión de que la falta total de comunicación con Guy de Rochemont sólo podía querer decir una cosa: ni sus palabras de despedida, ni el ramo, ni el número que le había dado la secretaria habían significado nada. Ella no comprendía y siguió sin comprender. Hasta que, un domingo, sonó su telefonillo.

Era Guy de Rochemont.

Atónita, ella lo dejó entrar. Le abrió la puerta principal.

–No entiendo... –balbuceó ella. Fue lo primero que le dijo, ahorrándose el saludo.

Guy la miró con gesto divertido y el pulso de ella se aceleró.

–Ya te lo dije, *ma belle* Alexa, es muy sencillo. Tan sencillo... como esto –explicó él, la tomó entre sus brazos y la besó.

Y así pasaron las siguientes semanas y los siguientes meses.

Sin tomar ninguna decisión consciente, Alexa se limitó a aceptar la situación. Poco a poco, fue perdiendo la sensación de perplejidad y

tener a Guy de Rochemont en su vida se fue convirtiendo en algo... natural. Ella no quería describirlo, ni pensarlo. Era mejor así.

Era más sencillo aceptar aquella relación inexplicable. Era más fácil no hacerle preguntas, ni a él ni a sí misma. Por razones que sólo él conocía, Guy de Rochemont la había elegido como amante bajo demanda. Por qué, ella no lo sabía. Carla Crespi parecía haber dejado de ser de su interés. La actriz había empezado a salir en las revistas del corazón del brazo de un director de cine de mediana edad. ¿Lo habría abandonado ella o habría sido Guy? No tenía ni idea. Y no quería preguntar.

Alexa se contenía para no preguntarle a Guy nada sobre su vida. En parte, la vida de él era tan distinta de la suya que prefería no pensar en ello. Otra razón era que ella sabía, por instinto, que Guy no quería hablar de sí mismo.

A veces, mientras estaban juntos, él respondía alguna llamada y hablaba en distintos idiomas europeos. Alexa captaba fragmentos de las conversaciones, pero intentaba entretenerse con otra cosa, leyendo el periódico o un libro, para no escuchar.

En ocasiones, el tono de su voz sonaba impaciente e irritado. Al colgar, sin embargo, volvía a ser como siempre con ella, relajado y atento. Y, en la cama, apasionado y considerado.

Guy de Rochemont era un hombre muy reservado y Alexa se sentía identificada con esa manera de ser. También se alegraba de que él no quisiera llevarla a muchos eventos sociales. Le aliviaba su discreción, pues no quería que la etiquetaran como la última conquista de Guy de Richemont. Además, su tiempo juntos era demasiado breve y prefería pasarlo a solas con él. A veces, se veían en casa de ella y otras Guy la llevaba donde él estuviera entre reunión y reunión de su apretada agenda. El tiempo con Guy era escaso y precioso.

Y no duraría para siempre.

No podía durar y Alexa lo sabía.

Había pasado, sin saber cómo, y allí estaba ella, poseída por oleadas de intenso placer y de inevitable dolor de corazón.

Porque, sin saber bien en qué momento, Alexa había hecho lo que no había querido hacer de ninguna manera. Se había enamorado de Guy de Rochemont.

Su amor estaba destinado al fracaso, pensaba Alexa. No podían tener un futuro juntos. Un día, su relación terminaría de manera tan inexplicable como había empezado y Guy de Rochemont dejaría de ser parte de su vida. Él se cansaría de ella y la dejaría.

Y ella seguiría amándolo sin remedio.

Alexa se estremecía de dolor al pensarlo, pero no por eso podía

sentir de otra manera respecto a Guy. A él debía ocultarle la verdad por todos los medios. Era la única protección que tenía: una máscara de fría compostura para ocultar lo que realmente sentía.

Y Alexa mantuvo su máscara hasta el final cuando, de pronto, recibió el duro golpe que había estado esperando.

Guy la había dejado. Su relación se había terminado.

Capítulo 3

No podía seguir limpiando el baño para siempre. Después de un buen rato, lo dejó. Se obligó a ir a la cocina y preparar la tetera. Intentó no mirar a la mesa del desayuno y no pensar en lo que había pasado esa mañana. No quería pensar en nada. Un mar de sentimientos la recorría.

Después de un tiempo, quizá una hora o unos minutos, no lo sabía, empezó a pensar. Empezó a intentar recomponer sus pensamientos, al menos lo suficiente como para poder darles forma con palabras.

«Sabías que este día llegaría», se dijo a sí misma. «Lo sabías. Sabías que tenía que ser así. No entendías por qué te había elegido. Él, que puede elegir a cualquiera. No entendías nada de eso. Ni por qué había continuado con la relación. Las razones eran inexplicables para ti. Siempre supiste que, antes o después, él decidiría terminar contigo. Dejarte.

Y ahora ha pasado.

Has hecho todo lo que has podido hacer. Has aceptado su rechazo con dignidad, con compostura, sin delatar tus sentimientos. Así él nunca sabrá la verdad, una verdad que no le interesa. ¿Por qué iba a interesarle? Por mucho que te gustara, no fue sensato enamorarte de él».

No... No había sido sensato enamorarse de un hombre como Guy de Rochemont.

Había sido una locura por la que tenía que pagar un precio muy alto. Y lo pagaría, se dijo, paralizada en medio de la cocina.

Entonces, sonó el teléfono.

Durante un instante, Alexa se quedó mirándolo. Sabía que no sería Guy, ¿por qué iba a llamarla justo después de terminar su relación? Respondió.

–¡Alexa! ¡Acabo de enterarme de algo! ¡Tengo que advertirte!

Imogen sonaba agitada. Alexa no se encontraba de humor para esa llamada, pero sabía que no podía evitar a su amiga.

–¿Qué pasa? –preguntó Alexa con voz calmada.

–No me gusta decírtelo, ¡de verdad! Pero tengo que... ¡Es sobre Guy!

Claro, Guy. Era irónico, pensó Alexa, que Imogen se hubiera vuelto una detractora de Guy de Rochemont, después de lo entusiasmada que había estado con él al principio.

Cuando Imogen había sabido que Alexa había sucumbido a sus encantos, se había mostrado atónita y emocionada por su amiga.

–¡Oh, cielos! ¿Lo dices en serio? ¡Guy de Rochemont y tú! ¡Vaya! ¡Increíble! –había exclamado Imogen al conocer la noticia hacía meses y había abrazado a su amiga–. ¡Eres tan afortunada! ¡Eres la mejor!

Pero el punto de vista de Imogen había cambiado por completo al conocer las circunstancias de su relación.

–Parece que te esconde –había protestado Imogen un día–. ¡Nunca sale contigo!

–Lo último que quiero es que la gente nos mire –había respondido Alexa, impertérrita–. Además, no pasamos mucho tiempo juntos, ¿por qué gastarlo saliendo?

Prefiero estar con él a solas –había asegurado y había mirado a su amiga–. Immie, esto no va a durar. Lo sé. Pero mientras estemos juntos...

Imogen la había mirado muy seria.

–Te has enamorado de él, ¿verdad? –había preguntado Imogen con voz grave.

–No... –había negado Alexa.

–Oh, diablos –había replicado Imogen, adivinando la verdad, y había abrazado a Alexa con gesto de lástima.

En ese momento, al teléfono, Imogen estaba utilizando ese mismo tono de lástima. Titubeó antes de seguir.

–Sí, lo sé. Se va a casar –señaló Alexa, para ahorrarle a su amiga el tener que decirlo.

–¡Es un bastardo! –exclamó Imogen tras un momento de silencio–. Lo he visto en una página de cotilleos de Internet. Se va a casar con una prima lejana, de los Lorenz. Su padre tiene uno de los bancos de la familia, así todo el dinero quedará en casa. ¡Muy bonito y muy conveniente!

–Sí, bueno, por eso son ricos hace tantos siglos –replicó Alexa con tranquilidad.

Debajo de su fachada de calma, Alexa no pudo evitar registrar la información que Imogen le había dado. No quería saber nada de la mujer con quien Guy de Rochemont iba a casarse, deseaba ignorarlo pero...

–Así que lo sabías –continuó Imogen–. ¿Es que se dignó a decírtelo? ¿O lo has averiguado como yo?

¡Claro que no lo había averiguado como Imogen! Alexa nunca leía páginas de cotilleos. Su amiga le había dicho que ella se encargaría de hacer las investigaciones necesarias para ella.

–Créeme, Alexa, si ese hombre hace algo que debas saber, ¡yo lo sabré! –le había dicho Imogen–. Para empezar, puedo decirte que

Carla Crespi es agua pasada.

Pero la vigilancia de Imogen había sido innecesaria, como Alexa había pensado desde el principio. ¿Por qué iba a esconderle nada Guy de Rochemont?

–Me lo ha dicho esta mañana –afirmó ella con voz calmada. Anticipándose a las preguntas de Imogen, prosiguió–: Así que yo le deseé suerte, le di la enhorabuena y le dije adiós. Ha sido una ruptura amistosa.

Al otro lado de la línea hubo un elocuente silencio.

Alexa se dio cuenta de que estaba apretando el auricular con fuerza. Se concentró, sin embargo, en aparentar tranquilidad.

–Imogen, yo sabía que esto pasaría. No tiene sentido que monte un número ahora. Guy de Rochemont entró en mi vida y ahora se ha ido. Fin de la historia. Y yo estoy bien. De verdad. Muy bien.

De nuevo, Alexa se dio cuenta de que apretaba el teléfono con dedos agarrotados. Y tenía un nudo en la garganta.

Imogen estaba llamándola al otro lado de la línea, pero ella había dejado de oírla.

–Voy para allá –dijo Imogen y, antes de colgar, añadió–: ¡Bastardo!

Con un caluroso saludo, su anfitrión llevó a Guy del brazo, conduciéndole hacia donde quería.

A Guy se le tensó la mandíbula. Eso era lo que Heinrich von Lorenz estaba haciendo exactamente. Conducirle por donde quería, de acuerdo a sus intereses financieros y personales. El banco de inversiones de Heinrich estaba al borde de la ruina.

¿Por qué diablos no había acudido Heinrich a él antes?, se preguntó Guy con rabia. ¿Por qué había dejado que su deuda ascendiera y ascendiera durante meses? Por orgullo, él lo sabía. Un orgullo que Heinrich no se podía costear.

Entonces, Guy se sintió furioso consigo mismo. Él debía haber descubierto los problemas financieros de Inversiones Lorenz. Ése era su trabajo, saberlo todo sobre el laberíntico mundo financiero de Rochemont-Lorenz. Era el trabajo que había heredado de su padre y no podía zafarse de él.

¡Cuánta gente lo envidiaba!, se dijo con amargura. No sólo fuera de su familia, sino dentro de los Rochemont-Lorenz. ¡Cuántos darían lo que fuera por ser él! El jefe supremo de una dinastía enorme, poderosa e inmensamente rica.

Habían pasado diez años desde que Guy le había tomado el relevo a su padre, que había muerto cuando él había tenido veinte años. Pero

él no había ocupado su puesto por voluntad propia, sino por obligación. Podía sonar bien, pues incluía una excelente dosis de riqueza, poder y prestigio social, pero también conllevaba un gran peso de responsabilidad.

Era un precio demasiado alto, pensó.

«¡Pero no me queda más opción que pagar ese precio!», se dijo, apretando la mandíbula.

Guy pasó por el ritual de saludos con Heinrich y su esposa Annelise en el vestíbulo de su caserón de los Alpes. La residencia había pertenecido en el pasado a un archiduque y seguía llevando el escudo de los Habsburgo. Heinrich solía alardear de su relación con la nobleza, igual que de sus logros financieros.

Por algo el orgullo era un pecado capital, pensó Guy. Inversiones Lorenz estaba a punto de hundirse, a pesar de que Heinrich se comportaba como si no pasara nada, como si siguiera estando en la cúspide del mundo de los negocios.

De nuevo, Guy recordó cómo había dejado de supervisar Inversiones Lorenz, centrando su atención en otras operaciones que parecían estar más afectadas por la crisis global. Y, cuando había terminado de reacomodar sus múltiples negocios y salvarlos de las pérdidas, había perdido la oportunidad de rescatar Inversiones Lorenz de forma menos traumática.

Demasiado tarde, Heinrich había hecho lo que debió haber hecho hacía meses: confiarle a Guy la situación en que se encontraba y pedir ayuda.

Pero Heinrich no sólo le había pedido que salvara su banco, sino que cumpliera su deseo más querido...

¿Lo habría planeado todo Heinrich desde el principio?, se preguntó Guy. Él sabía que Heinrich siempre había querido ampliar el poder de su familia por todos los medios posibles, pero no había querido colaborar. Los sueños de grandeza de Heinrich no se habían limitado a las finanzas. Él siempre había soñado con un matrimonio dentro de la dinastía.

Durante años, Guy había ignorado los comentarios sutiles y no tan sutiles de Heinrich, que sólo tenía una hija, una heredera para ocupar su lugar en la dinastía Rochemont-Lorenz.

Sin embargo, su hija Louisa, por lo que Guy recordaba de ella, no parecía interesada en escalar en el imperio financiero Rochemont-Lorenz. Ella estudiaba algo así como Ecología y le había parecido una joven muy tímida.

Pero, tímida o no, Louisa tendría que hacer acto de presenta allí esa noche, se dijo Guy, frunciendo el ceño. A pesar de que tanto Heinrich

como Annelise intentaban mostrarse muy cordiales y despreocupados, él se había dado cuenta de que ambos padres miraban sin cesar a las escaleras que daban al piso de arriba de su mansión, con gesto de ansiedad.

No había señales de Louisa. Al principio, Guy sintió alivio pero, según pasaban los minutos y los padres de la joven le sometían a una insoportable charla superficial para hacer tiempo, se fue sintiendo cada vez más furioso. Aquello era hipócrita e irritante, tanto por las maquinaciones de Heinrich como por su incompetencia para dirigir su banco.

Cada vez, Heinrich y su esposa estaban más tensos ante la ausencia de su hija, aunque no hacían ningún comentario al respecto.

–¿Dónde está Louisa? –se decidió a preguntar Guy al fin, yendo al grano.

–Debes ser comprensivo –repuso Annelisa después de un silencio–. Está ansiosa por causarte buena impresión, pues sabe que tienes un gusto muy exigente con el sexo opuesto. Quiere estar perfecta para ti. Tu reputación te precede, como debes de saber… –chapurreó y, con alivió, miró a la escalera–. ¡Mira, ahí está!

Guy se giró. Louisa bajaba las escaleras. Su futura prometida.

Pero no había nadie en el mundo con menos aspecto de convertirse en la señora de Guy de Rochemont.

Durante un instante, otra imagen cruzó la mente de Guy, la de una mujer verdaderamente perfecta, elegante, maravillosa…

Guy dejó de lado sus ensoñaciones. A su lado, oyó un comentario exasperado de la madre de Louisa. Y comprendió por qué. La joven no había hecho ningún esfuerzo por arreglarse. Llevaba vaqueros, una sudadera y zapatillas de deporte. Llevaba una cola de caballo y nada de maquillaje.

–Louisa, ¿en qué estás pensando? –preguntó su madre, enfadada.

Su padre se puso rojo de furia.

–No he tenido tiempo para cambiarme –repuso Louisa mientras se acercaba con gesto cauto–. ¿Y qué más da, de todas maneras? Conozco a Guy de toda la vida. Ya sabe cómo soy.

Guy sintió simpatía por la respuesta desafiante de la joven. La preferencia de Louisa por la ropa deportiva no encajaba con sus gustos, ni con lo que el mundo esperaría de su esposa, pero era una falta mucho más llevadera que las ambiciones de Heinrich o el desastre al que había llevado el banco.

Cada vez más frustrado, Guy pensó que, si hubiera un modo de escapar de ese embrollo, lo haría. Pero Heinrich tenía razón. Si alguien se enteraba de que Inversiones Lorenz tenía que ser rescatado

de la quiebra o de que iba a recibir un préstamo, eso repercutiría negativamente en todos los negocios de la dinastía Rochemont-Lorenz, sobre todo en un momento tan delicado como aquél, en plena crisis mundial. Las consecuencias tendrían un efecto dominó y llevarían a la ruina a más bancos, no sólo a Inversiones Lorenz. Por eso, Heinrich había sugerido la maquiavélica solución de un enlace entre sus familias.

–Querido joven... ¡es la solución perfecta! –le había dicho Heinrich días atrás, tras presentarle a Guy su plan para salvar el pellejo y, además, ganar posiciones dentro del clan Rochemont-Lorenz–. Un enlace entre las dos partes de la familia hará que nuestro imperio financiero esté todavía más unido. ¿Qué hay más razonable que eso? No levantará sospechas ni especulaciones en la prensa ni en los especialistas financieros. El... ajuste puede hacerse sin que nadie se dé cuenta.

Guy había apretado los dientes al escucharlo. Heinrich llamaba «ajuste» al préstamo. Un préstamo que no hubiera sido necesario si el viejo no hubiera actuado con tanta ligereza en la dirección de Inversiones Lorenz.

–Hace cien años, tal... inversión hubiera sido considerada como pago por la novia –había continuado Heinrich, sonriendo con optimismo–. Y cimentaremos la unión, por supuesto, con un puesto como mano derecha en tu junta directiva.

Sin dar crédito a su atrevimiento, Guy había respondido yendo directo al grano.

–Se trata de una operación de salvamento, Heinrich, nada más. Y debes saber y no olvidar que lo hago sólo por el bien de todos nosotros. Lo único que tú vas a sacar de esto es sobrevivir, nada de un puesto en mi junta.

–Y tú tendrás a mi hija –había replicado Heinrich, adaptándose a las condiciones–. ¡Sois la pareja perfecta!

Entonces, sus palabras le habían sonado vacías a Guy y, en ese momento, mientras miraba a Louisa, le parecieron más vacías todavía. Era una joven bonita, morena, pero no tenía nada que ver con el tipo de mujer que a él le gustaba.

Sin poder evitarlo, Guy recordó a Alexa, pero intentó ignorar su imagen. Lo suyo había sido sólo una aventura, nada más, se dijo, y no debía olvidarlo.

En ese momento, le gustara o no, tenía que aceptar su situación. Compartiría su futuro con Louisa von Lorenz.

–¡Sube y cámbiate de inmediato! –le ordenó su padre a Louisa, agarrándola del brazo.

–No es necesario –señaló Guy, dando un paso al frente–. Louisa...

Intentando ocultar su frustración, pues la pobre Louisa no tenía culpa de nada, Guy miró a Annelise.

–¿Vamos a cenar? –invitó Annelise, intentando restarle pesadez al momento.

Sin decir palabra, Guy tomó a Louisa del brazo y caminó hacia el enorme comedor, echando mano de todo su autocontrol para no dejar traslucir sus oscuros y amargos sentimientos.

Capítulo 4

Alexa estaba pintando. Pintando y pintando y pintando. Llevaba así toda la semana. Le habían hecho un nuevo encargo e Imogen le había conseguido dos retratos más. Ella le estaba agradecida a su amiga, pues sabía que lo había hecho a propósito para tenerla ocupada.

Cuando Imogen había ido a verla la primera tarde, Alexa había estado a punto de derrumbarse. Imogen había intentado hablar de ello, insultar a Guy, contarle todos los detalles sobre su prometida.

–No quiero saberlo. ¿Para qué? –había dicho Alexa, negándose a escuchar.

–¡Pero debes saberlo! Según la madre de la chica, ha sido educada para ser la esposa de Guy desde pequeña. Y en Internet dice también que la han criado para ocupar el puesto supremo en la maldita dinastía. ¡Como si fuera de la realeza o algo así!

–Bueno, creo que en su familia hay unos cuantos nobles –había comentado Alexa, intentando sonar tranquila.

Mientras su amiga había seguido hablando, Alexa había dejado que su mente divagara entre recuerdos, como el de Guy saliendo de la ducha, con su cuerpo sublime...

Entonces, algo había captado su atención.

–... su única hija y acaba de cumplir diecinueve...

–¿Qué? –había preguntado Alexa–. ¿Qué has dicho?

Imogen había asentido, satisfecha por captar al fin su atención.

–Sí, su preciosa prometida tiene sólo diecinueve años.

–¡No puede ser! –había exclamado Alexa, pálida–. Guy tiene treinta y cuatro. Será quince años más joven que él. ¡Casi una generación!

Imogen sonrió satisfecha porque, al fin, su amiga mostraba signos de indignación.

–¡Es que, además de bastardo, es un asaltacunas!

–No lo insultes, Immie, por favor. Pero no puedo creer que se case con alguien tan joven...

–Igual quiere tener una esposa ingenua y fácil de manipular. Alguien a quien impresionar –había comentado Imogen–. ¡Aunque no hace falta tener diecinueve para dejarse impresionar por Guy de Rochemont!

–No puede ser tan joven –había repetido Alexa, conmocionada, ignorando el comentario de su amiga.

–Pues lo es. Y no me digas que no es conveniente para él. Se meterá en el bolsillo el dinero de su papá y, luego, después de desflorar a la virgen adolescente, podrá irse con alguna amante sofisticada y

desfogarse con ella.
–Immie, no sigas. ¡Es una acusación muy fea! ¡Guy nunca sería infiel a su esposa!
Imogen había soltado una carcajada de burla.
–¿Ah, sí? ¿Cuánto te apuestas? ¡Alexa, de verdad, eres tan ingenua como si tuvieras diecinueve años! ¿No lo entiendes, verdad? Acepta la verdad, Alexa. ¡Guy de Rochemont te ha utilizado! Es increíble cómo te ha tratado. Aparecía cada vez que le daba la gana y allí estabas tú, esperándolo. O te hacía ir a cualquier sitio, si podía encontrarte un hueco en su apretadísima agenda... ¡como si fueras una cualquiera! –había exclamado Imogen llena de indignación–. ¡Te ha usado para tener sexo bajo demanda!
–¡No!
–Sí.
Alexa había cerrado los ojos, con las terribles palabras de Imogen resonando en su cabeza. ¡No!, quiso gritar.
–Guy te trató como si fueras basura. ¿Por qué no iba a tratar también así a su esposa? –había continuado Imogen.
–Para. ¡No te consiento que hables así de él! No lo conoces, Immie. Yo, sí.
–¿Ah, sí?
Alexa había cerrado los ojos de nuevo y había revivido cientos de imágenes y recuerdos.
–Sí, lo conozco –había afirmado Alexa, abriendo los ojos y mirando a su amiga con gesto firme–. Guy no es así. Lo sé. Sé que no te gustaba su forma de ir y venir, pero te he dicho y te repito que yo estaba a gusto con él. Nos convenía a los dos.
Imogen había asentido.
–Bien. ¿Y qué pensarás cuando te vuelva a llamar y te sugiera retomar lo vuestro, cuando regrese de su luna de miel?
Por un instante, Alexa se había quedado sin palabras, con un nudo en la garganta.
–Guy no haría eso. Parece que él había estado esperando a que ella creciera. La tratará con honor. ¿Por qué no iba a hacerlo?
Imogen la había mirado con gesto burlón.
–Porque no te ha tratado a ti con honor, por eso. Y, Alexa, tú no eres Carla Crespi, que sólo busca la fama. ¿Qué excusa tiene para haberte tratado así? Tú dices que te gustaba que te tratara así... De acuerdo, de acuerdo, no voy a insistir más. Te dejaré que averigües la verdad tú solita. Porque te apuesto lo que quieras a que esa niñita con la que va a casarse no lo satisfará en la cama. Te apuesto cien libras al contado que él saldrá corriendo a buscarse otra, ya lo verás.

–Te equivocas –había dicho Alexa con los dientes apretados.
–Cien libras. Sobre la mesa. Y voy a ganar.

Guy condujo a gran velocidad, furioso, alejándose de la mansión de su futura esposa. Debía concentrarse en las negociaciones para financiar la construcción de una carretera en los Alpes y, por suerte, eso le ayudaría a distraer sus pensamientos.

¿Cómo había podido meterse en una situación tan desafortunada?

Pero era una pregunta retórica. Él sabía cómo. Por mucho que lo pensara, no había otra solución. Casarse con la hija de Heinrich era la forma más segura de proteger el imperio Rochemont-Lorenz. Y proteger Rochemont-Lorenz era su trabajo. Su misión. Igual que había sido la de su padre y la del padre de su padre y así sucesivamente durante doscientos años. El peso de la dinastía y del destino le resultó, de pronto, insoportable.

Pero sus antepasados habían tenido que sobrellevarlo también y su caso no era de los peores. Uno de sus tatarabuelos había tenido que liquidar todas las cuentas de Rochemont-Lorenz una semana antes de que Austria fuera anexionada por la Alemania nazi, para no perder el dinero. Los nazis lo habían castigado con la muerte, tras encerrarlo en un campo de concentración. Su esposa había quedado viuda y su hija había tenido que casarse con uno de los altos cargos de Hitler, que había querido alardear de una esposa de tan alta clase social, para impedir que hubiera más matanzas dentro de la familia y para preservar lo que fuera posible de la rama polaca del banco, primero de los nazis y, luego, del saqueo comunista.

Después de la guerra, un tío de Guy había tenido que relacionarse con Stalin y financiar la industria rusa, a pesar de que su suegro había sido enviado a un gulag acusado de disidencia intelectual y todos sus trabajos académicos habían sido destruidos. Incluso en tiempos menos dramáticos, los Rochemont-Lorenz siempre habían tenido que sacrificar sus ambiciones personales a favor del bien de la familia.

El padre de Guy, también, había deseado ser otra cosa en la vida. Había querido ser deportista. ¿Pero para qué quería la familia tener un remero olímpico? Así que se había hecho banquero, expandiendo los negocios de la dinastía en Europa y casándose con una mujer a la que no amaba, por conveniencia. Los requerimientos de la familia siempre estaban por encima de los sentimientos individuales de sus miembros. Sentimientos que desaparecerían si negaba su existencia durante el tiempo suficiente, reflexionó él.

Entonces, no pudo evitar recordar… Su cascada de pelo rubio, su

cuerpo esbelto y hermoso, su piel de porcelana y esos ojos grises y luminosos mirándolo maravillados...

Guy apretó la palanca de cambios con fuerza. ¿Por qué pensaba en esas cosas? ¿Por qué recordaba a Alexa? En el pasado, había sido libre para estar con ella. Pero eso había cambiado. En el futuro, seguiría los pasos de sus padres, se dijo, pisando aún más el acelerador, como si así pudiera escapar a lo inevitable de su destino. Y pensó en sus padres. Ellos no se habían amado, pero se habían casado y se habían tratado siempre con respeto y consideración.

¿Sería él capaz de hacer lo mismo con su esposa?

No lo sabía.

–Es bueno que sea joven –comentó la madre de Guy con voz perfectamente modulada, que no dejaba entrever sus sentimientos acerca del tema.

–¡Es demasiado joven! –rugió Guy.

Su madre dejó un momento las agujas de hacer punto. Afuera, el cielo estaba gris, pero todavía había luz y los árboles ornamentales del jardín seguían teniendo sus hojas, a pesar de que había empezado el otoño. Por el camino, paseaba un pavo real con la cola extendida.

–Es una ventaja –repitió Claudine de Rochemont–. Será más fácil que se enamore de ti, Guy. Y a ti no te costará nada impresionarla –añadió, posando los ojos en él.

–¡Cielos, no! –exclamó Guy–. ¿Cómo puedes esperar algo así? ¡Lo último que la desearía sería un amor no correspondido! Este embrollo no es culpa suya y estoy seguro de que ella no tiene ningún interés en casarse conmigo –aseguró y soltó una fría carcajada–. Su aspecto en la cena de anoche me convenció de ello. Louisa no tiene interés en atraerme. Se presentó en vaqueros y se negó a cambiarse, ante el disgusto de sus padres.

–Me lo imagino –observó su madre–. Pero Louisa es bonita. Su madre me ha mandado unas fotos de estudio que le hicieron este verano. Tiene buena percha.

–¿Bonita? –repitió Guy con tono reprobatorio. Él no quería una mujer bonita, su gusto requería algo más.

–No todas las mujeres pueden tener el atractivo de la señorita Crespi –comentó su madre secamente.

Guy se encogió de hombros en silencio. Se miró el reloj, pero sabía que no podía irse aún. Debía esperar a que su madre sacara el tema.

–¿Cuáles son los planes para la boda? –preguntó ella al fin.

–No tengo ni idea. No es algo urgente –afirmó él y apretó los

labios–. A pesar de lo ansioso que está Heinrich.

–Me parece bien –señaló su madre–. Esas cosas no se pueden hacer de forma apresurada. Debo ponerme en contacto con Annelise. Y también tenemos que invitar a Louise.

–Supongo que sí –repuso Guy y se miró el reloj de nuevo–. Mamá, debes excusarme. Tengo una cita para cenar en París. El helicóptero me está esperando.

–¿Una cita privada? –preguntó su madre con gesto especulativo.

–No. De negocios –respondió Guy e hizo una pausa–. Mamá, sé que debo adaptarme a las convenciones sociales. Lo único que saldrá sobre mí en la prensa tendrá que ver con Louisa. Y ahora discúlpame, tengo que irme.

Guy le dio a su madre el beso acostumbrado en la mejilla y se fue. Sentada en un sofá Luis XV, Claudine de Rochemont lo observó irse con gesto preocupado. No era buena idea retrasar la boda de su hijo, acosado por las mujeres y acostumbrado a divertirse. Louisa von Lorenz era joven, pero bonita. Su matrimonio con un hombre experimentado y sofisticado podía funcionar. ¿Y quién sabía? Quizá, una joven esposa enamorada podría conseguir lo mejor para su hijo, que él se enamorara también.

Claudine siguió haciendo el punto con un atisbo de esperanza. Sobre todo, le deseaba a su hijo un matrimonio basado en el amor. Aunque necesitara un matrimonio de conveniencia para conseguirlo, como había sucedido en su caso.

¿Le pasaría lo mismo a su hijo?

Por el momento, lo único que ella podía hacer era esperar.

Capítulo 5

–Alexa, es lo mejor que te podía haber pasado. Richard Saxonby es encantador. Además, es guapo, bien plantado y le gustas mucho. ¡No podrías encontrar un partido mejor!

Imogen repitió lo mismo que Alexa ya sabía sobre el hombre que le había pedido salir. Richard era encantador. Además, su compañía era agradable y era inteligente. A ella le gustaba y, sí, también admitía que era atractivo, moreno y musculoso.

Pero eso no significaba que fuera a salir con él...

–¡Sí! –le urgió Imogen–. ¡No puedes quedarte encerrada para siempre!

–No estoy encerrada –protestó Alexa.

–Pero vives como una monja –repuso su amiga y miró al techó fingiendo exasperación–. Hace cuatro meses que Guy de Rochemont te dejó tirada. Desde entonces... lo único que has hecho es trabajar y trabajar. Si no hubiera sido por mí, no habrías salido ni siquiera de tu casa. Vamos, Alexa, es hora de volver a sentirte mujer. Guy es historia y tú lo has superado de sobra. Encuentra a alguien normal, un hombre con sentimientos y no un idiota que piensa que puede tratar a las mujeres como juguetes sexuales. Por eso me gusta Richard Saxonby, ¡por el amor del cielo!

–Richard es demasiado agradable –protestó Alexa–. No quiero...

Alexa se interrumpió. No quería darle falsas esperanzas a Richard. Pero sabía que, si terminaba la frase, Imogen haría otro comentario despectivo sobre Guy y no quería echarle leña al fuego.

Durante cuatro meses, Alexa se había dedicado a ignorar el dolor que le atenazaba el corazón. ¿Qué otra cosa podía hacer?, se preguntó. Se había enamorado de un hombre equivocado. Guy no tenía la culpa, ella era la única responsable. ¿Y qué podía hacer? Sólo le quedaba esperar que el dolor se aliviara con el tiempo. Tal vez, un día, se levantaría por la mañana y descubriría que lo había superado. Entonces, y sólo entonces, sería capaz de salir con otro hombre.

Alexa no podía ni pensar en tener algo que ver con otro hombre. Le parecía imposible. Y tampoco quería que nadie se apegara a ella. Sobre todo, un hombre tan agradable como Richard Saxonby.

Alexa lo había conocido en una de las cenas que solía organizar Imogen. Era obvio que su amiga lo había elegido a propósito para ella. Lo había sentado a su lado y ella había tenido que reconocer que Richard era agradable, de buen carácter y atractivo.

Pero no era Guy de Rochemont.

¡Nadie podía ser como él!

¿Y qué importaba? Guy estaba lejos de ella en ese momento, se dijo Alexa, y nunca formaría parte de su futuro.

Debía superar su relación. Tenía que hacerlo, pensó, con el corazón encogido.

E Immie tenía razón. Hasta que no empezara a salir un poco, no podría continuar con su vida.

Alexa respiró hondo y levantó la barbilla.

–De acuerdo –aceptó Alexa–. Saldré con Richard.

–Al fin. Gracias al cielo –repuso Imogen, cerrando los ojos. En voz más baja, murmuró–: ¡Tal vez así consigas sacarte de la cabeza a ese bastardo que te trató como basura!

Guy estaba saludando a los presentes, repitiendo una y otra vez las frases de bienvenida habituales, mientras seguía controlando sus sentimientos con brazo de hierro.

El autocontrol había sido su principal herramienta durante toda su vida, reflexionó Guy. Para él, era tan necesario como respirar. Le permitía dirigir el imperio Rochemont-Lorenz, soportar el peso de la responsabilidad y cumplir las interminables obligaciones que le correspondían. Entre ellas, estaba la de estar siempre disponible para todos los miembros de su clan.

¡Tenía tantos parientes! ¡Había tantas reuniones familiares! En todas las bodas, bautizos, comuniones y funerales se esperaba su presencia y se tomaba como una ofensa si se ausentaba más de lo debido. Algunos de los miembros de su familia se llenaban de ambición cuando él consideraba que podía promocionarlos dentro de su vasto imperio. Otros, se enojaban cuando no era así.

Por no mencionar que Guy también tenía que hacer de intermediario en los interminables conflictos, rivalidades y alianzas que surgían entre las diferentes ramas de la familia. Al principio, no todo el mundo había estado de acuerdo con que un hombre de apenas veinte años se hiciera cargo de suceder a su padre en la dirección del imperio Rochemont-Lorenz. Muchos primos suyos habían aspirado también a ese puesto. Pero la dedicación de Guy, su cabeza fría y su excepcional don para los negocios habían demostrado que merecía ocupar el lugar más alto en la dinastía y todos lo habían aceptado.

Durante breves instantes, su expresión dejó traslucir su desolación. Todo el mundo daba por sentado que haría lo que fuera con tal de proteger las fortunas de los Rochemont-Lorenz.

Hasta el punto de casarse con ese propósito, pensó Guy y miró a su

derecha.

Louisa estaba a su lado, muy erguida, mientras un río de gente se acercaba para saludarlos. No parecía estar nada cómoda y apenas decía palabra. Guy comprendía que era joven e inexperta en las relaciones sociales y pretendía darle todo el apoyo que ella necesitara. Pero también esperaba de ella que aprendiera a comportarse como se requería de su esposa.

Para colmo, todo el mundo estaba interesado en conocerla, pues era su primera aparición pública en Londres como su prometida. Guy había conseguido quitarse a sus padres de encima y Louisa había ido sola y, durante el fin de semana, se quedaría en casa de una amiga de la universidad. Él hubiera preferido que Louisa no estuviera, pues era obvio que todo aquello era una molestia para ella. Aunque, por otra parte, ella debía ir acostumbrándose a lo que sería su vida cuando se casaran: tendría que asistir a un sinnúmero de reuniones y hacer de anfitriona.

De nuevo, Guy mostró una rápida expresión de desolación, mezclada con otro sentimiento que no lo abandonaba ni a sol ni a sombra. Necesitaba todo su autocontrol para reprimirlo, pensó. Al estar en Londres, después de cuatro meses fuera, el sentimiento se hacía más agudo, al recordar lo que había perdido. Con resentimiento, se dijo que ya no era libre para hacer lo que quisiera.

A su lado, Louisa repetía el saludo a la persona que él acababa de saludar. Guy la miró y apretó los labios. Seguro que Annelise había sido quien había elegido el vestido de su prometida. Era demasiado pretencioso y estirado. Lo más probable era que su madre hubiera intentando hacer que Louisa pareciera mayor, más sofisticada. En lugar de eso, el vestido sólo la hacía parecer más fuera de lugar.

Louisa había tenido mucho mejor aspecto con vaqueros, pensó Guy. Desde entonces, la joven siempre se había puesto ropas elegidas por su madre, nada favorecedoras. Él no le había comentado nada, para no hacerle sentir mal, pero se había propuesto ponerla en manos de un buen estilista en cuanto se casaran.

Entonces, el recuerdo lo aguijoneó.

Su mente reprodujo la vívida imagen de Alexa con el traje de noche. Una esbelta sirena vestida de seda color crema, con sus delicados brazos desnudos, resaltando las sutiles curvas de sus pechos y caderas...

Guy apretó la mandíbula todavía más. ¿Por qué recordaba a Alexa cuando ella ya no formaba parte de su vida? Su futuro era Louisa y debía recordarlo, debía evitarse distracciones mentales innecesarias.

Louisa lo miró con ansiedad. Guy sonrió para darle confianza. La

pobre chica no tenía culpa de nada. Él se había propuesto reservar algo de tiempo para pasarlo con ella, para conocerla mejor y, sobre todo, asegurarse de que ella estuviera preparada para tomar el rol de su esposa.

Los padres de Louisa también se habían casado por el bien de Rochemont-Lorenz y Guy estaba seguro de que Louisa estaba dispuesta a casarse con él y que comprendía que él debía centrar su atención en salvar el banco de su padre. Una vez que ese problema estuviera resuelto, podría dedicarle a Louisa el tiempo que ella merecía y ayudarle a sentirse un poco más segura y menos incómoda.

Una novia joven, fácil de moldear. ¿Era eso lo que él quería?

No.

Sin embargo, tal vez, podría procurar que Louisa fuera feliz.

A pesar de que la felicidad sería imposible para él.

Una vez más, la mirada de Guy se oscureció. Era esencial ejercer un férreo autocontrol, se recordó a sí mismo.

–¿Más champán?

–Por ahora, no. Estoy bien –repuso Alexa.

Y lo cierto era que Alexa estaba bien. Se sentía a gusto en aquella cena benéfica con Richard. Todo lo a gusto que era posible. Gracias a la insistencia de Imogen, había aceptado que no podía seguir viviendo toda la vida como una ermitaña. Tenía que seguir con su vida.

Sin embargo, cuando Richard la había invitado a ser su pareja en la cena benéfica, ella casi se había negado. Hubiera preferido algo más sencillo para su primera cita. Por otra parte, era mejor una cena benéfica que una cena íntima, había pensado ella. Con gran esfuerzo y resolución, se había obligado a aceptar la invitación y a presentarse allí del brazo de Richard.

Pero Alexa no podía relajarse. Se habían sentado a una mesa con otros arquitectos, colegas de Richard, y sus parejas y ella apenas había dicho palabra. Además, se sentía incómoda porque el evento había reunido a gente de la clase más adinerada de Londres. Sin querer, eso le hizo pensar en quien no debía. Y el corazón se le encogió de nuevo.

Pero por nada del mundo quería estropearle la noche a Richard, así que se portó como una buena invitada e intentó participar en la conversación. A lo largo de la noche, reconoció una verdad aplastante: si no hubiera cometido la locura de enamorarse de Guy de Rochemont, disfrutaría realmente con las atenciones de Richard

Saxonby.

Tal vez, con el tiempo, podría llegar a interesarse por Richard, pensó Alexa y le sonrió, aceptando su invitación para bailar. Con el tiempo, quizá, podría llegar a olvidar a Guy de Rochemont y dejar que Richard la quisiera, dejar que la besara. No debería ser muy difícil sentir deseo por él, se dijo. Ni enamorarse de él, un día, cuando tal vez llegara el momento y se conocieran mejor.

Entonces, la música se terminó y las parejas que había en la pista de baile regresaron a las mesas. Richard la soltó y Alexa comenzó a caminar hacia su asiento de nuevo. De pronto todas las miradas, junto con la de ella, se posaron en un recién llegado, al otro lado del salón.

Alexa se quedó petrificada. Y supo que nunca, jamás, podría enamorarse de Richard ni de otro hombre. Porque el hombre que ella amaba la estaba mirando a los ojos.

Era Alexa.

Durante un momento, Guy sólo la vio a ella, hermosa, con un fino vestido color burdeos. Luego, su campo de visión se amplió para ver al hombre que la llevaba del brazo.

De forma instintiva, Guy caminó hacia ella. Alexa no se movió. Su expresión inicial de sorpresa se veló mientras ella parecía esperar, inmóvil, que él atravesara la pista de baile.

–Buenas noches, Alexa.

Alexa se quedó mirándolo hipnotizada. Sintió que le temblaban las rodillas, pero debía recuperar su fuerza, se dijo ella. No podía sucumbir a la magnificencia de aquel hombre que hacía que todos los demás presentes parecieran fantoches. No debía deleitarse en los hermosos contornos de su rostro, su pelo moreno y, sobre todo, sus ojos verdes que la miraban fijamente, haciéndola sentir mareada, sin aliento.

Sintiéndose incapaz de reaccionar, Alexa se sentía petrificada. No había estado preparada para ese encuentro, le había tomado con la guardia baja. Pero debía, cuanto antes, recuperarse del impacto que le había producido.

Había tenido cuatro meses para superar la ruptura de su relación, se dijo Alexa, intentando recuperar el control de sus sentimientos. Había tenido cuatro meses para acostumbrarse a vivir sin Guy de Rochemont. Para sacárselo de la cabeza.

Pero, en ese instante, Alexa no tuvo más remedio que reconocer que todos sus intentos de superarlo habían sido en vano.

Con un nudo en la garganta, se sentía incapaz de hablar, mientras

él seguía mirándola. No era capaz de hacer lo que se esperaba de ella: devolverle el saludo con un tono de voz apropiado, calmado, distante. Si lo hacía, podría despedirse de él con formalidad y dejarle continuar con su vida.

Era lo que debía hacer, se dijo Alexa. Pero no podía articular palabra.

Entonces, como un caballero andante, Richard la rescató.

–¿Alexa?

Por suerte, su llamada fue el empujón que Alexa necesitaba para actuar. Esbozó una rápida sonrisa.

–Richard, éste es Guy de Rochemont. Tuve el honor de pintar su retrato hace un tiempo.

–El honor fue mío, Alexa –repuso Guy e hizo una breve pausa–. No pensé que fueras a estar aquí esta noche...

–Ni yo –se apresuró a decir ella, forzándose a sonreír–. Richard ha sido muy amable invitándome.

De forma inconsciente, Alexa se acercó un poco más a Richard.

–Richard Saxonby, Guy de Rochemont –presentó ella con gesto tranquilo.

Guy estrechó la mano de Richard. Era una mano firme y sólida, de hombre. También tenía buen aspecto, observó Guy, con ojos inteligentes y facilidad para sonreír. Comprendía por qué Alexa se había fijado en él. Ese Richard Saxonby era un hombre muy agradable, pensó.

Por eso, a Guy le pareció ilógico el impulso que sintió de arrancársela del brazo y tomarla entre los suyos.

Tuvo deseos de irse de allí con ella, meterla en el coche, llevarla a su casa, al hotel, donde fuera, con tal de que hubiera una cama y Alexa fuera sólo para él. Luego, le despojaría de ese vestido, le soltaría el pelo, la cubriría de besos y la poseería... por completo, hasta saciarse.

Guy apretó la mandíbula, manteniendo controlados sus sentimientos. A pesar del aguijón del deseo, Alexa era cosa del pasado. Él había decidido dar por terminada su relación. Así que, si ella quería tener otra relación con otro hombre, como Richard Saxonby, ¿qué podía hacer él? Nada de nada.

Echando mano de todo su autocontrol, Guy actuó con educación y cortesía, saludando a aquel hombre que, sin duda, estaba disfrutando de la belleza de Alexa. Pero eso no era asunto suyo, se repitió.

Por eso, Guy hizo lo que se esperaba de él en ese momento: soltar la mano de Richard y despedirse de Alexa con un gesto de la cabeza. Intentó no fijarse en que los hombros de Alexa y Richard se estaban

rozando. Con una breve sonrisa, se apartó de ellos y se reunió con sus acompañantes.

El encuentro sólo había durado unos pocos minutos. Había sido un episodio fugaz para el mundo, en que Guy ni siquiera había tenido que prestarle atención a su prometida en su primer acto público juntos. En cuanto él había posado los ojos en Alexa, Louisa se había excusado con un murmullo y se había ido al baño de señoras.

Louisa no había regresado todavía y Guy se alegraba de que no hubiera presenciado su encuentro con Alexa. Aunque no era algo que debiera importarle a su prometida, ni a nadie, pensó él. Pero no quería que su prometida se viera obligada a verse con ninguna mujer que hubiera ocupado un lugar en vida. Su futura esposa no tenía nada que ver con ello y eran cosas que no debían mezclarse.

–Richard, ¿me disculpas un momento? –se excusó Alexa con actitud firme y tranquila. Pero era sólo una fachada, pues por dentro se sentía mareada, con la garganta encogida.

Alexa se encaminó al baño de señoras, buscando el respiro de soledad que tanto necesitaba. Nada más entrar, se metió en un aseo y cerró la puerta con cerrojo. Perdió la noción del tiempo mientras, muy poco a poco, la conmoción que había sentido al ver a Guy de Rochemont iba cediendo. Con esfuerzo, intentó calmar los alocados latidos de su corazón. E intentó convencerse de que no tenía ninguna importancia que hubiera visto a Guy de nuevo. ¡No podía dejar que la afectara tanto!

Alexa respiró hondo. Luego, salió del aseo. Comenzó a lavarse las manos en el lavabo. Al hacerlo, vio un gran anillo con una enorme piedra junto al grifo. No había ninguna persona más, observó, mirando a su alrededor. Y aquél no era el tipo de anillo que se dejara tirado. Se preguntó qué podía hacer con él, sin querer tomarlo para que no la acusaran de robo. Entonces, oyó un grito detrás de ella.

–¡Gracias a Dios!

Alexa se giró y vio a una joven. Ésta se abalanzó sobre el anillo y se lo puso.

–No estoy acostumbrada a llevarlo –explicó la chica.

Su acento tenía un toque alemán. La joven sonrió a Alexa, quien sonrió a su vez.

–Me alegro de que no lo olvidaras –señaló Alexa–. Me estaba preguntando qué debía hacer con él. No es el tipo de anillo que una quiera perder.

–Me habría metido en un buen lío –repuso la chica–. Es una joya de

la familia. ¡Todas las novias lo han llevado, durante un millón de años!

La chica no parecía muy impresionada por aquel hecho, sin embargo, observó Alexa. Y tampoco parecía impresionada por el anillo, a pesar del gran tamaño de su diamante.

–Es un anillo magnífico –comentó Alexa.

La joven hizo una mueca. Era una chica morena, bonita. Pero el vestido que llevaba no la favorecía, pensó Alexa. Era demasiado estirado.

–No me pega –señaló la chica, mirándose el anillo.

–Bueno, quizá sólo hace falta que lo lleves en momentos especiales –replicó Alexa con tacto–. Quizá podrías pedirle a tu novio algo más sencillo, más a tu gusto para que puedas llevarlo todos los días.

La expresión de la joven cambió.

–No querría. Tengo que mostrarme sofisticada todo el tiempo –aseguró la chica y se miró la ropa–. Me pasa lo mismo con este vestido. No me queda bien.

Alexa frunció el ceño. Le pareció una pena que la joven no pudiera elegir su propia ropa. Algo más juvenil le quedaría mejor, pensó.

–¡Tu vestido es precioso! –exclamó la chica e hizo otra mueca–. Pero tampoco me quedaría bien a mí. No soy lo bastante alta. De todas maneras, no me gustan los trajes de noche. Me siento patosa con ellos –confesó con gesto abatido.

–¡Oh, no pareces patosa en absoluto! –repuso Alexa de inmediato. No era justo que la joven tuviera tan baja opinión de sí misma, se dijo.

–Sí –respondió la chica–. ¡Mi madre siempre me lo dice! Y sé que mi prometido también lo piensa.

–No puede ser –comentó Alexa, frunciendo el ceño.

–Sí. Lo sé –insistió la chica–. Y si no me considera patosa, piensa que soy muy ingenua y aburrida, aunque trate de ocultar sus sentimientos. Él está acostumbrado a salir con mujeres hermosas y elegantes. Como tú –añadió–. Pero no importa. Tiene que casarse conmigo de todas maneras. Todo está dispuesto para ello.

Alexa se sintió incómoda. En parte, sabía que no debía participar en esa conversación, eran cosas demasiado íntimas, pero por otra parte, le preocupó aquella joven con tan baja autoestima y lo que le contaba sobre su compromiso.

–En estos tiempos, las mujeres ya no tienen que casarse por obligación, ya sabes –aventuró Alexa, secándose las manos.

La joven se encogió de hombros.

–Bueno, es la mejor opción. Si no, mis padres me harían la vida

imposible. Es la primera vez en mi vida que están contentos conmigo, aunque mi madre no deja de aleccionarme sobre cómo debo comportarme y todo eso. Mi prometido seguirá sin hacerme caso cuando estemos casados. Buscará una amante, una de esas mujeres hermosas y elegantes que le gustan. A mí me da igual, de verdad –señaló la chica y levantó la barbilla con dignidad. Sin embargo, sus ojos no mostraban más que desolación.

Alexa abrió la boca para decir algo, pero no se le ocurrió qué. Antes de que pudiera pensarlo, alguien irrumpió en el baño.

–¡Louisa! ¡Aquí estás! ¡Íbamos a llamar a la policía! –exclamó una mujer de mediana edad, la típica inglesa de clase alta.

–Ya voy –repuso la chica con desgana y lanzó una mirada y una sonrisa a Alexa. Acto seguido, la otra mujer se la llevó del baño.

Alexa dejó la toalla despacio. Sintió lástima por la joven desconocida. No era asunto suyo, por supuesto, pero no era justo que una mujer fuera a casarse con una actitud tan sombría. Debería estar radiante de felicidad y alegría.

La vida no era tan feliz como debería, para nadie, pensó Alexa, suspirando. La conversación con la chica le había servido para distraerse por un momento de su propia situación. Pero había llegado el momento de regresar al salón y, de nuevo, se sintió desgraciada. ¿Por qué había tenido que volver a ver a Guy? ¡Justo cuando había creído que estaba empezando a retomar su vida, saliendo con otro hombre!

Pero sus esperanzas habían sido muy vanas. Sólo había necesitado unos segundos, unos ojos verdes, para comprenderlo.

La desesperanza la poseyó, llenándola de dolor. Nunca podría tener lo único que realmente quería.

Alguien le dijo algo, pero Guy no lo escuchó. Ni se dio cuenta, apenas, cuando Louisa regresó a su lado. Sólo había una cosa en su cabeza.

Estaba furioso.

La rabia le quemaba por dentro y, cada vez, se sentía más impaciente ante las conversaciones de los demás. Necesitaba librarse de aquella gente, Louisa incluida. Aunque sabía que estaba siendo injusto, porque Louisa no tenía culpa de nada.

Y, sobre todo, no tenía la culpa de no ser Alexa...

Otra emoción se abrió hueco en medio de su rabia, una que Guy no quería reconocer. Deseó deshacerse de ese nuevo e insidioso sentimiento. Igual que se había deshecho de su relación con Alexa Harcourt, de forma directa y efectiva. La había sacado de su vida porque ya no tenía espacio para ella.

Su nueva vida lo estaba empujando a un túnel, pensó Guy. Al túnel de un matrimonio que no podía evitar, a un futuro diseñado para él igual que habían hecho sus padres, los padres de Louisa y tantas otras parejas de su familia, a lo largo de los siglos.

Al pensarlo, Guy se sintió más y más furioso. Y, aunque intentó no hacerlo, no pudo evitar pensar en lo que tendría que dejar atrás, fuera de su vida para siempre.

Aquello que, presa de un fuego abrasador, deseaba tener una vez más...

Una última vez...

Capítulo 6

–Muchas gracias por la agradable velada, Richard –dijo Alexa, intentando mostrar algo de calidez, aunque forzada.

Alexa esperaba que Richard no se hubiera dado cuenta, tampoco, de que había estado el resto de la noche un poco ausente. Había intentado ser una buena compañía, digna de alguien tan cortés como Richard Sanxonby. Pero su mente había actuado con vida propia, yéndose una y otra vez al mismo pensamiento. Y su mirada también, buscándolo en el salón entre los cientos de personas allí reunidas. Había querido, sin poder evitarlo, volver a posar los ojos en él, volver a beber de su belleza. Quizá, aquélla sería la última vez que lo viera...

¡Tenía que ser fuerte!, se había reprendido a sí misma. No debía seguir buscándolo con la mirada. Él ya no tenía nada que ver con ella.

No debía olvidarlo. Aquel tiempo de su vida, cuando Guy de Rochemont había estado con ella, era cosa del pasado.

Al final, Alexa se había sentido aliviada cuando los amigos de Richard habían comenzado a despedirse. Richard la había acompañado a un taxi, delante del hotel.

–¿Quieres que te acompañe? –preguntó él con gesto galante.

Fue sólo una oferta formal, no un ruego ni una petición, y Alexa se sintió agradecida por ello. Richard era un buen hombre y no iba a intentar nada en su primera cita. Como ella sabía que él vivía en Highgate, en la otra punta de Londres, le aseguró que no hacía falta y se despidió antes de subirse al taxi.

Nada más quedarse a solas en el asiento trasero del coche, en dirección a su casa, Alexa cerró los ojos y dejó rienda suelta a sus emociones.

¿Por qué había tenido que ver a Guy de nuevo? ¡Había sido lo último que había necesitado!

Había creído estar empezando a superarlo, a olvidarlo. Incluso había empezado a salir con alguien...

Sólo había necesitado un instante para saber que su esperanza de olvidarlo había sido en vano. Seguía enamorada de él, reconoció para sus adentros con angustia. Y no podía hacer nada para evitarlo...

Al llegar a su casa, abrió la puerta del portal y subió las escaleras apesadumbrada, despacio.

¿Por qué iba a darse prisa? La esperaba una casa vacía, una noche solitaria, se dijo con el corazón rasgado.

Guy no estaría allí. Nunca más estaría allí. Nunca...

Al llegar a la puerta de su piso, Alexa se detuvo un momento y respiró hondo. Abrió, entró y se sintió abrumada por la soledad de su hogar. Dejó el bolso y el abrigo y caminó cabizbaja hacia el salón. Iría a la cocina para prepararse una infusión que le ayudara a dormir.

Entonces, se quedó petrificada.

Guy de Rochemont estaba allí.

Alexa intentó emitir algún sonido, sin conseguirlo.

–¿Dónde está él? –preguntó Guy de Rochemont con naturalidad.

–¿Quién? –preguntó ella a su vez, frunciendo el ceño. Intentó controlar sus emociones. ¡Guy estaba allí!

–Tu novio.

Alexa se quedó mirándolo. No respondió, no pudo. No tenía ni idea de qué estaba hablando Guy. No había para ella ningún otro hombre más que él. Con un rápido movimiento, Guy se levantó del sofá y se acercó a ella. Alexa sintió que su corazón se incendiaba.

–¿No le has traído a tu casa?

Aquella pregunta había atormentado a Guy durante todo el camino, desde que había dejado a Louisa en casa de su amiga.

Todavía tenía las llaves del piso de Alexa y había entrando, sin dejar de preguntarse si ella volvería a su piso o se quedaría a dormir en casa del hombre que lo había reemplazado. O si lo llevaría a su casa.

En ese instante, Guy supo que ella había hecho lo que él había esperado: regresar a su casa, sola. Alexa seguía mirándolo sin poder pensar en nada coherente. Poseída por un mar de emociones.

Guy se acercó todavía más y la agarró de los brazos. Se miraron a los ojos. Alexa se sumergió en su mirada. Él estaba hablando, palabras que ella no entendía. Lo único que ella sabía era que estaba tocándola, mirándola con sus ojos verdes cautivadores.

Los ojos ardientes de Guy emitían un mensaje inconfundible. Al que ella sólo pudo responder mirándolo del mismo modo.

Durante un largo e interminable instante, Guy la sostuvo mientras Alexa se quedaba sin respiración. Entonces, muy despacio, él empezó a bajar la boca.

–Soy tu único hombre, *ma belle* Alexa. Tu único... –murmuró él antes de marcarla con un beso. Así, al fin, la rabia que tensaba su cuerpo desapareció. Y la fría armadura de su autocontrol cedió.

Alexa no era capaz de calcular cuánto tiempo había pasado. El reloj parecía haberse detenido en su interior.

Sólo sus sentidos estaban funcionando. Sentidos que había tenido

reprimidos durante largos y vacíos meses.

Sus sentidos se habían liberado.

Hicieron el amor una y otra vez, fundiéndose, derritiéndose juntos.

Hasta que todo desapareció. Todo. Alexa estaba allí tumbada, entre sus brazos, apoyada en su pecho y ya no le quedaba nada... más que el latido de su corazón.

Entonces, en medio del vibrante silencio, en la oscuridad, Guy habló. Su voz era distante, dura.

–Esto ha cambiado todo –dijo él–. Todo –repitió–. No puedo estar sin ti –añadió y suspiró, con la respiración acelerada–. Será... difícil. No podré verte a menudo. Incluso menos que antes. Debes comprenderlo y aceptarlo. Vendré a verte cuando pueda.

Guy le rodeó la cintura con el brazo con gesto posesivo.

–No puede ser como antes. Debes entenderlo. Pero haré todo lo que pueda –continuó él e hizo una pausa–. Yo vendré a verte a ti, no podrá ser de otro modo. La discreción es esencial, lo siento, pero debe ser así. Nadie debe saber que he vuelto contigo. No puede haber sospechas. Luego, después... más adelante... será más fácil. Se comprenderá. Todo el mundo lo aceptará –afirmó y calló un instante–. Incluso Louisa, mi prometida.

Alexa sintió que se le helaba la sangre al escucharlo.

–Hasta entonces... –prosiguió él y se interrumpió–. Hasta entonces sólo es posible así.

Durante un momento, Alexa tardó en digerir sus palabras, sin apartar la cabeza del pecho de él mientras él la abrazaba.

Guy no dijo nada más, se quedó mirando al techo en la oscuridad que los rodeaba. Después de un rato, levantó un brazo y se miró el reloj. Se levantó de la cama, buscó su ropa y se la puso sin decir palabra. Alexa lo observó, sin fuerzas para hablar.

–Lo siento, pero tengo que irme ahora mismo –anunció él–. No debería estar aquí, mientras Louisa está en Londres. Es demasiado peligroso que nos descubran o que ella se entere de dónde he estado después de la cena –señaló y respiró hondo–. Tendré que hablar contigo, por supuesto, para explicarte todas las precauciones que deberemos tomar... Pero ahora tengo que irme. Es inevitable. Mañana regreso a París. Será imposible vernos durante una o dos semanas. Luego, quizá, podremos. Te llamaré cuando pueda. Tú no debes llamarme nunca. Debes comprenderlo –continuó y se interrumpió un momento con mala cara–. Sé es que es horrible, pero es la única manera. ¡No hay otra! Lo siento, pero es lo único que puedo hacer por ahora.

Guy se quedó mirándola durante unos segundos. Luego, se inclinó y

la besó.

–Hasta que podamos volver a vernos –dijo él, a modo de despedida, y se fue.

Alexa oyó la puerta cerrarse.

En la calle, Guy caminó con paso rápido y la mente ocupada. Había encontrado una salida, se dijo él. Una ventana a la libertad.

–¿Alexa? –dijo Imogen con voz somnolienta.

Eran sólo las ocho de la mañana y, como era fin de semana, Imogen llevaba puesta la bata. Se la había puesto al oír el timbre. Al abrir, había visto a Alexa allí plantada, con una pequeña maleta en la mano.

Y, en la otra mano, un puñado de billetes de diez libras.

Alexa entró y le tendió los billetes a Imogen.

–Cien libras –dijo Alexa con voz fría.

Imogen no tomó el dinero e hizo entrar a su amiga a la cocina, la sentó ante la mesa y se sentó delante de ella. Se quedó mirándola un momento.

–Oh, diablos –dijo Imogen, viendo cómo Alexa tiraba los billetes en la mesa–. Bastardo.

–No te creí –admitió Alexa–. No creí nada de lo que decías de él. Ahora... ahora sí te creo –añadió, mirando a Imogen con gesto inexpresivo–. Cien libras era la apuesta. Cien libras a que él regresaría dispuesto a continuar con nuestra relación, a pesar de que va a casarse –dijo y tragó saliva, como si tuviera una piedra en la garganta–. Volvió. Anoche. Estaba en la cena benéfica. Entró en mi piso. Nosotros... –se interrumpió y tragó saliva–. Luego, me informó de sus planes para mí. ¡Y para esa pobre chica con la que va a casarse!

Alexa hizo una pausa, con la cara desencajada.

–La conocí anoche. No supe que era ella hasta después. Pero parecía que la chica sabía dónde se estaba metiendo al casarse con Guy. Sabía cómo iba a tratarla. Yo no sabía que estaba hablando de él... Me contó que él la consideraba una patosa, que sabía que se iba a buscar una amante y que a ella no le importaba que la rechazara. Yo sentí lástima por la joven. Pero no sabía... no sabía... –intentó continuar, con el rostro descompuesto–. No sabía que iba a ser yo la elegida como amante. ¡Una persona hermosa y elegante con la que tener sexo!, tal y cómo lo describió la joven anoche.

Alexa se forzó a respirar.

–Immie, pensé que eras demasiado desconfiada, pero tenías razón.

Pensé que te equivocabas al juzgarlo, que yo no era para él sólo un objeto sexual –confesó Alexa con voz severa–. Pero tenías razón. Eso es lo que era. Es lo que quiere que siga siendo. ¡La única diferencia es que ahora tengo que hacerme más invisible! No debo llamarlo por teléfono ni levantar sospechas. Al menos, hasta que su nueva esposa acepte un acuerdo extramarital que piensa proponerle. Y ella lo aceptará, pobrecilla, porque es lo que espera de él.

Alexa apretó los puños con la cara torcida.

–Oh, Immie, ¿cómo he podido ser tan tonta?

Imogen suspiró y le apretó las manos a su amiga.

–No queremos ver lo que no nos interesa –comentó Imogen con voz suave–. Hum, ¿y has dicho que Guy se presentó en tu casa? ¿Es que tiene las llaves todavía? No es por asustarte, pero tal vez sea buena idea que cambies la cerradura.

–Oh, voy a hacer mucho más que eso –afirmó Alexa, mirando a su amiga.

Guy estaba de buen humor. Un humor excelente, el mejor que había tenido en mucho tiempo.

Todo el mundo se dio cuenta. Sus amigos, sus empleados, su familia. Sabía que todos pensaban que se debía a su próxima boda.

Y era justo por lo contrario.

El matrimonio con Louisa ya no le parecía algo insoportable. Tenía por delante algo mucho más apetecible, pensó con satisfacción. ¿Por qué había pensado que debería romper su relación con Alexa? Ella era perfecta para él. El sacrificio de romper con ella era innecesario.

Sería arriesgado, eso sí, y lo sabía. No sería fácil y necesitaría mucho tacto. Sí, tendría que decepcionar a Louisa, pero ella había nacido en una familia donde tales cosas eran normales y no pensaba que pusiera objeciones. Louisa comprendía su realidad, sus privilegios y sus obligaciones. Y, ya que ella no lo amaba tampoco, ¿qué podía importarle? No se sentiría celosa, ni rechazada. ¿Por qué no iba Louisa a aceptarlo y a comprenderlo?

En cuanto a Alexa, había demostrado ser muy discreta y no tenía razón para dudar que siguiera siéndolo. Le había advertido de que tendrían que tener cuidado. Y estaba convencido de que ella lo aceptaría igual que Louisa.

Con ansiedad, Guy pensó entonces en cuándo podría volver a verla. El deseo lo quemaba.

Al principio, había pensado que era inevitable terminar su relación, pero al volver a verla en la cena benéfica, había aceptado algo que tenía totalmente claro.

Alexa no sería de ningún otro hombre.

Eso era lo que él quería y así iba a ser.

Lo único que tenía hacer era conseguir que funcionara, eso era todo. Y lo conseguiría, estaba seguro.

Sentado delante de su ordenador, Guy desplegó su agenda para ver lo que tenía que hacer en las semanas venideras. Buscó un hueco en el que poder volar a Londres para ver a Alexa.

Se detuvo mirando a la pantalla. Lo había encontrado. Dentro de diez días. Faltaban diez días para que pudiera tenerla de nuevo. Su humor mejoró aún más. Tomó su móvil y marcó el número de Alexa. No obtuvo respuesta. Se encogió de hombros y se guardó el móvil en el bolsillo. Lo intentaría después, pensó. Debía ser discreto y no dejar mensaje. Además, sabía que, cuando ella estaba pintando, no respondía el teléfono.

Sin embargo, los días pasaron y Guy siguió sin poder contactar con ella. Tres días antes de su escapada prevista a Londres, se sentía bastante irritado y envió a uno de sus guardaespaldas para que informara a Alexa de su llegada inminente.

Pero Alexa Harcourt ya no vivía en esa dirección, según el guardaespaldas informó a Guy. Tras hacer varias pesquisas después, comprobó que Alexa Harcourt parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra.

Capítulo 7

Alexa flexionó los dedos, intentando calentárselos. Hacía mucho frío y sostener el pincel era casi imposible. El calefactor eléctrico que había puesto en su nuevo estudio apenas conseguía hacer algo.

Aquel desolado lugar era, sin embargo, lo que Alexa buscaba: un sitio donde esconderse del hombre que había querido utilizarla como objeto sexual para serle infiel a su joven y resignada esposa.

Había querido tener dónde ocultarse de ese hombre que había esperado que ella aceptara cualquier cosa.

Al fin, había aprendido a decir que no, pensó Alexa con gesto firme.

Su corazón se encogió un poco más. Había aprendido a convivir con el dolor, a aceptar que sería así durante largo tiempo. Y esperaba que el dolor la hiciera más fuerte.

Lo bastante fuerte como para odiar al hombre que una vez había amado.

De hecho, ya lo odiaba. No le cabía ninguna duda.

La había tratado como basura. ¡Y luego había vuelto para tratarla peor aún!

Todas las cosas que le había dicho a Imogen aquel día en que se había presentado en su casa resonaron en su cabeza. Imogen le había dejado desahogarse. Luego, le había preparado una gran taza de té bien cargado y había repasado con ella todas las opciones que tenía por delante.

Aquella cabaña en medio del invierno, en medio de ninguna parte, no había estado entre las primeras propuestas de Imogen. Su amiga le había sugerido que cambiara la cerradura, que cambiara de número de teléfono fijo y de móvil y que contratara a un abogado para que informara a Guy de Rochemont que no debía contactar más con su cliente. Y, como broche, Imogen había propuesto que saliera con Richard Saxonby todo lo a menudo que pudiera, hasta que se diera cuenta de que hacían buena pareja, sentara la cabeza y se casara con él.

–¡Es ideal para ti! –había opinado Imogen, recitando una lista de buenas razones por las que Richard era maravilloso para su amiga.

Pero Alexa sabía que lo que más le gustaba a Imogen de ese hombre era que no era Guy. Eso era lo único que le importaba a Imogen. Mantener a Guy lejos de la vida de su amiga. Sacárselo de la cabeza y, sobre todo, del corazón.

–Gracias a Dios que ha mostrado su verdadera cara –había señalado Imogen–. Aunque yo nunca había tenido ninguna duda. Ahora incluso

tú, tan ciega como estabas, te has dado cuenta de cómo es en realidad.

Para Imogen, era obvio que la única forma en que Alexa podía deshacerse de Guy de Rochemont era reemplazándolo por Richard. Pero para Alexa no era tan fácil.

–No sería justo para Richard –había protestado Alexa–. Y, de todos modos... no quiero estar en Londres. Es demasiado...

Era demasiado peligroso, había pensado Alexa. Demasiado. Podía cambiar la cerradura y sus números de teléfono, pero eso no le haría sentir a salvo.

A salvo de Guy, a salvo de lo que él quería de ella.

El recuerdo le había quemado como el fuego. Era una agonía... peor aún...

Alexa había cerrado los ojos, intentando apagar ese fuego, sacarse del corazón los recuerdos. Pero había sido inútil. En su mente, no había podido evitar revivir nítidas imágenes de sus cuerpos entrelazados, fundiéndose, como uno solo...

Con desesperación, Alexa había abierto los ojos, tratando no recordar. Imogen le había estado hablando.

–Estoy de acuerdo, un cambio de escenario es lo que necesitas. Algún sitio diferente. Unas vacaciones, hace años que no te tomas unas vacaciones. Algún sitio tropical, como el Caribe, las Maldivas, las Seychelles –había sugerido Imogen y, al ver la cara de su amiga, había añadido–: Podemos ir juntas. Reorganizaré mi agenda hoy mismo, no hay nada que no pueda esperar. Luego, miraremos en Internet y reservaremos un viaje. ¡Podemos estar en el aeropuerto mañana!

–No creo... –había empezado a decir Alexa, titubeando. Lo que su amiga le había propuesto no le apetecía nada.

–Es lo que necesitas –había insistido Imogen–. Un cambio total de escenario, relajarte. Alejarte de todo, ¡sobre todo de ese bastardo adúltero!

Alexa había meneado la cabeza.

–Quiero mudarme de Londres.

Imogen la había mirado horrorizada.

–¡No puedes huir! ¿Por qué ibas a hacerlo? Él es quien se ha comportado como una rata despreciable. ¿Por qué ibas a tener que irte tú? ¿Y tu trabajo?

–Casi he terminado el último encargo. Los demás tendrán que cancelarse.

Imogen se había mordido el labio. –No dejaré que eches a perder tu carrera por ese tipejo.

–No tengo ánimo para ello. Ya no quiero tener nada más que ver con ese mundo. Todos esos hombres ricos y poderosos... Me recuerda demasiado a...

–De acuerdo –había aceptado Imogen, percibiendo cómo a su amiga le temblaba la voz–. Bueno, ¿por qué no nos vamos de vacaciones para descansar del mundo del arte durante el resto del invierno? ¿Qué tal Marruecos? ¿O Brasil? Estaría bien un sitio donde puedas pintar a tu aire durante unos meses. Pospondré los demás encargos y diré que te has ido a algún sitio cálido por un problema de salud.

Alexa había asentido despacio e Imogen se había sentido reafirmada. Pero, segundos después, se había quedado petrificada cuando había descubierto lo que había decidido su amiga.

–¡No, no, no, no! –había gritado Imogen–. Eso no es lo que necesitas. Meterte en un agujero en los bosques helados de Devon en medio del invierno, no.

Pero todas sus objeciones habían caído en saco roto. Alexa había hecho la maleta, había empaquetado unos cuantos materiales de pintura, había sacado sus cosas del piso y le había entregado las llaves a una inmobiliaria para que lo alquilara por seis meses. Luego, había alquilado un coche, lo había cargado y se había ido.

–La inmobiliaria tiene mis datos de contacto, pero les he dicho que no te los den a menos que sea cuestión de vida o muerte –le había dicho Alexa a Imogen.

–¡No puedo creer que estés haciendo esto! –había exclamado Imogen, sin dar crédito.

–Tengo que hacerlo.

Había sido lo único que Alexa había podido decir. Y había sido verdad. Y seguía siéndolo, a pesar de lo frío y desolador que era el paisaje que la rodeaba. Los árboles sin hojas, el tiempo helador, los cielos plomizos y los campos embarrados y yermos representaban a la perfección cómo se sentía ella.

Desolada.

Desolación de corazón. De alma.

Peor, mucho peor que antes.

Al principio, había creído que el único problema había sido enamorarse de un hombre que no la amaba. Lo había aceptado, igual que había aceptado las limitaciones de su relación, pero nunca había pensado mal de él.

Sumida en sus pensamientos, sintió que el corazón se le encogía de dolor.

Pero había descubierto la verdad.

Sabía que se había enamorado de un hombre que no quería más que

tener relaciones esporádicas, clandestinas y adúlteras con ella. Para él, ella no era nada más que una conveniencia. De esa manera, no hacía más que humillar a las dos mujeres, a la que quería utilizar para su disfrute sexual y a la que iba a casarse con él.

Un hombre así no era capaz de tener sentimientos.

Ni de sentir amor. Un hombre así no podía, pensó Alexa. El amor que ella le había profesado no había sido sólo ignorado y despreciado, como la última vez, sino que Guy lo había arrancado de raíz, lo había dejado desangrarse. No importaba, se dijo. Debía estar por encima de ese sentimiento. Un hombre como él sólo se merecía despertar una clase de sentimiento.

Odio. El odio le ayudaría a dejar de amarlo de una vez por todas. El odio le ayudaría a liberar su corazón.

El odio la salvaría de aquella cárcel de desolación.

Con rostro pétreo y decidido, volvió a levantar la mano hacia el lienzo. Estaba en blanco, vacío...

Mojó el pincel una vez más.

Se dejó llevar por su odio.

Y lo plasmó en el lienzo.

–¿Y bien? –preguntó Guy con voz áspera al responder el teléfono.

–Ya está hecho –repuso con concisión la persona al otro lado de la línea. Sabía que a su jefe le gustaba que fuera al grano. Y le había dado la respuesta que esperaba.

Lo que no entendía su empleado era por qué Guy de Rochemont, dueño de un vasto imperio financiero, quería comprar algo así. No encajaba con los negocios a los que se dedicaba Rochemont-Lorenz y, de todos modos, era algo tan pequeño que le extrañaba que hubiera captado la atención de su jefe. Pero no era asunto suyo hacer preguntas. Debía limitarse, nada más, a cumplir con las instrucciones. Y eso había hecho.

–Ahora quiero que me consigas esta información –ordenó Guy, dándole los datos que debía investigar–. Y la quiero esta noche –añadió y colgó.

En su despacho de Londres, Guy dejó el teléfono sobre su reluciente escritorio de caoba. Miró al vacío un momento. Sus ojos brillaban como esmeraldas.

Con la misma dureza de una piedra preciosa.

Se volvieron más duros todavía cuando recibió la información que había solicitado. Y seguían así cuando, a la mañana siguiente, después de pasarse otra vez toda la noche sin dormir, se subió a su coche

nuevo y encendió el motor. Tecleó su lugar de destino en el navegador.

Al incorporarse al tráfico de las calles londinenses, condujo con decisión hacia el rumbo marcado.

Hacia el oeste de la ciudad.

Había estado lloviendo toda la noche. El cielo plomizo se había derrumbado sobre los campos, encharcándolo todo, incluido el camino que conducía a la cabaña. Alexa se alegró de no tener que salir a hacer la compra. Había establecido una rutina desde que se había instalado allí y sólo iba al mercado local del pueblo, a unos quince kilómetros de distancia, una vez a la semana.

Su estilo de vida era sencillo y austero. No necesitaba más. Mientras que le quedaran troncos apilados en el cobertizo, podría encender el horno de leña y calentarse. Aparte de eso, sólo tenía un radiador eléctrico.

No se sentía sola.

Después de todo, estaba acostumbrada a llevar un estilo de vida sencillo. Incluso en Londres se había conformado con estar a solas, sin echar de menos la vida social. Había salido a cenar de vez en cuando, al teatro, a conciertos y exposiciones de arte y no había necesitado más. Pero, si no hubiera sido por su trabajo y por la riqueza cultural de la capital, hubiera elegido vivir en el campo desde siempre.

Aunque no le gustaba vivir en un lugar tan remoto y desolado como aquella cabaña aislada. Sería, sin duda, un remanso idílico de paz en el verano, pero en invierno el escenario era bastante inhóspito. El viento soplaba de forma perpetua, sobre todo por las noches. Las ventanas del dormitorio temblaban y Alexa estaba segura de que la casa tenía ratones.

Pero no la molestaban, siempre que se mantuvieran fuera de su vista. Ni tampoco le importaba que hubiera arañas en la leñera, ni que atravesaran el salón de vez en cuando para refugiarse debajo del sillón.

A menos que la lluvia fuera demasiado intensa, Alexa se obligaba a salir a pasear todos los días. Se ponía un par de botas de goma que se había comprado en el mercado local, una gruesa chaqueta impermeable y una bufanda para sujetarse el pelo y protegerse del viento, que soplaba incesantemente del oeste. Recorría los caminos embarrados y los campos, donde pastaban los rebaños de vacas y las ovejas se quedaban embobadas mirándola pasar.

La desolación que poblaba el entorno era un eco de sus

sentimientos.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Los días habían pasado rápido, uno detrás de otro, y se habían convertido en semanas. Debía de llevar allí unas cuatro o cinco semanas.

Pero el tiempo no significaba nada para ella. Estaba viviendo en su propio mundo, vacío y desnudo, y así era como le gustaba. Era lo que necesitaba.

Alexa se acercó al horno de leña para alimentar el fuego. Había perfeccionado el arte de mantenerlo encendido, dejándolo adormecido durante la noche y volviéndolo a la vida por la mañana. En ese momento, a mediodía, el pequeño cuarto de estar estaba caldeado, a pesar del frío helador del exterior, donde el aire cortaba el aliento.

Cerró la puerta de la estufa y se enderezó. Entonces, giró la cabeza con brusquedad. Oyó que un coche se acercaba.

Era un coche, sin duda, no el tractor en el que un granjero cercano solía pasar por delante de la cabaña cuando iba camino del campo. Con un mal presentimiento, Alexa se acercó a la pequeña ventana y miró. Un enorme cuatro por cuatro se estaba acercando, con las ruedas llenas de barro.

¿Sería su agente inmobiliario?, se preguntó. ¿Sería alguien que se había perdido? Alguien se bajó del coche. Ella oyó la puerta cerrarse, pero no pudo ver quién era. Se acercó a la puerta principal y la abrió.

Y se quedó helada.

Y atónita. No podía ser. No era posible...

«No puede ser él... ¡No puede ser! Es imposible. ¡Imposible! No puede estar aquí. ¡No puede, no puede, no puede!».

Pero allí estaba. Acercándose a ella.

A Alexa se le nubló la vista y se agarró al quicio de la puerta para sostenerse. Guy se detuvo delante de ella con gesto poderoso.

Exigente.

Alexa se estremeció de... ¿miedo? No podía ser miedo, se dijo ella. Era un sentimiento fuerte y agudo, que casi le impedía respirar.

–Alexa.

Fue lo único que dijo él, allí parado, mirándola a los ojos.

–¿Cómo has...? ¿Cómo...? –intentó preguntar ella, pero se le quebró la voz.

Guy no respondió. Se limitó a pasar de largo a su lado, entrando en la cabaña. Perpleja, Alexa lo siguió. Él parecía demasiado alto para aquel reducido espacio. Entró en el cuarto de estar y se colocó delante de la estufa de leña, mirando a su alrededor. Luego, posó los ojos en ella, que estaba petrificada en la puerta.

–¿Por qué?

Era una pregunta sencilla, pero para Alexa la respuesta exigía un esfuerzo del que no sabía si era capaz.

Lo miró conmocionada, aunque su aspecto exterior era de calma total. Sintió que el mundo se había detenido a su alrededor.

–¿Por qué? –repitió ella con voz increíblemente calmada–. ¿Por qué qué, Guy?

–¿Por qué saliste corriendo? –preguntó él. Su voz no estaba tan calmada. Era profunda y denotaba su enfado.

Alexa ladeó la cabeza.

–¿Por qué iba a quedarme? Tu... oferta... no me convenció.

Guy achicó los ojos, atravesándola con la mirada como si fueran rayos láser.

–¿No? Eso no es lo que yo entendí cuando tenía tu cuerpo bajo el mío. Me diste un mensaje muy diferente entonces, Alexa –repuso él, acariciándola con su voz como la punta de un látigo.

Ella se sonrojó.

–Nunca debió haber sucedido.

–Pero sucedió, Alexa, y ahora quiero que me des una explicación. ¡Quiero saber qué diablos crees que estás haciendo!

Guy estaba enojado. Furioso de verdad. Alexa lo miró. Por dentro, ella también estaba a punto de explotar por verlo allí mismo, en el lugar que había buscado para protegerse de él. Pero no daría rienda suelta a lo que sentía. Mantendría sus emociones bajo control.

–¿Cómo me has encontrado? –quiso saber ella con tono seco–. Nadie sabe que estoy aquí.

–Tu agencia lo sabe. La encontré a través de las personas que alquilan tu casa –repuso él, sin ocultar su rabia.

–¡Pedí a la agencia que no le diera esta dirección a nadie! –le espetó ella–. ¿Cómo se han atrevido a revelártela?

Guy esbozó un gesto sardónico.

–Tengo acceso a toda su información. Desde ayer, la agencia me pertenece.

–¿Qué?

–Compré la agencia, Alexa. Obviamente, era la única manera de saber dónde estabas.

Alexa se quedó mirándolo.

–¿Compraste la agencia para conseguir mi dirección? –preguntó ella con incredulidad. Al instante, levantó la barbilla, orgullosa–. Pues has tirado tu dinero. No sé qué crees que estás haciendo, pero...

–Estoy haciendo lo que debí haber hecho esa noche... ¡dejarte las cosas claras!

El gesto de Alexa delató su indignación.

–Oh, dejaste las cosas muy claras… no te preocupes. Te prometo que lo entendí bien. Pero, como te he dicho, la oferta no me convenció, así que la rechacé. Y ahora… –comenzó a decir y su expresión se endureció–. Vete, por favor. ¡Sal de mi vida!

La expresión de Guy cambió.

–No lo dices en serio.

La calma y la seguridad con que él habló fueron la gota que colmó el vaso. Alexa explotó.

–Por todos los santos, ¡eres un cerdo arrogante y presuntuoso! ¿De veras crees que porque eres Guy de Rochemont puedes comportarte como te dé la gana? ¿Lo crees porque fui tan idiota como para volver a irme a la cama contigo? ¿Crees que vas a poder tener todo lo que quieras? Dime. ¿Crees que puedes tener una aventura conmigo y, luego, decirme tranquilamente un buen día que te vas a casar y que todo terminó… y meses después regresas para retomarlo donde lo dejaste, sin preocuparte por algo tan trivial como tu prometida? ¿Lo crees? Porque…

–Para… Alexa, escúchame –pidió él, levantando la mano con la intención de detener la apasionada reprimenda que estaba recibiendo.

–¿Para qué? –protestó ella–. ¿Para que me digas lo discreto que debes ser la próxima vez que quedemos?

–¡No puedo evitarlo, Alexa! ¿Crees que a mí me gusta esconderme? No tengo elección. Y, si me escucharas, te explicaría por qué…

–¡Oh, seguro que sí! –exclamó ella, furiosa–. Para ti, está todo muy claro, ¿verdad? Bueno, pues para mí, también. No quiero tener nada más que ver contigo. No puedes decir nada, nada, que me haga cambiar de idea. ¡Así que vete! ¡Vete!

Alexa podía oír los alocados latidos de su propio corazón, con el cuerpo inyectado de adrenalina. Era insoportable que Guy hubiera irrumpido en su refugio.

–¡Vete! –repitió ella, pues Guy no se había movido un centímetro.

Él seguía allí parado, mirándola como si fuera el dueño de todas aquellas tierras, en la humilde cabaña de uno de sus campesinos. Rico, arrogante, presuntuoso… ¿Acaso creía que lo único que tenía que hacer era encontrarla para poderle dictar órdenes según su conveniencia de nuevo?

–¡Vete! Has venido hasta aquí imponiendo tu voluntad. ¡Es increíble! ¡Incluso has comprado la agencia sólo para encontrarme! Tienes un ego monstruoso, ¡monstruoso! Sólo porque eres Guy de Rochemont, nacido entre oro y plata, y sólo porque las mujeres se rinden a tus pies, crees que puedes hacer lo que quieras, tener lo que

quieras, a cualquier mujer que se te antoje. Bueno, pues a mí no puedes tenerme. ¡Nunca más! No puedes hacer nada, nada, para que cambie de idea.

Mientras Alexa se desahogaba, Guy la miraba con gesto desolado y la cara pálida.

–Entonces, no perderé el tiempo hablando.

En un instante, Guy se puso delante de ella. Le agarró los brazos y se inclinó sobre ella. Alexa se sacudió llena de pánico, rabia y furia. Se apartó hacia atrás.

–¡No! Esta vez, no. No me toques –le ordenó ella y se estremeció al tomar aliento–. Nuestra relación ha terminado. No voy a volver a pasar por eso. Nunca. No me importa –le espetó. Sus palabras sonaron como cuchillos de piedra, duras y pesadas–. Tanto si tienes prometida como si no. No quiero tener nada que ver contigo –aseguró e hizo una mueca–. No me convenías desde el principio, aunque fui demasiado estúpida como para darme cuenta... y no me convienes ahora. Nunca serás bueno para mí. No quiero estar contigo. No quiero tener nada que ver contigo. Nada de nada –afirmó y tomó aliento una vez más, temblando–. De ninguna manera.

Alexa había hablado con total seguridad. Mientras miraba a Guy, recuperó el control. Se repuso de aquella tormenta de emociones. Se había desahogado, había dicho todo lo que tenía que decir.

Guy tenía el rostro sombrío, la mandíbula tensa, las mejillas pálidas. Sus ojos eran inescrutables. Por completo indescifrables.

«Siempre lo han sido. Nunca lo he conocido. Lo amé, pero nunca lo conocí. ¿Cómo puede una mujer ser tan estúpida para amar a un hombre que no conoce? Un hombre que la saca de su vida real...».

Alexa sintió un nudo de dolor en las entrañas. Lo único que había tenido de él habían sido breves, fugaces instantes robados. No era raro que él hubiera pensando que ella aceptaría su adúltera oferta. Había esperado que ella aceptara cualquier cosa. Después de todo, lo único que había tenido que hacer había sido seducirla, igual que había hecho la primera vez, y ella aceptaría cualquier cosa.

Pero aquello había terminado, se dijo Alexa.

La tristeza que le resultaba tan familiar la invadió de nuevo. Aquello tenía que terminar... en ese momento. Guy tenía los ojos en ella. Su mirada, velada. Indescifrable. Alexa se retorció de dolor. Sufría al verlo, queriendo derretirse entre sus brazos, en su boca, dejar que él hiciera lo que, con todo su cuerpo, deseaba hacer de nuevo... Deseó poder olvidar todo lo que sabía sobre él, todo lo que no debía olvidar de ningún modo. Deseó poder fundir su mente y su cuerpo con los de él, para que fueran sólo uno, dos seres hechos para

ser uno…
Pero no estaban hechos para eso. Sus almas no podían estar más alejadas una de la otra.
–Alexa…
Alexa percibió algo en su voz. Algo que no quiso entender. Algo peligroso.
–No –negó ella, meneando la cabeza–. No… no quiero entrar en eso. Esto ha terminado, Guy. Ahora.
Ella se apartó con un movimiento controlado, deliberado. Se dirigió al mostrador de la cocina.
–Al menos, no habrás malgastado el tiempo de tu viaje. No sé si sigues queriendo esto, yo desde luego no lo quiero –dijo ella con voz fría, tan fría como era capaz.
Su equipo de pintura estaba sobre el mostrador y, sobre una silla, descansaba el objeto que Alexa iba a tomar. Guy podía llevárselo en ese momento, así se ahorraría tener que ir a la mensajería para enviárselo. Ya lo había envuelto. No quería verlo más. Lo había terminado. Había podido hacerlo, al fin… ella sabía por qué y se odiaba a sí misma y al cuadro por eso.
Alexa agarró el paquete y se giró, lista para entregárselo a Guy. Pero él la había seguido. Sin embargo, no la estaba mirando. Ni miraba el objeto que ella sujetaba. Estaba mirando al lienzo que había en el caballete.
Alexa se quedó petrificada.
El rostro de él no se movió. En silencio, ella le tendió el paquete envuelto. Era su retrato. El que no había podido hacer en el pasado. Al fin, lo había conseguido.
Pero no lo había hecho solo. El retrato era parte de una pareja.
Su compañero estaba todavía en el caballete. Terminado.
Guy tenía los ojos fijos en él. Alexa vio una sombra crecer y crecer en esos ojos verdes. Algo se conmovió en ella, algo todavía más profundo que aquella sombra. Algo todavía más oscuro.
–Ése me lo quedo yo –dijo ella. Su voz no delató ningún sentimiento. Todos sus sentimientos estaban plasmados en ese lienzo.
Ese lienzo que contenía un rostro retorcido y demoniaco. El rostro de un hombre que ella había amado una vez.
Pero, en el presente, lo odiaba.
–Es para acordarme de ti –explicó ella.
Durante un segundo, un instante, Guy la miró. Pero ella no percibió nada en su mirada. Nada que pudiera descifrar.
Guy tomó el retrato envuelto, el otro, el que tenía la cara que Guy de Rochemont le mostraba al mundo. Y a las mujeres que se llevaba a

la cama.

Luego, muy despacio, él inclinó la cabeza.

–No te molestaré más, Alexa.

Su voz no dejó entrever sus sentimientos, igual que sus ojos.

Entonces, Guy se giró y se fue. Salió de la cabaña. Y de la vida de Alexa.

Sólo dejó atrás el oscuro retrato para acompañarla.

Con lentitud, Alexa regresó al salón. El fuego seguía ardiendo en la estufa de leña y ella sintió su calor.

Sin embargo, seguía temblando.

Guy condujo. La larga autopista de regreso a Londres se extendía delante de él mientras su coche iba tragándose los kilómetros a toda velocidad. A ambos lados de la carretera, el paisaje invernal y frío, monótono y yermo. Gris y desolado.

Como su vida.

Se extendía ante él… lista para engullirlo.

Él había tenido esperanza, había tenido la felicidad casi al alcance de los dedos. Había estirado la mano para tocarla.

Para alcanzarla.

Pero…

Pero lo que había conseguido había sido como un disparo en la cabeza. La destrucción total. En menos de un segundo. Lo único que había necesitado para ello había sido posar los ojos en aquel lienzo que había en el caballete.

Un espejo… un espejo ante sus ojos.

En los pocos instantes en que había observado el retrato, había comprendido que había perdido a Alexa. Ella ya no formaría parte de su vida.

Nunca volvería.

Guy pisó el acelerador, aumentando la velocidad que lo apartaba de ella. Regresando a lo que lo esperaba.

Apretó las manos sobre el volante. Había perdido a Alexa… no podía tenerla como él quería. Ella se lo había demostrado en ese lienzo.

Sintió, entonces, que el corazón le pesaba como si fuera de plomo. Lo único que podía hacer era continuar con sus planes. Le esperaba una chica con la que casarse. Haría lo que pudiera para hacerla feliz.

¿Qué otra cosa le quedaba por hacer? Sin Alexa… no le quedaba nada.

Sólo Louisa.

Capítulo 8

Llegó la primavera. Los días se fueron alargando. Los brotes de verde vida comenzaron a aparecer entre la vegetación seca del año anterior. En el jardín, las flores se abrían camino desde la oscura tierra y las hojas verdes comenzaban a brotar en las ramas desnudas. La vida regresaba. Y Alexa regresó a Londres.

Pero no para vivir. Sólo unos pocos días. Luego, hizo las maletas de nuevo y se fue a Heathrow. Había contratado un safari por el desierto.

Atravesó las dunas en jeep, durmió en un saco de dormir bajo las estrellas que ardían en la manta del cielo, relevando atisbos de luz, mostrando ventanas a un paraíso imposible de alcanzar.

Durante el día, el sol quemaba, haciendo que el horizonte se pusiera al rojo vivo. Era imposible saber si el jeep estaba avanzando o no. Sin embargo, cada día estaban un poco más lejos. Cada día, un poco más lejos de su punto de partida.

Llegaron a su destino, las viejas ruinas de una ciudad antigua que en el pasado había estado rebosante de vida, de personas, cada una con su propia vida, sus propias aspiraciones, esperanzas y sueños, sus propios miedos y sufrimientos. En el presente, sin embargo, sólo quedaba el polvo del desierto en sus casas vacías, en sus calles desiertas.

Alexa se detuvo y se quedó mirando la desolación que la rodeaba. Los versos de un poema comenzaron a bailar en su cabeza.

Porque el mundo... no tiene realmente ni amor, ni gozo... ni paz, ni alivio a su dolor...

No, no había alivio a su dolor, se dijo Alexa. E intentó no repetir para sus adentros el resto del poema, sus versos más crueles:

Ah, amor, deja que seamos sinceros el uno con el otro...

Alexa no quería pensar en eso. Sólo podía envidiar al poeta que había tenido a alguien con quien ser sincero, alguien que pudiera ser sincero con él.

Más allá de las ruinas de la ciudad, las arenas infinitas y desnudas del desierto se extendían en la distancia y Alexa se quedó parada, observando la soledad, el aislamiento y la callada desesperación del paisaje.

Entonces, tomó una decisión. Aquello no podía seguir así. Aquella desolación debía llegar a su fin. Si no, la destruiría. Tenía que

encontrar de alguna manera fuerzas para superarlo. Lo había hecho una vez en el pasado, cuando sus padres habían muerto y ella había encontrado fuerzas para retomar su vida. Costara lo que costara, lo conseguiría de nuevo.

Así que, al final del safari, cuando el jeep regresó al punto de partida, Alexa no se fue al aeropuerto con los demás. Se buscó una pequeña pensión, sencilla pero respetable, y se quedó allí un tiempo, saliendo todos los días a pasear con sus pinturas y su cuaderno de dibujo, con el cuerpo y la cabeza cubiertos para protegerse del sol y de las miradas de los hombres. Los nativos pensaban que estaba loca, pero la dejaban en paz, no la molestaban y ella les estaba agradecida.

Trabajaba todos los días, retratando en su cuaderno la inmensidad vacía del desierto. Todos los días, bajo el aplastante calor, poco a poco el dolor de su corazón se disecaba un poco más.

Hasta que Alexa dejó de sentirlo.

¿Había desaparecido por completo? Ella no lo sabía. Sólo sabía con certeza que el trabajo que había hecho era bueno. Austero, pero bueno.

Entonces, y sólo entonces, Alexa decidió hacer las maletas y volver a casa. Los inquilinos de su piso se habían marchado y su piso había quedado vacío. Ella temía un poco regresar a Londres, temía que le hiciera recordar de nuevo. Y, sobre todo, sabía que no podría retomar su vida de antes. Pondría su casa a la venta, se mudaría y se iría lejos de Londres. Encontraría paz en su trabajo.

Le resultó difícil volver a su piso. Le resultó difícil enfrentarse a los recuerdos asociados a todos sus rincones. Así que bloqueó esos recuerdos. No se molestó en deshacer las maletas, las dejó en el dormitorio, con sus nuevos dibujos del desierto, y se dio una ducha rápida para refrescarse después del viaje. Luego, se puso unos par de pantalones grises y una rebeca azul claro, se recogió el pelo en el moño habitual, tomó su bolso y salió.

Tenía que ir a la tienda para llenar la nevera. En el camino de vuelta, miraría en alguna inmobiliaria, no en la que Guy había comprado con tanta arrogancia, y pondría su casa a la venta. Por la tarde, repasaría sus cuentas y su estado financiero para pensar qué opciones tenía para el futuro. En algún momento, también, tendría que decirle a Imogen que había vuelto... pero esperaría a haber decidido cuáles serían sus plantes. Con la mente ocupada, salió por la puerta principal del edificio, en dirección a la calle.

–Señorita Harcourt...

Un coche había aparcado delante de ella en la acera y un hombre estaba saliendo. El coche era desconocido, igual que el hombre que se

dirigía a ella. A la luz del día, en medio de la calle, Alexa no se asustó, pero se quedó bastante perpleja.

–¿Sí?

–Trabajo para una compañía de seguridad –dijo el hombre y le tendió su tarjeta de visita con el logo de una conocida empresa de seguridad–. Mi cliente solicita verse con usted.

–¿Qué cliente? –preguntó Alexa, temiendo la respuesta.

–*Madame* de Rochemont –repuso el hombre.

Alexa se quedó helada. *Madame* de Rochemont. La esposa de Guy.

A pesar del calor del mediodía, un escalofrío recorrió a Alexa. Intentó controlar sus sentimientos. No se había pasado todo ese tiempo fuera, purgándose del pasado, para venirse abajo ante el primer recordatorio de lo que ya no debía importarle. Intentó echar mano de todas sus fuerzas para contestar.

Guy estaba casado, pensó.

Ya no había marcha atrás... Guy estaba casado.

Casado con esa pobre chica... la que había parecido todo menos feliz ante la perspectiva de ser su esposa. Con una buena razón, se dijo Alexa, apretando los labios. Louisa von Lorenz había sabido con qué clase de hombre iba a casarse. Qué clase de esposo la esperaba.

Un esposo adúltero.

Los pensamientos de Alexa la herían como cuchillos. ¿Pero por qué diablos iba a querer la desgraciada esposa de Guy querer verla? ¿Para qué?

¿Cómo sabía siquiera de su existencia?, se preguntó Alexa.

¿Y cómo podía saber que iba a encontrarla en Londres ese día precisamente?

–¿Cómo sabe *madame* de Rochemont dónde estoy? –inquirió Alexa con frialdad.

El hombre se mostró impasible. Quizá, en su trabajo, estaba acostumbrado a ese tipo de preguntas.

–Cuando sus inquilinos se mudaron, señorita Harcourt, empezamos a vigilar su casa por si regresaba. Y ha regresado, de hecho.

Alexa hizo una mueca. Claro. Guy había comprado la agencia inmobiliaria. Cuando uno se movía en los círculos estratosféricos en que se movía la familia Rochemont, aquellas cosas no tenían nada de excepcional. Igual que contratar a gente como ese hombre para que esperara a que ella apareciera.

Además, el modo en que le había encontrado la esposa de Guy no tenía importancia... La pregunta era por qué diablos quería verla Louisa de Rochemont.

Entonces, al darse cuenta de la posible razón, Alexa se quedó

helada.

¿Creería Louisa que ella pensaba retomar su aventura con Guy al estar de regreso en Londres? ¿Era eso lo que temía?

Tal vez, de alguna manera, la pobre chica hubiera averiguado quién había sido la última mujer con que su esposo había tenido una aventura. Quizá, entonces, sabiendo cómo era su esposo, había especulado que él podía seguir viendo a la misma mujer después de la boda.

Alexa no pudo contener un escalofrío. ¿Le habrían hecho alguna foto los investigadores privados que la estaban vigilando? Era más que probable. Entonces... Louisa la reconocería de la noche en que se habían visto en el baño, en la cena benéfica, pensó y tragó saliva.

Cuando Louisa supiera que había hablado con ella esa noche... ¿creería que ella había conocido su identidad entonces?

Sin embargo, viera Louisa su foto o no, una cosa estaba clara, se dijo Alexa. No iba a dejar que la esposa de Guy pensara lo peor de ella. Ella no pensaba prestarse al adulterio con Guy. ¡Y cualquier intento de someterla a vigilancia debía cesar en ese mismo momento! Había terminado con Guy de Rochemont y así seguirían las cosas. No volvería a poner un pie en el ojo de la tormenta. ¿Acaso no estaba luchando con todas sus fuerzas por recuperar su libertad?

Alexa miró al hombre a los ojos.

–¿Dónde está su cliente?

–*Madame* de Rochemont está en Londres en la actualidad, señorita Harcourt –respondió él con tono neutro, profesional–. Me ha indicado que podría recibirla ahora mismo.

¿Londres? Bueno, a ella le iba bien, pensó Alexa. Y quería terminar con eso de una vez, en ese momento. Necesitaba dejar el pasado atrás de una vez por todas.

–Muy bien –dijo Alexa. Abrió la puerta trasera del coche y subió.

El hombre se sentó al volante y arrancó. El coche se dirigió a Ladbroke Grove y, luego, hacia Holland Park. Atravesando Kensington, llegó a las elegantes y regias plazoletas de Belgravia. Se detuvo ante una gran casa blanca en una pequeña plaza, con un jardín en el centro. Sólo los más ricos podrían costearse vivir allí, pensó Alexa. Y Guy de Rochemont era uno de esos privilegiados.

Era demasiado rico, reflexionó Alexa, pero ella no había querido verlo. No era de extrañar que un hombre bendecido por los dioses, no sólo con una increíble riqueza, sino con posición social, belleza y un gran atractivo, esperara que ella y cualquier otra mujer, su esposa incluida, se rindieran a sus deseos sin objeción. Era inevitable que un hombre así, por naturaleza, fuera tan arrogante como para esperar

que el resto de los mortales se inclinara ante todos sus deseos.

Igual que había hecho ella cuando se había ido a su cama en el momento en que él se lo había propuesto...

Entonces, el recuerdo hizo presa en ella.

Pero Alexa no se acordó del Guy que le había informado como si nada que había comprado la agencia inmobiliaria como quien compraba una barra de chocolate, sólo para localizarla. Ni se acordó del Guy que le había informado de que había sido elegida como su juguete sexual para entretenerse tras casarse con una adolescente por conveniencia.

No.

Alexa se acordó en ese instante del Guy que la había llevado a la cama y le había hecho el amor de forma increíble, maravillosa... El hombre que la había sostenido en sus brazos después, que había dormido con ella, que se había despertado con ella. Recordó cómo habían comido juntos, como él le había sonreído, cómo habían hablado sobre arte, historia y cultura. Recordó cómo él solía sentarse a mirar su correo electrónico en el ordenador o a leer la prensa financiera, mientras ella veía un documental en la televisión o leía un libro. Nada más, nada extraordinario.

Sin embargo, esos momentos habían sido preciosos... tan preciosos...

Un viejo y conocido dolor la atenazó el corazón.

Alexa había tenido que luchar contra él, había tenido que forzarse a pensar en Guy como debía hacerlo.

Como hombre casado.

Guy era un hombre casado y su esposa, joven, ingenua, inocente, no se merecía tener que preocuparse porque él fuera a regresar con su antigua amante. Aunque viviera en una elegante casa palaciega en Belgravia, no merecía aquel sufrimiento y ella pensaba tranquilizarla.

Sin embargo, al subir las escaleras que daban a la puerta principal de la residencia multimillonaria, Alexa sintió una vez más la inabarcable distancia entre el mundo que ella conocía y el mundo en que se movía Guy de Rochemont.

Era un mundo que no tenía nada que ver con ella.

Sin poder evitarlo, Alexa pensó lo inútil que había sido enamorarse de un hombre así.

Con reticencia, siguió avanzando. Tenía que hacerlo, se dijo, así que levantó la cabeza y siguió a la criada que abrió la puerta. Subieron un tramo de escaleras hasta el primer piso y se dejó conducir a una enorme sala de estar.

Alexa se detuvo de golpe, mirando impresionada las paredes. Los

cuadros llamaron su atención, no la opulencia de la decoración Luis XV. Se quedó sin respiración al reparar en todas aquellas preciosas obras de arte, suficientes para llenar un pequeño museo. Fragonard, Watteau, Boucher, Claude, Poussin...

De forma instintiva, Alexa se acercó a una de las obras para mirarla de cerca. Representaba una fiesta campestre de arte Rococó, con jovencitas envueltas en nubes de sedas y satén y jóvenes con ropas elegantes. Una fantasía del Antiguo Régimen. Sus delicadas pinceladas, la riqueza de los detalles la dejaron sin respiración.

Una voz habló detrás de ella.

–El Rococó ya no está de moda, pero debo confesar que tengo debilidad por él. Representa las cosas con más encanto del arte.

La voz tenía la claridad cristalina de la clase alta, con un toque de acento francés. No era la voz de la joven que Alexa había conocido en el cuarto de baño en la cena benéfica.

Alexa se giró.

Una mujer de mediana edad, pero con la figura de una mujer de unos treinta años, vestida con elegancia, estaba de pie ante una chimenea de mármol, entre dos sofás tapizados en seda. Su vestido era de alta costura, observó Alexa al instante, y llevaba varios collares de perlas. Tenía el pelo teñido, peinado de manera inmaculada y su maquillaje era, también, perfecto.

Y tenía los ojos verdes. Como esmeraldas.

Alexa se quedó mirándola.

–Sí –dijo la mujer, comprendiendo la reacción de Alexa–. Mi hijo ha heredado mi color de ojos.

¿Su hijo?

Alexa tragó saliva. *Madame* de Rochemont...

Ella había dado por hecho que sólo podía tratarse de la esposa de Guy.

La mujer que tenía delante no era la esposa de Guy, sino su madre, no podía ser más que su madre. Dio varios pasos hacia Alexa y le tendió la mano.

Alexa se acercó unos pasos también y se la estrechó con brevedad.

–¿No quiere sentarse, señorita Harcourt?

Con un movimiento lleno de elegancia, *madame* de Rochemont señaló uno de los dos sofás cubiertos de seda. Alexa se sentó, con la cabeza dándole vueltas, y la madre de Guy se sentó en frente.

La mujer mayor posó los ojos en Alexa, estudiándola con interés.

Alexa no conseguía aclarar sus pensamientos. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué había querido verla la madre de Guy?

–Muchas gracias por venir, *mademoiselle* Harcourt. Llevo tiempo queriendo conocerla.

Alexa no pudo evitar quedarse mirándola con la boca abierta. Todas sus suposiciones habían sido echadas por tierra y no entendía lo que estaba pasando. Entonces, un momento después, comprendió.

–Quería darle las gracias en persona –dijo *madame* de Rochemont–. Por el retrato que hizo de Guy. Me lo regaló en mi cumpleaños el mes pasado. Me gusta mucho.

–Yo... me alegro –balbuceó Alexa.

–Yo, también –repuso la madre de Guy y su tono de voz cambió un poco–. Mucho.

Alexa la observó. Durante un largo instante, *madame* de Rochemont la miró también. Alexa tuvo la extraña sensación de que estaba siendo juzgada. Entonces, de forma abrupta, *madame* de Rochemont rompió el silencio.

–¿Ha estado usted viajando? En el Medio Este. Una elección poco común para una mujer joven.

–Yo... quería algo diferente –consiguió decir Alexa, preguntándose por qué la madre de Guy se había molestado en averiguar dónde había pasado las últimas semanas.

–Claro que sí. Pero no es una parte del mundo donde suelan ir solas las mujeres jóvenes –observó la señora.

Aún confusa, Alexa intentó mantener la compostura y darle una respuesta adecuada.

–Me trataron con mucho respeto, *madame*. Yo no llamaba la atención y mis anfitriones fueron muy hospitalarios.

–¿Pasó allí algún tiempo?

–Estuve trabajando. Pintando. El desierto tiene una belleza muy especial.

–Claro. Dígame, ¿planea exponer su trabajo?

Alexa negó con la cabeza.

–Mi talento es sólo moderado. Los retratos me han permitido vivir de pintar y me conformo con eso –repuso Alexa, consiguiendo mostrar una aparente tranquilidad.

–Es usted muy modesta, *mademoiselle*.

Había algo en el tono de voz de la señora de Rochemont que Alexa no podía descifrar. Posó los ojos en una exquisita obra del siglo XVII, un Claude que representaba un episodio mitológico clásico.

–Al lado de estas obras tan maravillosas, todo lo demás resulta insignificante –comentó Alexa con candidez.

La madre de Guy inclinó la cabeza despacio.

–Es posible que su modestia esté acompañada por otros dones

naturales no menos preciosos. El retrato que hizo de Guy me lo confirma. Lo ha representado muy bien –señaló la señora, sin dejar de mirar a Alexa a los ojos.

Alexa tragó saliva, intentando mantener la calma, recordando que todo había pasado por culpa de ese retrato. Recordó, con dolor, cómo había conseguido terminarlo al fin, con el corazón hecho pedazos por el hombre que había retratado. Y...

–Gracias –consiguió decir Alexa y bajó la mirada al suelo. No se sentía capaz de mirar a la madre de Guy.

–Me pregunto, *mademoiselle*, si querría pintarme a mí también.

Alexa levantó la vista de golpe. Tragó saliva de nuevo. *Madame* de Rochemont la estaba observando con gesto de curiosidad.

–Yo... lo siento. No –repuso Alexa y su respuesta sonó descortés, abrupta.

–¿No? –preguntó la señora y arqueó las cejas en un delicado movimiento, sin dejar de mirarla.

Alexa sintió que la otra mujer le estaba haciendo un examen. Se sonrojó un poco. Deseó con todas sus fuerzas ponerse en pie y salir de allí... lo más rápido que pudiera.

–Yo... lo siento –balbuceó Alexa.

Hubo una pausa brevísima.

–Quizá, podría decirme por qué, *mademoiselle*.

La señora de Rochemont habló con cortesía, pero Alexa percibió un tono de fastidio en su voz. No era de extrañar, pensó. Una gran dama como *madame* de Rochemont no estaría acostumbrada a escuchar negativas, sobre todo a un encargo tan tentador.

Alexa apretó los labios, intentando buscar una respuesta.

–Ya no hago retratos, *madame*. Lo siento mucho.

–Entiendo. Entonces, ¿el que ha hecho de mi hijo es, por lo tanto, su último retrato?

Alexa recordó el oscuro y demoniaco retrato que había hecho también, la pareja del que Guy le había entregado a su madre como regalo de cumpleaños.

–Mi último encargo profesional, sí –contestó Alexa–. Fue un trabajo comercial. Hecho sólo por dinero –añadió.

–Claro –dijo la madre de Guy–. ¿Por qué otra razón iba usted a querer pintar la imagen de mi hijo, *mademoiselle*?

Alexa apartó la mirada. Volvió a posar los ojos en el Claude que había sobre la chimenea. Observó las figuras, pequeños cuerpos perdidos en el paisaje. Una de las figuras, al menos, parecía fundirse con el entorno. Era Dafne, en el momento en que se transformaba en laurel para escapar a las atenciones de Apolo.

Alexa también había escapado, convirtiéndose en una reclusa, escondiéndose de la vida. Ocultándose de Guy. De lo que él quería de ella.

Entonces, sus ojos se encontraron con los de la madre de Guy. Se quedó sin respiración al comprenderlo, de pronto.

«Ella lo sabe», se dijo Alexa. «Sabe que yo estuve con su hijo...».

Alexa se quedó pálida. Se sintió presa del pánico. Como un resorte, se puso en pie. Tenía que irse en ese mismo instante.

–Lo siento, *madame* de Rochemont, pero tengo que irme.

La madre de Guy no se levantó.

–Antes de que lo haga, quiero pedirle un favor.

Su voz mostraba un tono diferente, observó Alexa, algo que ella no pudo identificar. Lo único que ella podía pensar era que quería irse. Escapar. –Lo siento, pero le aseguro que no puedo aceptar el encargo que ha mencionado... –comenzó a decir Alexa. *Madame* de Rochemont levantó una mano. Con ese gracioso y autoritario movimiento la hizo callar.

–El favor no es ése –dijo la señora con voz seca. Su expresión era inescrutable, pero no podía ocultar una gran tensión. Hizo una pausa antes de continuar–. Me gustaría que fuera a Francia. Quiero que hable con Guy.

Alexa se quedó paralizada, sin poder creer lo que oía. ¿Había oído bien? ¿Le había pedido eso la madre de Guy de verdad? ¿Por qué? ¿Por qué diablos...?

Alexa sintió un nudo en la garganta. Se quedó sin palabras, no pudo decir nada que estuviera a la altura de aquella gran dama en ese momento. Aquella mujer que, sin duda, sabía lo suyo con Guy. Pero debía decir algo...

–No es posible –señaló Alexa al fin.

–¿Por qué?

Alexa se puso rígida.

–Creo que entenderá, *madame*, que no sería correcto –dijo Alexa con formalidad pétrea.

Sus ojos verdes, idénticos a los ojos verdes que Alexa había amado, se abrieron un poco más.

–No la entiendo –indicó la madre de Guy.

Alexa apretó los labios y cerró los puños sobre su regazo. Miró a *madame* de Rochemont a los ojos.

–Estoy segura de que su nuera sí lo entendería.

La mujer mayor se quedó de piedra.

–Ah –dijo despacio la madre de Guy, con la mirada fija en Alexa. Se puso en pie–. Debe perdonar mi insistencia. Pero es imperativo que

hable con Guy.

–Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle –replicó Alexa con tono forzado. Aquello era surrealista, se dijo. Estar allí parada, delante de la madre de Guy, quien le estaba pidiendo que hablara con su hijo…

¿Sobre qué? ¿Sobre cómo le iba su matrimonio? ¿Qué diablos estaba pasando?, se preguntó Alexa. No tenía sentido. Nada de todo aquello tenía sentido.

–Pero mi hijo, no –señaló *madame* de Rochemont–. Por eso, debe ir a Francia, para hablar con él.

Alexa se quedó atónita y se rindió.

–Mire, ¿qué está pasando? –inquirió Alexa, dejando de lado el tono formal que había empleado hasta entonces–. Disculpe si parezco poco correcta, pero esto no tiene sentido. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué quiere de mí y por qué? Seré honesta con usted, pues presumo que sabe que, muy a mi pesar, mi relación con su hijo fue más allá de una relación estrictamente profesional entre modelo y artista. Tuve una breve aventura con Guy el año pasado… eso es todo. Para él… –comenzó a añadir y tragó saliva–. Para él, significó tan poco como usted puede imaginar. Me informó de su compromiso y terminó la relación ese mismo día. Y eso no ha cambiado –afirmó, negándose a mencionar el intento de Guy de retomar lo suyo–. Si es lo que le preocupa, le aseguro que…

De nuevo, *madame* de Rochemont le hizo callar con un imperioso gesto de la mano.

–Lo único que quiero de usted es que acceda a hablar con mi hijo.

Alexa levantó la barbilla.

–¿Con qué propósito? –preguntó ella de forma brusca. Miró a la otra mujer a los ojos con gesto desafiante.

–Por la futura felicidad de mi hijo.

Alexa cerró los ojos.

–Puede ser todo lo feliz que quiera, *madame*, no tiene nada que ver conmigo. Espero… –comenzó a decir Alexa y se interrumpió. Tomó aliento, abrió los ojos y miró a la otra mujer a los ojos, sin entender por qué le pedía algo a lo que ella no podía acceder–. Espero que tenga un matrimonio largo y feliz.

Algo se conmovió en los ojos esmeralda de la madre de Guy.

–Y yo también, *mademoiselle* Harcourt. Cualquier madre desearía eso para su hijo. Por eso, es esencial que hable con Guy –insistió *madame* de Rochemont y comenzó a caminar hacia la puerta, seguida por Alexa–. No le tomará mucho tiempo. Un coche la llevará al aeropuerto y estará en su castillo francés en menos de dos horas.

–*Madame*, no puedo…

La madre de Guy se detuvo. Y se giró.

–Por favor.

Lo que Alexa vio en sus ojos la hizo detenerse también. Se mordió el labio un momento y asintió.

–De acuerdo. Si insiste… –aceptó Alexa y suspiró–. No entiendo por qué está tan decidida a que lo haga… No puedo ni imaginar qué espera conseguir con ello.

–Creo que, para la esposa de Guy, será la manera de construir su matrimonio –repuso la mujer mayor, mirando a Alexa a los ojos.

Así que era eso, pensó Alexa, y lo comprendió. Al principio, había pensando en la señora de Rochemont equivocada, pero sin duda era la esposa de Guy de Rochemont quien necesitaba que le asegurara de que no pensaba ser una amenaza para su matrimonio. Para calmar sus miedos, tenía que volar hasta allí para que Guy pudiera pedirle que le dijera a su esposa, que de algún modo se había enterado de su aventura, que no sería la amante de su marido.

Alexa tomó aliento.

–Lo haré, *madame*, pero sólo con la condición de que, en el futuro, su familia no vuelva a contactar conmigo. No quiero tener nada más que ver con ninguno de ustedes. Lo siento si le parece grosero, pero mi vida debe continuar y eso es todo.

El gesto indescifrable de *madame* de Rochemont no cambió.

–Como desee, *mademoiselle* –respondió la señora–. Por aquí…

La madre de Guy la guió fuera de la sala. Afuera, uno sus empleados esperaba y la señora le habló en francés. Luego, le tendió una mano a Alexa.

–Gracias.

Con reticencia, Alexa le estrechó la mano.

–*Madame* –se despidió Alexa en tono formal. Luego, apretó el bolso debajo del brazo y siguió al empleado por la escalera de mármol.

Se sentía bastante aturdida.

Capítulo 9

Alexa seguía sintiéndose aturdida cuando tomó asiento en el jet privado de Rochemont. Le resultaba familiar. Debía de haber viajado en él media docena de veces, quizá, en el tiempo que había estado con Guy. Su extravagancia le había llamado la atención en el pasado.

–Me ahorra tiempo –le había explicado Guy entonces.

Y él tenía poco tiempo. Al menos, había tenido poco tiempo para Alexa. Y, entonces, ella lo había aceptado, había aceptado la extravagancia de ir en avión privado, de que para ello gastara miles de litros de combustible, contaminando el medio ambiente, y que Guy pagara media docena de salarios al personal requerido para el vuelo, sólo para poder tener a la mujer con la que quería tener sexo en ese momento, donde y cuando él deseaba.

Ella lo había aceptado. Se había sometido. Había pasado por el aro. Alexa se enfureció, condenando su propio comportamiento del pasado.

Ella había sido cómplice de sus extravagancias, porque había querido serlo. Había querido estar con él en las condiciones que él ofrecía, porque había sido la única manera. Se había querido convencer de que había estado bien, de que su relación estaba funcionando. Se había intentado persuadir de que lo que había sentido por él había justificado todo.

Pero no había sido así.

«Debí haber sido más fuerte para negarme a estar con él en esas condiciones. Debí haberle dicho que no entonces», se dijo Alexa.

Pero no lo había hecho. Lo había aceptado, sin hacerle preguntas, sin poner objeciones.

Y había pagado por ello al final. No había tardado mucho tiempo, además. Desde el momento en que se había dado cuenta, con desesperación, de que estaba enamorándose de Guy de Rochemont. Y, a partir de ese momento, se había sometido. Le había entregado su corazón al azar. Junto con el respeto hacia sí misma.

Bien, pues había recuperado el respeto hacia sí misma. Se había negado a ser la amante de un novio adúltero y se lo dejaría claro a la esposa de Guy, como parecía ser que Guy quería que hiciera.

Debería alegrarse porque él, al fin, demostrara algo de interés y preocupación por la pobre chica con que iba a casarse. Quizá, así, su matrimonio tuviera alguna oportunidad de salir adelante, pensó Alexa.

Debería alegrarse por ello.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Mientras el avión atravesaba el pequeño trecho del Canal de la Mancha, Alexa se repitió a sí misma una y otra vez que debía ignorar los cuchillos que parecían estar clavándosele en el corazón.

Tenía que pasar por eso con dignidad. Rezó por poder superarlo y retomar su vida. Una vida sin Guy de Rochemont.

Una voz habló a su lado, haciéndole girar la cabeza.

–¿Señorita Harcourt? Estamos empezando el descenso, aterrizaremos según el horario previsto. El capitán le envía sus saludos.

La azafata sonrió a Alexa con aire formal y Alexa murmuró algo apropiado. Por dentro, sintió un nudo en el estómago. Respiró. Podía superar aquello. Podía hacerlo, se dijo, intentando darse ánimos. Debía hacerlo.

Siguió repitiéndoselo en silencio como un mantra mientras el avión aterrizaba en un pequeño aeropuerto privado al oeste de París y mientras la escoltaban a la limusina. El coche la llevó por una carretera principal y torció algunos kilómetros más allá por una pequeña carretera comarcal... El tiempo era excelente, la perfecta tarde de comienzos del verano, con el sol poniéndose, envolviéndolo todo en un color anaranjado. El coche aminoró la marcha y tomó un desvío por una carretera más estrecha. Cuando atravesó unas puertas ornamentadas de hierro, que cerraban un muro de dos metros de alto, Alexa sintió que el estómago se le encogía aún más. Miró a su alrededor mientras el coche entraba en la finca, pasando junto a jardines muy cuidados.

Alexa se quedó sin respiración cuando el coche llegó hasta la casa. El castillo Rochemont, un castillo junto al Loira, parecía sacado de un cuento de hadas. Era de piedra, con torres que señalaban al cielo, rodeado de un enorme jardín exquisitamente diseñado. Cuando el coche paró, le abrieron la puerta y ella salió. Miró a su alrededor como si esperara encontrarse con grandes damas y caballeros de la corte, vestidos con los trajes que habían llevado los personajes representados en el cuadro que había estado admirando hacía apenas dos horas en la residencia de *madame* de Rochemont en Londres.

¡Era un mundo diferente del suyo!, pensó Alexa.

Era el mundo en el que vivía Guy. El mundo del que él había salido para visitarla en su modesto apartamento burgués de vez en cuando y al que había regresado después de separarse de ella. Era su hogar. El lugar al que él pertenecía.

Allí viviría con su esposa.

Alexa puso gesto serio. No debía olvidar nunca a su esposa. Era lo

único que debía tener en la cabeza. Nada más.

La condujeron dentro. Era obvio que su visita había sido esperada. La enorme entrada, con espejos y candelabros y una gran escalera doble, la dejó sin respiración, pero ella se guardó mucho de mostrar ninguna reacción visible. Su expresión seguía velada. Mantendría la compostura pasara lo que pasara, se prometió a sí misma.

Sangre fría, eso era lo que Alexa necesitaba en ese momento. Lo que debía encontrar.

Con aspecto calmado, Alexa siguió a uno de los criados por un largo pasillo, hacia lo que parecía un ala separada del resto. Sus zapatos de tacón bajo golpeaban el suelo de parqué, produciendo eco en el pasillo. Ella se esforzó en no mirar las paredes, aunque se dio cuenta de que había cuadros por todas partes y nichos con estatuas. Pero se controló para no mirarlas, para seguir caminando, ignorando el nudo en el estómago. Alcanzaron unas puertas dobles al final del pasillo y la criada llamó con los nudillos.

–*Entrez* –dijo una voz al otro lado de las puertas.

Alexa entró.

La habitación era gigante y, al principio, Alexa sólo vio unas enormes ventanas delante de ella y a su izquierda. Vio también un gran escritorio, de madera tallada.

Detrás de él, estaba Guy.

Durante un instante, sólo un instante, Alexa lo tomó por sorpresa y pudo percibir en su expresión los sentimientos de él. Se quedó helada al adivinar en su rostro tanta desolación, tanta tristeza en sus ojos. Luego, cuando Guy advirtió su presencia, su expresión cambió.

La cara de Guy se transformó. Se quedó inmóvil por completo. Como si se hubiera puesto una máscara, ocultándose de Alexa. Luego, despacio, muy despacio, se puso en pie.

Alexa oyó que las puertas se cerraban detrás de ella.

–Alexa.

Su nombre, nada más. Alexa lo oyó decirlo en el mismo tono sombrío que él había empleado antes. Pero en el pasado, en la cabaña de Devon, había sido diferente. Entonces, su voz había estado impregnada de sentimientos, turbios y pesados. En ese momento, era un tono vacío, por completo vacío.

Alexa se volvió para encararlo frente a frente. Quería encararlo, pero no verlo. Se negaba a verlo. No quería ver su alta y fuerte figura, embutida en un traje hecho a medida que le quedaba como un guante y resaltaba sus anchos hombros, sus esbeltas caderas. Se negaba a ver las perfectas facciones de su rostro, su pelo color azabache, la forma de su boca, de su mandíbula. Sus ojos color esmeralda con sus largas

pestañas...

Alexa no quería ahogarse en ellos.

Por eso, el rostro de Alexa tenía también un aspecto pétreo. En su interior, ella sintió cómo se le encogía el estómago cada vez más, cómo le costaba respirar. Pero lo ignoró. Era imperativo ignorarlo.

–Me han dicho que querías hablar conmigo.

La voz de Alexa sonó brusca.

Guy frunció el ceño.

–¿Quién? –quiso saber él.

A Alexa no le importó que su voz sonara áspera. No le importaba nada de él. Lo había perdido. Para siempre. Y eso tampoco le importaba. No debía importarle...

–Tu madre.

El rostro de él cambió, transformándose en una genuina expresión de sorpresa.

–¿Mi madre?

–Sí, esta tarde. Me pidió que la visitara y me dijo que querías hablar conmigo. Dijo que era importante –explicó Alexa y tomó aliento–. Por eso estoy aquí.

Guy tardó un momento en responder, como si necesitara tiempo para recuperar el control de sus pensamientos.

–Me... cuesta... mucho creerlo –dijo él despacio, cargado de aspereza. La miró a los ojos–. La última vez que nos vimos, tú me dejaste muy... claro... que no querías tener nada más que ver conmigo –añadió y se quedó mirándola.

Alexa sintió su mirada como un cuchillo en el corazón.

–Sé lo que piensas de mí, Alexa. Me lo dejaste muy claro. Fuiste muy convincente –continuó él con gesto tenso–. Cada trazo del retrato que tenías en el caballete me convenció de ello. Me reveló cuánto me odias –señaló y sus ojos se oscurecieron como un bosque de noche–. Debí habérselo contado a mi madre. Así, ella no habría perdido el tiempo haciéndote venir aquí.

Alexa tomó aliento. Respiró hondo. Intentó ignorar lo que veía en él. Se esforzó por ignorar lo que él le hacía sentir.

–Me dijo que era importante para tu matrimonio hablar conmigo –indicó Alexa y respiró hondo de nuevo–. Por eso he venido... Sólo por esa razón.

Guy se quedó de piedra.

–Mi matrimonio... –repitió él. Frunció el ceño, sin dar crédito a lo que oía–. ¿Mi madre te ha hablado de mi matrimonio?

–No fue idea mía, si es eso lo que te preocupa –se apresuró a explicar Alexa–. Fue ella quien sacó el tema. Dijo que era importante

que yo viniera, que hablara contigo –añadió y suspiró sin querer–. Y he venido. Sólo puedo pensar… –comenzó a decir y apretó los labios, forzándose a continuar–. Sólo puedo pensar que es importante para tu esposa oír de mis labios que no voy a ser una amenaza para ella… que nunca acepté tu adúltera oferta.

–Mi esposa –repitió él. Parecía hundido. Al instante, su expresión volvió a mostrarse inescrutable.

–Sí –afirmó Alexa y se obligó a respirar–. No sé si tiene alguna probabilidad de ser feliz, pero yo haré lo que pueda para tranquilizarla, por lo que a mí respecta. Le deseo felicidad… toda la que pueda tener.

Guy miraba a Alexa con intensidad. Ella no pudo descifrar aquella mirada opaca, velada.

–Es muy… generoso por tu parte –dijo él con lentitud.

Alexa adivinó que algo había cambiado en él, pero no supo qué. No se atrevía a mirarlo, no se atrevía a encontrarse con sus ojos. Pero algo había cambiado en su actitud, a pesar de que él no se había movido. Seguía detrás del escritorio, con una mano descansando sobre su superficie de caoba. Él habló de nuevo y ella se obligó a escuchar. Se forzó a mirarlo a los ojos.

–Bueno, puedo decirte algo que espero que te haga sentir mejor, Alexa –señaló él, sin dejar de mirarla. Hizo una pausa–. Louisa es muy feliz en su matrimonio. Tremendamente feliz.

Alexa se tambaleó. El dolor le mordió el corazón, como los dientes de un lobo. Intentó mover los labios para hablar.

–Me… alegro. Me alegro mucho por ella.

–Y yo –dijo Guy, sin apartar la mirada ni un segundo–. Está muy enamorada de su esposo.

Alexa sintió que el corazón se le rasgaba sin piedad.

–Me… alegro mucho por ella –repitió Alexa.

Debía alegrarse, se dijo ella. ¡Debía hacerlo! Louisa se merecía estar enamorada. ¡Cualquier recién casada lo merecía!

Y toda mujer se merecía un esposo que la amara, pensó Alexa. Su expresión cambió, sus sentimientos se agolparon, formando un nudo en su garganta. Dio un paso hacia Guy.

–Guy… –comenzó a decir Alexa, dejándose llevar por un impulso–. ¡Sé amable con ella! No le hagas lo que planeas hacerle. Con nadie. Por favor, no lo hagas. Si está enamorada de ti, no la lastimes… No la lastimes como me lastimaste…

Alexa se interrumpió. Guy la estaba mirando con gesto de extrañeza, a pesar de lo impasible de su rostro.

–¿Te lastimé, Alexa? –preguntó él, muy lentamente–. ¿Te lastimé?

¿Lamentaría él haberla lastimado?, se preguntó Alexa.

Ella apretó los labios. Intentó apartar la vista, pero no pudo. Sin embargo, tampoco fue capaz de mirarlo a los ojos. Entonces, habló… admitiéndolo todo, rindiéndose a sus sentimientos.

–Sé que no querías hacerlo, Guy. Lo sé. Sé que la aventura que tuvimos fue… lo que fue. No eres responsable de mi reacción. Yo elegí aceptarlo todo y la responsabilidad es sólo mía y de nadie más. Nunca debí, aquella noche después de la cena benéfica… Nunca debí dejar que tú…

Alexa tragó saliva, incapaz de continuar. Sin querer se estremeció. Respiró hondo y se forzó a seguir.

–Nunca has sido responsable de mis sentimientos. Y, aunque lo que me propusiste me pareció deplorable, eso sigue sin hacerte responsable de lo mucho que me dolió –aseguró y apretó las manos–. Cuando me perseguiste hasta la cabaña, dando por sentado que volvería a tus brazos sólo porque tú lo querías, me alegré de que vieras el segundo retrato. Habló por mí. ¡Lo dijo todo!

Guy seguía mirándola, pero su expresión había cambiado. Alexa no pudo descifrar cómo o por qué.

Ella cerró los ojos porque no podía soportar lo que veía en los ojos de él. Los abrió de nuevo.

–Yo ya no estaba dispuesta a dar lo que querías de mí –dijo ella, escupiendo las palabras como piedras–. Incluso si no hubiera sido una propuesta de adulterio, no la habría aceptado –afirmó–. Al volar hasta aquí en tu jet privado lo he recordado todo de nuevo. He recordado cómo me hacías llevar en avión cada vez que querías tenerme y luego me mandabas de regreso a mi casa. O ibas a verme cuando te convenía, para luego marcharte. Yo no quería eso.

El rostro de él se volvió más tenso.

–Tú conocías las limitaciones a las que estaba sometido, desde el principio.

–Sabía las consecuencias que tenían para nuestra relación –admitió ella y levantó la barbilla–. Me tomó mucho tiempo, Guy, aceptar la verdad. No fue hasta que no me hiciste tu… proposición… Entonces, lo vi claro. Me di cuenta de lo que había sido para ti desde el principio…

–¿Lo que has sido para mí? –repitió él, interrumpiéndola. Se acercó a ella como un rayo, para mirarla a los ojos.

Estaba demasiado cerca, demasiado, pensó Alexa. Pero ella era incapaz de moverse.

–¿Sabes lo que eres para mí, Alexa? ¿Lo sabes? –preguntó él, enfatizando cada palabra–. ¡Parece que no tienes ni idea! Pensé que sí

lo sabías, pero… antes pensaba muchas cosas que… ya no pienso –señaló y torció la boca. Sus ojos ardían como el fuego–. Mira a tu alrededor –dijo, señalando el equipo multimedia de alta tecnología a un lado de la sala, el gran escritorio de caoba detrás de él, la lujosa decoración, los jardines del castillo a través de las ventanas–. ¿Qué ves?

Los ojos de Guy brillaron aún más.

–Ves riqueza, ¿verdad? Un castillo en el Loira. Lleno de tesoros. Con tantas obras de arte que podría ser un museo. ¡Y ésta es sólo una de mis propiedades! Tengo docenas más por todo el mundo. ¿Y sabes lo que las mantiene? ¿Sabes lo que permite que los Rochemont y los Lorenz puedan seguir viviendo en la cúspide del lujo más absoluto? El dinero, dinero que mi familia lleva haciendo durante generaciones. Dos siglos de acumulación, de hacer negocios, de dirigir bancos. Somos un sinónimo de supervivencia. ¡Hemos sobrevivido a todo! Porque cuidamos lo que tenemos. Pase lo que pase. Lo hemos salvado de las guerras, las revoluciones, las confiscaciones, la competencia y las prohibiciones, los gobiernos y los rivales comerciales. ¡De todo!

Guy tomó aliento.

–Pero hay que pagar un precio. Es un precio pequeño comparado con el precio que la mayoría de la gente debe pagar por su supervivencia, pero es un precio después de todo –continuó Guy y la miró con gesto vacío–. Yo pago en tiempo, Alexa. Tiempo. Lo único que no me sobra es tiempo, nada más –afirmó y miró a su alrededor en la palaciega habitación–. Sí, ríete si quieres, pero así es la vida para mí. El tiempo es mi mayor tesoro. Y algo más.

Hizo una breve pausa antes de seguir hablando.

–¿Sabes cuántas personas hay en mi vida, Alexa? ¿En mi familia? –preguntó Guy y soltó una lacónica carcajada–. Demasiadas personas. Demasiadas. Y todas quieren algo de mí. Todas quieren tiempo. Tiempo para hacer negocios y tiempo para asuntos personales. Los parientes me acosan. Y todos quieren mi tiempo. Todos.

La expresión de él cambió de nuevo.

–Por eso mi tiempo contigo, por eso los breves, fugaces momentos que pasé contigo, fueron preciosos.

Guy cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, Alexa vio en ellos algo que la dejó sin respiración.

–Eras mi refugio, mi respiro. Mi oasis. Cuando iba a verte o tú venías a verme, podías escapar de todo, escapar de mi familia, y estar sólo contigo. A solas contigo, Alexa. Sin más exigencias. Sólo tú y yo, juntos… lejos de las exigencias del mundo. Pensé… –dijo él y se interrumpió un momento antes de proseguir–. Pensé que era lo mismo

que querías tú. Estar conmigo, nada más. Lo nuestro funcionaba tan bien, era tan fácil. Parecía fluir sin más. Sin esfuerzo ni dificultad. Era tan natural como respirar –admitió–. Entonces, me di cuenta de lo que significabas para mí: algo que no había tenido nunca en mi vida. Una mujer que no pretendía echarme el lazo, una mujer a quien no le preocupaba si la contrataba o no, que no me prestaba más atención que a un objeto de su trabajo, quien no tenía otro interés más que conseguir captar mi imagen, alguien que ni siquiera se había dado cuenta… –señaló e hizo una brevísima pausa–. Alguien que ni siquiera se había dado cuenta de que la deseaba. Y entonces, Alexa, supe lo que quería.

Guy hizo una pausa.

–A ti. Te quería a ti. Sólo a ti. Eras todo lo que quería, en la cama y fuera de ella. En la cama… Bueno, ¿cómo podría ningún hombre soñar con más? Fuera de ella… eras un oasis de paz y tranquilidad, una compañera fácil y tranquila. Y pensé…

A Guy se le quebró la voz en ese momento y Alexa sintió que el nudo de su garganta se apretaba todavía más. Sin embargo, era una sensación diferente, algo en lo que no se atrevía ni a pensar. No fue capaz de hacer nada más que quedarse allí parada, mirándolo y escuchándolo.

–Pensé que tú sentías lo mismo. Pensé que comprendías que lo me ofrecías era precioso para mí y que esperaba corresponderte. Pensé que entendías por qué te quería y que entendías… por qué tuve que terminar nuestra relación.

Guy la miró.

–No lo hice bien, Alexa. Lo sé y lo siento. Esa mañana, cuando te eché de mi vida, sin piedad y de forma brutal, porque no encontré otra manera de hacerlo, no fui coherente con nada de lo que yo deseaba. ¡Tuve que obligarme a hacerlo! ¡Tuve que acallar mi instinto, que me impulsaba a no decirte aquellas palabras! Tuve que decirlas. La única manera en que pude hacerlo…

Alexa se abrazó a sí misma. Intentó protegerse de la herida que él había reabierto. Era una herida demasiado profunda. Bajó la vista al suelo, posando los ojos en los ricos bordados oro y azul de la alfombra. Respiró con dificultad. La angustia le atenazaba el corazón.

¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Para qué tenía que escucharlo?

Escuchar a Guy decir aquello era sólo un tormento, un tormento mayor del que ella jamás pudiera imaginar. Sin embargo, también era un tesoro, un bien inapreciable descubrir lo que había sido para él.

Pero no podría serlo de nuevo, nunca más.

Alexa levantó la cabeza. Lo miró de frente.

Durante un breve momento, ella sintió que los sentimientos que tanto había luchado por ignorar bullían dentro de ella.

–Debiste haberte ido sin más –dijo ella–. Debiste dejarlo estar cuando rompiste nuestra relación.

–Lo intenté. Pero fracasé. Te vi de nuevo, te vi con otro hombre y supe que no podía dejar que nadie más te tuviera. Supe que no podía dejarte ir –confesó Guy, sin dejar de mirarla, como si fuera algo esencial para él, vital–. No pude –repitió.

–Y yo no pude aceptar lo que me proponías –repuso ella con voz clara–. Una aventura adúltera. Nunca te había odiado hasta entonces. Pero lo único que sentí por ti fue odio –mintió ella, dejando que el espacio entre los dos se hiciera inabarcable.

Durante un interminable segundo, Guy se limitó a mirarla. Luego, como si lo hubieran abofeteado, caminó hacia la ventana que miraba hacia los jardines del castillo. Tenía los hombros tensos. De forma abrupta, se giró hacia ella.

–¿Sabes cuántas personas trabajan en Inversiones Lorenz? –preguntó él, fingiendo calma–. ¿Sabes cuántos inversores tiene? ¿Sabes cuántos préstamos concede y a cuántas empresas? ¿Y cuántos empleados tiene en todo el mundo? ¿Has oído hablar alguna vez de Inversiones Lorenz?

–¿Es el banco del padre de Louisa?

–Es el banco que el padre de Louisa casi lleva a la quiebra –repuso Guy–. Y, por eso, todas las personas que trabajan allí, por todas las empresas que dependen del banco estaban en peligro –aseguró e hizo una mueca–. Heinrich Lorenz, el padre de Louisa, me tenía contra la espada y la pared. Sabía que yo no pondría en peligro Inversiones Lorenz y que eso provocaría un efecto dominó que afectaría a todos los negocios Rochemont-Lorenz. Sabía que la única manera de ocultar su situación era que yo tuviera una razón convincente para invertir en su banco –añadió e hizo una pausa–. Como convertirme en el marido de su hija.

Guy miró a Alexa y le pareció que ella estaba a miles de kilómetros de distancia. Ajena a su mundo de inmensas riquezas, a su familia que era una dinastía, a su complejo entramado de dinero y poder.

–Yo no quería casarme con Louisa. Pero... no se me ocurrió otra salida –confesó él con mirada oscura–. Durante doscientos años, Alexa, hemos estado casándonos por conveniencia en mi familia. Los padres de Louisa se casaron por conveniencia y ella fue educada para lo mismo. Mis propios padres no tenían ningún interés personal en casarse, pero lo hicieron y les salió bien. Cuando estás acostumbrado a algo así, te parece... normal. No te parece excepcional. Lo esperas.

Guy se quedó en silencio. Alexa sólo oyó el latido de su propio corazón. Un latido que le revelaba algo que ella no quería escuchar.

Luego, en voz baja, Guy siguió hablando.

–Yo pensé que ese matrimonio tampoco tenía nada de excepcional ni de inaceptable –dijo él–. Hasta que te tuve entre mis brazos de nuevo aquella noche, cuando te vi en la cena benéfica. Y, entonces, supe con certeza que todo había cambiado. Te deseaba y quería tenerte. No podía vivir sin ti –admitió y apretó la mandíbula–. Pero tampoco podía dejar que Inversiones Lorenz se fuera a pique. Había demasiadas cosas en juego.

En ese momento, ella habló.

–Y no lo hiciste. No fallaste a tu familia. Yo lo entiendo, Guy. Te prometo que lo entiendo –aseguró ella con voz firme–. También entiendo por qué pensaste que podías compatibilizar un matrimonio vacío con una adúltera unión conmigo. Lo entiendo, pero no lo perdono. No te lo puedo perdonar. Y por eso es por lo que he venido ahora. Sólo para dejarlo claro, como tu madre espera de mí. ¿Por qué otra razón iba a querer ella que viniera? He venido para tranquilizar a tu esposa.

–Ah, sí, mi esposa –dijo Guy con tono inexpresivo.

–Sí. Has dicho... –comenzó a decir Alexa y se interrumpió. Le resultaba imposible hablar, pero debía encontrar fuerzas para hacerlo–. Has dicho que está enamorada de ti, que es feliz en su matrimonio. Pero, si necesita hablar conmigo, si necesita oír de mis labios que ya no estamos juntos, se lo diré –afirmó con decisión. Tenía que hacerlo–. ¿Dónde está?

Guy la miró con un brillo de curiosidad en los ojos.

–Louisa está de luna de miel –informó él. Luego, comenzó a caminar hacia Alexa–. Como te he dicho, es muy feliz y está enamorada de su marido. Un marido que, por cierto, no soy yo.

Capítulo 10

Alexa oyó sus palabras. Las escuchó con claridad. Pero no tenían sentido. Guy la tocó. Con gran suavidad, posó las manos en los codos de ella. Despacio, ella dejó caer los brazos, que había mantenido cruzados.

–Te dije que Louisa había aceptado casarse conmigo –explicó Guy–. No tuvo nada que objetar. Pero parece... que otra persona tenía algo que objetar. Alguien que había salido con ella durante un tiempo. Alguien que le dijo que un matrimonio sin amor era un pecado contra el alma. Alguien la convenció para que se casara con él, porque la amaba y porque ella, tras ver las cosas con más claridad, también lo amaba. Así que... me dejó y se fugó con él –dijo con ojos brillantes.

Demasiados sentimientos se arremolinaban dentro de Alexa. Sintió como si un mar de corrientes eléctricas la envolviera, sacudiéndola.

–¿Y el banco? ¿Qué pasa con Inversiones Lorenz?

Fue lo único que se le ocurrió decir a Alexa.

–Ya está fuera de peligro. Justo como yo había planeado.

Alexa frunció el ceño, intentando comprender.

–Pero tenías que casarte con Louisa para...

–No –negó él–. Tenía que decirle al mundo que pensaba casarme con Louisa. Me di cuenta de ello esa noche, después de la cena benéfica. Cuando comprendí que todo había cambiado. Cuando supe que tenía que recuperar mi vida y mi libertad y que no podía casarme con Louisa.

Guy apretó las manos alrededor de los codos de ella.

–Entonces, me di cuenta de lo que tenía que hacer. De alguna manera, necesitaba tenerlo todo. Necesitaba proteger el banco y tenerte a ti también. Y descubrí que podía hacerlo si mantenía el compromiso en pie, porque eso me daría un tiempo vital para poner en marcha la operación de rescate financiero bajo la tapadera de la boda que nunca tendría lugar. Iba a ser una carrera contrarreloj e iba a ser arriesgado, pero podía hacerse. ¡Sabía que podía hacerlo!

Con brusquedad, Guy la soltó y se volvió, dándole la espalda. Apoyó los nudillos en su escritorio y giró la cabeza para mirarla.

–Me creí muy listo. Creí que había encontrado un modo de hacer que todo funcionara. Porque tenía que hacerlo, Alexa –aseguró él–. Lo que había en juego era demasiado importante para mí. Esa noche, esa noche en que hicimos el amor de nuevo, ¡supe que no podía perderte! Y pensé... –dijo y se interrumpió un momento antes de continuar–. Pensé que tú querías lo mismo. Pensé que aceptarías mi propuesta.

Tenía miedo, Alexa, temía que te fueras con otro hombre, como el maldito tipo que te había acompañado a la cena. ¡Tenía que conservarte, como fuera! Mi plan era ocuparme del banco y, luego, romper mi compromiso con Louisa.

Guy estaba decidido a revelar toda la verdad.

–Pretendía contártelo todo, hablar contigo, hacerte comprender la trampa en que me veía metido. Pero desapareciste.

Tras otra pausa, Guy se forzó a continuar, mirándola con ojos como fuego.

–Cuando te encontré, descubrí que había sido un iluso, arrogante y presuntuoso, por creer que tú sentías lo mismo por mí. Y, cuando vi ese retrato... –dijo y se le quebró la voz–. Cuando lo vi, comprendí –afirmó con voz pesada–. Supe que era demasiado tarde. Que me odiabas. Y que te había perdido.

El rostro de Guy sólo mostraba desolación. Tan inmensa como las llanuras del desierto azotadas por la ventisca.

La habitación, a pesar del aire acondicionado, pareció quedarse sin oxígeno. Alexa tenía dificultades para respirar.

–Yo... necesito aire fresco –dijo ella, mareada.

De inmediato, Guy abrió las puertas del balcón que daba a los jardines. Ella se acercó y se llenó los pulmones con el aire del verano. Había un banco allí y se sentó. Las piernas estaban empezando a fallarle.

Y la mente, también.

Pensamientos, sentimientos... se enredaban en su interior como un torbellino y Alexa no podía encontrarles sentido, ni estructura. Todas las certezas que había mantenido durante tanto tiempo, certezas que le habían roto el corazón, se disolvieron en la nada... Con desesperación, intentó calmar su pecho. Centró la atención en el pensamiento que más la atormentaba.

Guy no se había casado. No se había casado con Louisa. Nunca iba a casarse con Louisa. Y, cuando se había acostado con ella de nuevo, ya había decidido no casarse con Louisa.

Al darse cuenta de ello, Alexa se sintió arrastrada por un maremoto de emociones. Se encogió en el asiento, sintiéndose demasiado débil para moverse.

Guy se sentó a su lado y la rodeó con su brazo.

–Alexa...

Había ansiedad en su voz. Al menos, sonaba de esa manera... ¿pero qué sabía ella?, se dijo Alexa. ¿Qué sabía de Guy de Rochemont, después de todo?

Alexa torció la cabeza y lo miró.

–No te conozco.

Él la soltó con gesto sombrío.

–No te conozco –repitió ella–. Nunca te he conocido –dijo y se apartó un poco de él–. Pero... –comenzó a decir y se interrumpió. Tenía un nudo en la garganta y le resultaba demasiado difícil pronunciar aquellas palabras. Pero tenía que hacerlo. Debía mirar a Guy a la cara, a los ojos, y decírselo–. Nunca intenté conocerte. Durante los meses que estuvimos juntos, aunque en realidad el tiempo que pasamos juntos sumara poco más de unas semanas, no me esforcé en conocerte. Me pareció que estabas rodeado de barreras y que preferías mantenerme fuera. Yo lo respetaba, lo comprendía, sabía por qué lo hacías... porque eres una persona muy reservada. Yo también lo soy. Yo... me gusta guardarme mis cosas para mí misma. Me guardo mis propios sentimientos. Estoy... acostumbrada a hacerlo. Igual que tú. Por esa razón... en aquel tiempo... no me importaba el tipo de relación que manteníamos. Fue sólo después, cuando regresaste a mí, cuando vi las cosas de diferente manera. Me obligué a verlo de diferente manera. Lo juzgué como algo humillante. Como si me explotaras. Como si quisieras usarme sólo para tener sexo bajo demanda.

Alexa lo miró a los ojos mientras él la observaba con gesto compungido.

–Pero no era así. Yo había tenido razón antes. Había comprendido lo que había habido entre nosotros y debí haber confiado en eso. Debí haber confiado en ti. En lugar de eso... –dijo ella y tomó aliento–. Me limité a salir corriendo, sin darte ninguna oportunidad. Ninguna en absoluto. No te permití hablar conmigo, ni contarme lo que pretendías.

Guy apartó la vista un momento y miró hacia los jardines. Los últimos rayos de sol se reflejaban en el agua del estanque de piedra, mientras su superficie se ondulaba bajo el viento.

–Pero yo nunca hablé contigo, ¿verdad? –señaló él–. No hablé sobre nosotros. Me limité a aceptar lo que teníamos. Estaba agradecido por ello. Agradecido de haber encontrado a una mujer que pudiera ser mi oasis, mi refugio. Por eso, cuando tuve que separarme de ti, cuando tuve que aceptar casarme con Louisa, lo único que pude hacer fue irme. Alejarme. Dejar ese precioso oasis que eras tú y adentrarme en el desierto. Al verte de nuevo... –comenzó a decir y la miró con intensidad–. Fue como un espejismo. Pensé que podía recuperar el paraíso perdido. Todo lo que me faltaba en la vida. Así que intenté agarrarlo y descubrí... –añadió y se interrumpió un momento con la voz quebrada–. Descubrí que era, en realidad, un espejismo. Fruto de

mi propia imaginación. Nada real.

Guy se inclinó hacia delante, con la espalda encogida y los brazos apoyados en los muslos, mirando hacia el estanque, que poco a poco se iba quedando sin luz mientras el sol se ponía más allá de los jardines, tras los árboles en la sombra del horizonte.

Alexa se quedó un rato sentada a su lado sin decir nada. Su interior se había sosegado. Se sentía más tranquila. En la distancia, oyó el trino de un pájaro.

Y miró a su alrededor. Era un lugar precioso, rodeado de jardines hasta donde alcanzaba la vista, con el impresionante castillo detrás y los últimos rayos de sol rozando las copas de los árboles. Era un oasis de belleza. Y de paz.

Paz de corazón.

Despacio, muy despacio, en la pacífica y cálida quietud de la tarde, Alexa alargó la mano para tomar la de él y entrelazó sus dedos. Guy le apretó la mano. Un gesto tan simple. Y tan importante.

Un gesto que lo decía todo, sin palabras.

Guy se giró hacia ella.

Alexa tenía el rostro empapado en lágrimas. Lloraba en silencio.

Él se aclaró la garganta. Luego, rodeó a Alexa con sus brazos, acercándola, apretándola contra su pecho mientras seguían sentados juntos, el uno pegado al otro. Y las lágrimas siguieron rodándole a ella por las mejillas, en silencio.

Las palabras no eran necesarias.

Entonces, él la besó en las mejillas, secándole las lágrimas con los labios. Y la besó en la boca y en las manos.

–*Ma belle* Alexa –murmuró él. Y se apartó un poco para mirarla mejor–. Pensé que me odiabas.

–Y yo, también –afirmó ella–. Pero estaba equivocada –añadió y lo besó en los labios–. Muy equivocada. Nunca he dejado... de amarte.

–¿No? –preguntó él con incertidumbre.

–No. No sé cuándo empecé a amarte. Sólo sé que me enamoré de ti sabiendo que no debía hacerlo, que no era... adecuado. Sabía que era una locura. No tenía sentido amarte... ni siquiera antes de que me enterara de que ibas a casarte con Louisa. Porque ¿qué esperanzas podía yo tener, siendo tú quien eras, de un mundo tan distinto al mío? Pensaba que sólo querías estar conmigo en momentos fugaces, nada más. Cuando me enteré de tu compromiso, cuando tú regresaste y yo salí corriendo, negándome a escucharte, no tenía ningún sentido amarte.

Sólo tenía sentido odiarte. Y volqué todo ese odio en el segundo retrato que hice de ti, el que viste en el caballete.

Una voz habló desde las puertas del balcón.

–Igual que volcaste todo tu amor en el retrato que Guy me regaló a mí.

Los dos se sobresaltaron. Guy se puso en pie, dándole la mano a Alexa, sin soltarla ni un momento.

–Mamá...

Madame de Rochemont salió a la terraza. Alexa no tenía ni idea de cómo había llegado de forma tan repentina hasta allí. Pero era una Rochemont y seguro que tenía un segundo jet privado a su disposición, pensó.

–Hijos míos –saludó la madre de Guy. Luego, se acercó a Alexa y la besó en ambas mejillas–. ¿Por qué crees que me ocupé de saber el momento exacto en que llegabas a Londres?

Claudine de Rochemont dio un paso atrás, mirándolos a ambos.

–Cuando comprendí que, de ninguna manera, mi hijo debía hacer lo que su padre había hecho, y yo también, es decir, casarse con alguien a quien no amaba, me aseguré de que no sucediera. No sabía cómo hacerlo con elegancia. A veces, un matrimonio así puede funcionar. A mí me sucedió, Guy, porque al final llegué a amar a tu padre y él a mí. Cuando vi tu retrato, el que me regalaste, lo supe... –afirmó la señora y su tono de voz cambió–. Supe que ya estabas enamorado... y que eras correspondido.

Claudine miró a Alexa a los ojos.

–Por eso te dije que me alegraba de que me hubieras regalado ese retrato, porque me decía todo lo que necesitaba saber –señaló la señora e hizo una pausa, mirando a Alexa con dulzura–. Soy capaz de reconocer cuándo alguien ama a mi hijo tanto como yo. Y también puedo reconocer cuándo mi hijo mira a alguien con tanto como amor como, de vez en cuando me mira a mí –añadió, posando los ojos en Guy–. Por eso, sólo quedaba un último misterio por desvelar. Por qué vosotros dos no estabais juntos. Un misterio que no comprendí hasta hace tres horas, cuando tú, querida, me hablaste de mi nuera, como si mi hijo se hubiera casado.

Claudine miró a Guy.

–¿Cómo pudiste no decirle que Louisa se había ido con otro? Así habrías resuelto el problema fácilmente.

–Mamá, no era tan fácil... –repuso Guy, apretando los labios.

Madame de Rochemont meneó la mano con gesto autoritario.

–El amor es siempre sencillo. ¡Son los hombres quienes se engañan al pensar que no lo es! ¿No estás de acuerdo, querida?

–Creo, señora, que las mujeres también podemos engañarnos, como me pasó a mí.

–Bueno, estoy segura de que Guy te dio una buena razón para dudar. Pero ahora puedo comprobar que, al fin, se ha resuelto todo y es un gran alivio para mí –afirmó Claudine y miró detrás de ellos–. Ah... en el momento perfecto.

Guy y Alexa se giraron para ver de qué hablaba. Guy se quedó pálido y Alexa se quedó petrificada, mirando con ojos como platos.

Una larga procesión se acercaba desde el castillo. En cabeza, iba un espléndido personaje con chaqueta de terciopelo y una bandeja de plata en las dos manos. Encima, llevaba una hielera con una botella de champán y tres copas. Detrás de él, lo seguían tres criados con más bandejas cargadas de canapés y entremeses. Los seguía una docena de criados uniformados que llevaban una mesa y tres sillas a juego. Procedieron a colocarlo todo, con gran precisión, en la terraza. Dispusieron las bandejas sobre la mesa, una detrás de otra. Abrieron la botella de champán y llenaron las copas sin derramar nada.

Todos los criados se apartaron y se quedaron a unos pocos metros en formación, sin dejar de mirar al frente, en apariencia. Pero Guy sabía que todos estaban, en realidad, fijándose en Alexa. Era obvio que se daban cuenta, no sólo por la llegada inesperada de Alexa y de Claudine, sino porque él seguía teniendo su mano entrelazada con la de ella, de que Alexa iba a ser, sin duda, la nueva señora del castillo.

Guy les dio las gracias y los criados se fueron retirando ordenadamente.

–Lo siento –se disculpó Guy, mirando a Alexa. Estaba claro que la situación le resultaba embarazosa.

–No es necesario –intervino su madre con desparpajo–. Alexa conoce muy bien el concepto de fiesta campestre. Ya hemos hablado de mi predilección por el arte Rococó y te confieso que tengo muchas ganas de mostrarle los cuadros que hay aquí, también. Siempre es agradable hablar de esos temas con artistas profesionales. Su ojo es muy diferente al del mero aficionado, como yo. Pero lo dejaremos para después, tenemos muchos años por delante, querida. Tendrás tiempo para darme tu opinión y podrás, por supuesto, añadir tus propias adquisiciones a la colección. Guy es un poco bárbaro para eso y prefiero no tener en cuenta sus gustos –señaló.

Acto seguido, Claudine se acercó a la mesa con decisión.

–¡Venid! –llamó la madre de Guy, levantando la mano, y se sentó.

Guy sacó una silla para Alexa y se sentó a la cabeza de la mesa. Le tendió un vaso de champán a su madre y otro, a Alexa.

Alexa estaba en las nubes. Se sentía increíblemente feliz, completa. Estaba en el paraíso. Intentó pensar, comprender... pero era imposible. No podía hacer nada más que lo que estaba haciendo:

dejar que Guy le tomara la mano y se la sujetara con gesto posesivo sobre la mesa, mientras levantaban sus copas para brindar con Claudine.

–Por vosotros dos –brindó *madame* de Rochemont con ojos llenos de emoción–. Por vuestro amor. Y porque vuestro matrimonio sea largo y feliz.

Juntos, Guy y Alexa bebieron de sus copas, mientras el sol poniente teñía el champán de color oro. También su felicidad era dorada y el futuro que los esperaba.

Epílogo

–No te muevas. Quédate quieto...

Guy se quedó quieto, echándose contra la piedra templada por el sol que tenía detrás. No le resultaba un problema no moverse. Todos los problemas del mundo habían desaparecido para él. Se relajó admirando el increíble paisaje de los Alpes. Algunas cumbres seguían coronadas por blanca nieve, incluso en pleno verano, y las faldas de las montañas estaban alfombradas de verde, hasta los valles más lejanos.

Alexa y Guy habían ido dando un paseo a una de las laderas bajo el agradable cielo azul. El aire, cristalino y fresco, le hacía sentir tan vivo...

Guy miró hacia lo lejos y reparó en un águila que planeaba lentamente. Tan libre como el viento que la empujaba hacia arriba. Tan libre como se sentía él. Libre para vivir la vida que quería. ¡Más que eso! Podía disfrutar de una vida con la que nunca se había atrevido a soñar. Una vida que se había convertido para él en una preciosa joya... y esa joya estaba allí, a su lado, tan cerca que podía tocarla con la mano y acariciar la suave curva de su pantorrilla.

Alexa tenía las piernas dobladas hacia atrás, mientras apoyaba el cuaderno de dibujo sobre las rodillas. Concentrada, con el ceño fruncido, trazaba líneas con el lápiz sobre el papel.

Guy la miró con ternura mientras ella dibujaba.

Alexa... ¡Su Alexa! ¡Su hermosa, amada Alexa! Guy sintió que el corazón se llenaba de emoción, de amor. Él había creído que la había perdido... que la había perdido para siempre... pero ella había vuelto a él, le había dado el regalo más preciado: su amor, su corazón.

La mirada de Guy se llenó de calidez. Durante un instante, la vio como la había visto la primera vez... levantando la vista hacia él y haciendo lo mismo que estaba haciendo en ese momento: ¡quedándose embelesada! En aquella ocasión, en su primera cita, él se había percatado de ello y le había producido una satisfacción demasiado intensa como para expresarla con palabras. Entonces, lo único que había pensado había sido que el que esa mujer bella y maravillosa lo mirara con esa expresión de estar cautivada valía más que nada en el mundo.

Durante unos minutos, Alexa siguió mirándolo hipnotizada. Entonces, Guy se dio cuenta de que su expresión cambiaba a algo más. Allí sentados, juntos, mientras sus miradas se entrelazaban, fluyó entre ellos la corriente de su amor... sólido, puro y eterno.

Un nuevo gesto transformó el rostro de Alexa.
–Para. No puedo concentrarme –le regañó ella.
Guy sonrió.
–Claro que puedes –replicó él. Se echó hacia atrás, estiró las piernas y se colocó los brazos detrás de la cabeza, relajándose–. Concéntrate en mí, *ma belle*.
La evidente satisfacción de él provocó una sonrisa inevitable en Alexa y dejó su cuaderno de dibujo.
–No puedo –dijo ella–. Quería dibujarte, pero no puedo. Me distraes demasiado. Ya no quiero dibujarte... quiero besarte.
Alexa se inclinó hacia delante, tomando el rostro de él entre las manos, y le acarició la boca con los labios.
Guy la acercó a su lado, haciendo que se acurrucara contra su corazón mientras los dos observaban juntos las maravillosas vistas.
–Louisa y su guapo enamorado han sido muy amables por dejarnos su chalé para nuestra luna de miel –comentó ella.
Guy frunció el ceño.
–¿Guapo? –preguntó él, fingiendo enfado.
Ella lo miró con ternura.
–Bueno, es guapo... para quien le guste. Y es obvio que a Louisa le gusta. Aunque yo... tengo adicción por los ojos verdes –replicó ella y suspiró con tono burlón–. Así que el joven Stefan, por desgracia, me deja indiferente.
–Mejor así –dijo Guy y la abrazó con más fuerza–. Sin embargo, me alegro de que te guste Louisa. Es una buena chica.
–Y bonita, también. Mucho más ahora que no se ve obligada a ponerse esas ropas tan formales que su madre le elegía –observó Alexa.
Alexa había conocido a Louisa de forma oficial el día anterior, cuando había llegado con Guy después de su boda en el castillo y la otra pareja les había enseña do su chalé antes de irse, también de viaje, a visitar a los padres de Stefan al otro lado de los Alpes. Al principio, Louisa se había quedado atónita, luego, se había mostrado encantada cuando había reconocido a Alexa de su encuentro inicial en el cuarto de baño la noche de la cena benéfica.
–¿Acaso no te dije que eras la clase de mujer que le gustaba a Guy? Delicada y elegante... ¡no como yo! –había dicho Louisa y había sonreído–. Y ese anillo te queda mucho, mucho mejor que a mí.
Alexa se había mirado el gran anillo de compromiso que tenía en el dedo.
–Me temo que he hecho lo que te aconsejé hacer a ti. Le pedí otro más sencillo para llevarlo todos los días. ¡Éste lo uso sólo en ocasiones

especiales!

Volviendo al presente, mientras estaba sentada entre los brazos de Guy en aquel paisaje de los Alpes, Alexa sólo llevaba su alianza de oro. Se la miró maravillada.

–¿Estamos casados de verdad?

Guy sonrió.

–¿Es que lo dudas? ¿No te impactó lo suficiente la boda? ¡Una catedral llena, un festín equiparable al mayor exceso renacentista y suficiente champán para llenar un buque! Yo perdí la cuenta de cuántos cientos de invitados había. Ni siquiera sé cuántos parientes tengo.

Guy la colocó más cerca entre sus brazos y Alexa se acurrucó un poco más. Se sintió invadida por una felicidad indescriptible.

–¿Te perdonarán tus parientes por haberte casado con alguien de fuera de la familia?

Guy se encogió de hombros.

–No me importa. Además... –comenzó a decir y sonrió–. Lo bueno de casarme contigo es que, así, no favorezco a ninguna rama de la familia. Pero... –continuó y puso gesto serio–. Hablando de perdonar... ¿crees que me ha perdonado tu amiga Imogen por cómo te traté? Cuando estaba desesperado intentando encontrarte después de que te fueras de Londres, contacté con ella para ver si sabía dónde estabas y averigüé que no estaba muy... bien dispuesta... hacia mí.

–Creo que ahora la has convencido de tus buenas intenciones –repuso Alexa con ojos llenos de picardía–. Además, está muy enamorada ahora mismo, lo que hace que sea más comprensiva.

Guy rió.

–Ah, sí... de ese hombre que pensé que era una amenaza para mí. ¡Era Imogen en quien él estaba interesado!

–Richard aceptó salir conmigo por generosidad, porque Imogen estaba muy preocupada porque yo dejara de pensar en ti. Sin embargo... ahora me ha confesado que era a ella a quien Richard quería impresionar. Y, al fin, ella se ha dado cuenta.

–¡Mujeres! –exclamó Guy con buen humor–. Así que, dime... –pidió acariciándole el pelo–. ¿Te hace feliz pasar la luna de miel en una montaña a kilómetros del pueblo más cercano? ¿Te parece bien este humilde chalé de montaña?

–Me hace muy feliz –afirmó ella–. Me gusta vivir alejada. Lo hice en Devon y lo hice en el desierto. Una montaña en los Alpes encaja bien en mi colección de escondites. Pero... ¿estás tú seguro de que puedes disfrutar aquí después de estar acostumbrado a la riqueza de tu entorno natural? –preguntó con gesto travieso.

–Me encanta –aseguró él y la miró con amor–. ¿Todavía no sabes lo mucho que me gusta la vida tranquila, no el circo de cinco estrellas en que suelo vivir? –comentó y puso gesto serio–. Ahora que el banco de Heinrich está a salvo, igual que el resto de los negocios Rochemont-Lorenz, pienso relajarme un poco. Mi padre encontró una muerte temprana por querer ocuparse de todo –añadió–. Y yo no pienso seguir sus pasos, te lo aseguro, Alexa. La riqueza que tenemos es suficiente. Voy a organizar el negocio mejor, repartir más las responsabilidades y delegar el trabajo. El banco casi me costó mi tesoro más preciado, tú –afirmó y ladeó la cabeza, tomando la cara de ella entre las manos–. No podría vivir sin ti, Alexa, *ma belle, mon coeur*... no para un día, sino para toda la vida.

Guy la besó con ternura y ella lo besó también. A continuación, se relajaron juntos sobre la roca. Todo a su alrededor era silencio, con el mugido ocasional de alguna vaca en la distancia o el viento soplando en los árboles.

–Es una montaña hermosa –comentó Guy con aprobación.

–¿Te gusta más que tu imperio financiero? –preguntó ella.

–Si tuviera que elegir, te diría que sí. Estoy orgulloso de mi herencia, no lo niego, pero las montañas duran mucho más tiempo que los bancos. Creo que Stefan es más rico que yo en ese aspecto.

–Serán muy felices, ¿verdad? Louisa y Stefan. Es estupenda su idea de convertir este lugar en una reserva natural, ¿no crees?

–Estoy muy de acuerdo contigo.

–¿Crees que los padres de Louisa la perdonarán alguna vez por haberte dejado a ti para irse con Stefan?

–Oh, sí –replicó Guy–. Annelise y Heinrich son dos de las personas más esnob que conozco y han llegado mucho más lejos de lo que se merecen. Louisa me contó que se enfurecieron al principio, al enterarse de que ella se había fugado con un joven ecologista que había conocido en casa de su amiga en Londres. Todas sus esperanzas de que un nieto suyo dirigiera todo el imperio Rochemont-Lorenz se desvanecieron de golpe. Pero... luego se dieron cuenta de que yo había salvado de la quiebra su banco de todos modos y se quedaron más tranquilos. Además, sus ambiciosos corazones se encontraron con otra sorpresa. ¡Habría dado cualquier cosa por ver su cara cuando Louisa se presentó en su casa con su nuevo marido!

–El príncipe Stefan de Andovaria –dijo Alexa, sonriendo.

–Así es. Es un hijo menor de los reyes de Andovaria, pero el título es lo más importante para los padres de Louisa –comentó Guy–. Ahora ha dejado de importarles que Stefan sea ecologista y que viva en un chalé perdido, pues es el dueño de casi todas estas montañas y su

hermano será rey, por lo que Louisa ha alcanzado un estatus real. ¡Heinrich y Annelisa están como locos de contentos!

–Me alegro –dijo Alexa–. Y me alegro mucho de que tu madre, Guy, estuviera de acuerdo en que me casara contigo.

–A ella le gustas mucho. Y no sólo porque me hayas hecho el hombre más feliz del mundo. No te dejas impresionar por nuestra riqueza… pero sí por nuestra colección de arte. ¡Y, sobre todo, eres indulgente con su amor por el arte Rococó! –bromeó Guy y la besó cariñosamente en la nariz.

–Bueno, esas pinturas tienen su encanto.

Guy sonrió.

–Tú sí que tienes encanto, señora de Guy de Rochemont.

El tono meloso de él hizo que, como siempre, Alexa se derritiera.

–Tus encantos son tan maravillosos, tan auténticos, tan tentadores… que sólo puedo hacer una cosa… –continuó él.

Guy se sumergió en los ojos de ella, llegándole al alma. Al corazón.

–Esto…

Los labios de Guy eran cálidos como el terciopelo y su contacto tan suave como la seda.

La amaría para toda la vida.

Y ella a él.